

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de in-
demnización á los
suscritores.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 10 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de in-
demnización á los
suscritores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA DE MADRID: Revista de teatros.—SEMANA JUDICIAL: Causa contra don Alvaro de Luna, conclusion.—SEMANA HISTORICA: Historia contemporánea: La princesa de Ursini y Alberoni.—SEMANA CIENTIFICA: Literatura otomana.—SEMANA LITERARIA: Dos duelos á diez y ocho años de distancia, leyenda; El capitán Santa Cruz.—SEMANA MUSICA: La Mascar, conclusion; el Hierro; Efemérides españolas, ferias; Lo que abunda no daña, poesia; ga-tililla devota, logogrifo, solución del anterior.
Este número lleva trece grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. FRANCIA. Decíamos al principiar la historia de la semana pasada que el horizonte se presentaba oscuro. Esta oscuridad se aumenta por momentos, y todo anuncia la aproximación de una terrible tempestad en Europa. Apenas desaparece uno de los motivos que tan frecuentemente amenazan en estos tiempos la paz general del mundo, cuando surgen otros nuevos y mas graves.

La Asamblea francesa ha continuado sus sesiones, ocupándose en negocios puramente de interés local, empero siempre observando recelosa el poder del presidente. La Montaña parodia todos los días la palabra de Danton, y repite á sus adeptos. ¡Audacia! mas audacia y siempre audacia.

En Inglaterra el 31 de enero se abrió el parlamento, á cuyo acto no asistió la reina á causa de la interesante situación en que se encuentra, y que promete aumentar en breve el número de individuos de la real familia. Los ministros leyeron el discurso de la corona, documento pálido que se ocupa de la situación económica del país, y que nada habla de un acontecimiento que debe conmover necesariamente la Europa.

Hablamos de la Grecia; esa nación heroica que alzándose hace pocos años contra la tiranía de los turcos, se había formado bajo el protectorado de la Francia, la Rusia y la Inglaterra, y que tenía en su favor todas las simpatías del mundo civilizado, se ha visto de repente acometida por una escuadra inglesa declarándole la guerra sin mas anticipación que la de 24 horas, cuando esta escuadra había llegado en son de amistad á los puertos de Grecia, y cuando en aquel momento no se tenía la menor noticia de lo que meditaba la Gran Bretaña.

La escuadra inglesa, compuesta de siete navíos y seis fragatas de vapor, llegó á Salamina, ancló en el Pireo el 13 de enero, y el 16 el almirante Parker declaró que si en el término de 24 horas no obtenía la satisfacción de unas deudas por indemnizaciones, que largo tiempo se habían agitado entre ambos gobiernos con intervención de la Francia, y que parecía casi transigidas, procedería á obtenerlas por medios coercitivos. La Grecia apeló á la mediación de la Francia y de la Rusia, empero el almirante inglés no admitió esta intervención, declaró el bloqueo de todos los puertos de la Grecia con objeto de apoderarse de las islas de Sira, Pireo y Patrás, y comenzó las hostilidades apoderándose de un buque de guerra griego que á la sombra de la paz en que se hallaban ambas naciones se acercó sin la menor desconfianza.

Apenas hace quince días que la escuadra inglesa navegaba aun de conserva con la escuadra francesa, vigilando en las aguas de Smirna y de Vourla, los malos designios que presentaba la Rusia contra Constantinopla con motivo de la cuestión de los refugiados políticos, vencidos en la noble lucha de la guerra de la independencia de Hungría. Según los tratados la Grecia tiene el derecho de invocar el apoyo de la Francia y de la Rusia, sus otras protectoras contra cualquier nación que atente á su existencia. La Inglaterra era la tercera protectora de la noble patria de los helenos. ¿Qué resultará de este conflicto? El gobierno francés nada había sabido del nuevo destino que lord Palmerston ha dado á las fuerzas navales de la Gran Bretaña.

Este suceso puede tener demasiada importancia para la tranquilidad del mundo, y lord Palmerston no podrá menos de dar esplicaciones sobre él en las cámaras recién convocadas en Londres.

ITALIA. En los estados romanos han aparecido después de la retirada de los españoles una multitud de bandidos, que espulsados de un punto por la persecución de las tropas se presentan con la mayor osadía en otros, no limitando sus fazañas á los campos y á los caminos reales, sino que invaden tambien las poblaciones. En Cotignola, cerca de Viterbo, desarmaron á los carabineros; asaltaron los cafés, apresaron á diez de los mas notables habitantes; los llevaron á sus casas, que saquearon completamente; permanecieron allí una porción de horas, y después salieron de Cotignola, llevándose á dos habitantes en rehenes para asegurar su retirada.

Nada absolutamente hay aun de la vuelta del papa á Roma; pero se dice que pasará á Bolonia, yendo antes por Liorna á Florencia, donde permanecerá algún tiempo al lado del gran duque de Toscana. El papa ha concedido una medalla de bronce á cada uno de los soldados que han compuesto la expedición española en Italia.

En Roma ha comenzado á verse el proceso de Cernuschi, acusado de haber impreso proclamas contra los franceses durante el sitio, de haber devastado el palacio Farnesio, donde existían los famosos frescos de Rafael; de haber dilapidado grandes sumas para las barricadas y para las sesiones del Círculo Popular, de haber proclamado la república, y por último, de haber excitado al pueblo contra los franceses presentándose con una bandera en el café Nuevo, y púestose á la cabeza de un grupo para insultarlos en la Plaza Colonna. Se creía que Cernuschi sería absuelto y enviado á París.

La mayor parte de los obispos de los estados de Roma se han reunido en Imola, y dirigido una carta al Santo Padre pidiendo la vuelta de los jesuitas y la devolución á los mismos de los establecimientos que les quitó la revolución. El papa ha contestado á esta carta estendiéndose en el elogio de la Compañía de Jesús, que asegura ser de su especial predilección, y aprobando los sentimientos de los obispos reunidos.

Los austriacos siguen aumentando sus fuerzas, y redoblando sus precauciones en la Lombardia. Radetzki se ha trasladado á Milan desde Venecia, que en castigo de la parte que tomó en la revolución anterior ha sido privada del puerto franco.

Decíase que el Austria trataba de enagenar una parte de la Lombardia, que podría adquirir la Cerdeña.

AUSTRIA. En Viena, á la antigua policía se ha sustituido el establecimiento de una numerosa gendarmería de mas de diez mil hombres, elemento que ha sido juzgado necesario para precaver y dominar los trastornos políticos.

En Hungría, el gobernador militar de Pest ha hecho salir de aquella capital á todos los extranjeros que residían en ella.

El Austria ha pasado una nota colectiva al canton directorial de Suiza, Berna, exigiendo á su nombre y en el de Rusia y Prusia la espulsion del territorio de la confederación de los refugiados políticos de cualquier nación que sean, porque aquel país libre, tan pintoresco é inofensivo, se ha convertido en el centro de acción del partido revolucionario de Europa.—Difícilmente la Suiza podrá resistir á la exigencia de las tres grandes potencias.

Interior. Las fiestas del carnaval han preocupado la atención de los ánimos en estos días, y mas han cuidado las gentes de los diversos bailes públicos y de sociedad que ha habido en todos ellos, que no de los acontecimientos políticos, de los que afortunadamente entre nosotros no se ha presentado ninguno. Nunca es mas feliz un pueblo, como hemos dicho repetidas veces, que cuando ningún suceso viene á turbar su tranquilidad ni su estado normal.

El Congreso de los diputados, que había suspendido sus sesiones, demasiado animadas en su último período, solo se ha reunido el jueves 7 para sortear las secciones y nombrar una comisión mixta, porque en la ley de contabilidad el alto cuerpo colegislador

ha disentido del Congreso en un artículo de interés secundario y de poca importancia.

El Senado ha comenzado el mismo jueves la discusión del proyecto de ley de autorización para plantear los presupuestos del estado; y esta discusión sigue lánguidamente, desechados tres enmiendas de los senadores, Pavia, Cabello y Collado, el viernes 8 comenzó la discusión en que tomaron parte el marqués de Peñaflorida, don Joaquín María López, y el general Infante, quedando aprobada la autorización tal como la pedía el gobierno y votado el Congreso de los diputados.

S. M. la reina sigue en el estado mas satisfactorio de salud, y se confirma cada día mas su interesante estado, cuya publicación oficial aguardamos de un día á otro.

ACTOS DEL GOBIERNO.

Ha continuado en la última semana el periódico oficial, la instrucción para la centralización de los productos de todas las contribuciones, en las cajas del Tesoro público; sin haber publicado otra disposición de importancia.

REVISTA DE MADRID.

«Aun no está abierto el teatro de la Opera,» decíamos nosotros al escribir la última revista de Madrid. Trabajo nos cuesta confesarlo; pero verdad es que nuestros asertos quedaron aquel día completamente desmentidos. El teatro de la Opera se abrió precisamente en la misma noche del lunes; y lo que es mas, se abrió con un aparato y una solemnidad nunca vista en semejantes actos: en medio de una numerosa concurrencia, que llenaba á oscuras todas las localidades del teatro: sirviendo la lucerna de mero adorno y objeto de curiosidad á los espectadores: improvisándose en el acto una iluminación de velas de sebo: comenzándose á desgarrar sin piedad una de las mas bellas óperas de Verdi: continuándose la función en medio de una tremenda y espantosa silba: y concluyéndose con un desmayo verdadero, que dió por resultado la terminación del espectáculo en medio de una confusa gritería, cuyos ecos remedaban uno á uno el lenguaje de todos los animales conocidos sobre la tierra.

Tales y tan gratos recuerdos ha dejado en el público de Madrid la apertura del *gran teatro de la Opera*. El teatro de la Opera, rey del gusto y de la moda en los países civilizados, centro de la sociedad mas elegante y escogida en las cortes de Europa, bello ideal de las almas sensibles y tiernas y dorado, ensueño de los eminentes compositores y de los grandes artistas, estaba en la noche del lunes al nivel de la plaza de toros de Madrid en un día de mala corrida. Este resultado verdaderamente cómico para el público, ha sido tan trágico para la empresa, que las representaciones están suspendidas y no continuarán, según tenemos entendido, hasta que se verifique la ascension aereostática de madama Arban.

Pero este resultado es muy natural; es el único que podía y que debía ofrecernos por ahora el teatro de la Opera. ¿Qué debía esperar el público de Madrid de una empresa que no contaba con dinero, con crédito, con favor, con simpatías, con relaciones en el extranjero, ni con otro alguno de los elementos necesarios para formar una compañía de ópera: que en la noche de la apertura del coliseo no tenía aun dispuesto el traje para vestir á la prima donna: que hizo poner en escena una de las óperas mas conocidas y mejor ejecutadas en Madrid, sin cuidar de ensayarla siquiera, como lo requería su difícil desempeño.

Es verdad—y en abono de la empresa debemos nosotros confesarlo—que no puede atribuírsele á ella sola la causa de ese desconcierto general que se ha notado de algun tiempo á esta parte en cuanto dice relación á la compañía de ópera de Madrid. Cuantos individuos componen la compañía en cuestión, han andado siempre tan encontrados en pareceres y en gustos, que ma- que una compañía de ópera, asemejaban á una compañía de milicia nacional en día de pronunciamiento. Ses segura que la empresa ha hecho los mayores esfuer-

zos porque se verificase un buen ensayo de la ópera, sin conseguirlo jamás. Hasta se ha dicho que cansada de tantos y tan inútiles esfuerzos, llegó á recurrir á la autoridad, logrando que se comenzase un ensayo bajo la presidencia municipal: y se ha contado por último, que aun en este solemne trance le tenía reservado el destino una buena porción de ese ridículo que á todas horas ha caído sobre los actos de su desgraciada administración.

Ahora que la compañía ha hecho un completo fiasco, que las ilusiones se han desvanecido por completo, y que las realidades mismas se han disipado como el humo; ahora que ya nadie espera y nadie piensa en el teatro de la Ópera, creemos que se nos perdonará referir una chistosísima escena que se ha contado con motivo del ensayo á que nos referimos y de la ilustrada presidencia encargada de dirigirlo.

Hemos dicho que la empresa de la ópera se vió precisada á recurrir á la autoridad para conseguir que se verificase un ensayo. A pesar de los motivos que asistían á cada uno de los individuos para faltar á este género de citas, escusado es decir que, con el aviso de la autoridad, no faltaba aquel día en el escenario ni el mas insignificante de los barrenderos. La autoridad por su parte iba decidida á desplegar toda su severidad, y á ejercer actos de tremendo é implacable rigor. Comiénzase pues el ensayo, y ya la orquesta, ejecutando la sinfonía, hacia resonar por todos los ángulos del salón la música de Verdi, cuando de pronto el director de la orquesta, haciendo la señal de parada y dirigiéndose á donde tocaban las trompas:

—Alto, señores, exclamó: ¿no están vds. viendo que ahí falta un bemol?

—¿Cómo es eso? ¿Quién falta? ¿Quién falta? dijo el señor municipal en voz descompuesta, dirigiéndose al músico mayor.

—Falta un bemol, señor municipal, contestó el director de orquesta.

—Pues que busquen al instante á ese bemol y lo lleven á la cárcel; repuso el presidente.

—El bemol es un signo de música, señor municipal; y donde falta es en el papel de las trompas.

—Pues entonces que no lo lleven á la cárcel: pero cuidado con que falte alguna otra cosa esencial, porque no pienso guardar mas consideraciones con nadie.

El presidente volvió á recobrar el asiento que había abandonado para usar de la palabra en esta cuestión, con tanta serenidad como si acabase de dar un golpe de autoridad y de mando. Era, sin embargo, muy fuerte el sentimiento que le cabía por no haber preso al bemol, y espiaba con ansia una ocasión de poder castigar alguna falta con rigor inflexible. Desgraciadamente vino á ofrecerle esta ocasión un músico, á quien estaba viendo largo rato sentado, sin hacer uso del instrumento.

—¿Ese músico no está pagado? dijo interrumpiendo el ensayo y señalando á su nueva víctima.

—Si señor: repuso al momento al director de orquesta.

—Pues entonces, ¿por qué no toca?

—Es que tiene *compases de espera*, y necesita descansar algunos ratos.

—¿Pues si padece de ese achaque, por qué no lo dijo antes de ajustarse en el teatro?—Le impongo diez ducados de multa, añadió con tono agrio y descompasado.

—Señor presidente, los compases de espera son intervalos de silencio, que están marcados en el papel.

—Está visto que para todo han de buscar vds. excusas, dijo levantándose bruscamente y saliéndose del palco que ocupaba: aquí nadie se aviene á cumplir con su deber. Y convertida en solemnisísima broma la solemne gravedad con que principió el ensayo, hubo de quedar en tal estado apenas comenzado el primer acto.

Volvemos á repetirlo. Todo se ha conjurado en este invierno contra la ópera. La ópera ha sido una de las muchas víctimas de esta escena de bullicioso movimiento, donde el favor y la atención pública huyen de una parte para fijarse en otra, llevando con su favor al punto donde se dirigen, la vida y la alegría que han robado á los lugares desiertos, donde dejan solo la desolación y la muerte. Así en este invierno, mientras el Ateneo ha permanecido muerto para las ciencias y las letras, el Liceo ha alcanzado gran vida con sus bailes: mientras decaen algunas sociedades que comenzaban con buenos auspicios, el espirante Casino del Principe ha adquirido nuevos elementos de estabilidad y firmeza: mientras el teatro del Drama sigue pobre y abatido, en el de la Comedia todo es prosperidad y bienandanza: en fin, mientras la ópera sufre las angustias de la muerte, la ópera bufa se prepara á venir á la vida. Inconstante movimiento de la fortuna, que así lleva sus gracias y sus favores á donde le guía su inclinación caprichosa y mudable.

En cambio de esta desigualdad que lamentamos, la

fortuna ha favorecido del mismo modo á todos los salones en la presente temporada de máscaras. Las máscaras han empezado con grande animación y acaban del mismo modo. Máscaras en el Liceo; máscaras en los salones Orientales; máscaras en los salones Españoles; máscaras en la Cruz; máscaras en el Instituto; máscaras en el café de Amato; máscaras en la Ondina; máscaras en el Buen Tono, y máscaras en el Genio; hé aquí el asunto de la conversacion de estos días para la gente que goza y que se divierte en las máscaras.

La buena sociedad ha tenido también algunas ocasiones de pasar agradablemente las apacibles noches de la anterior semana. La señora condesa de Casa-Bayona dió en la noche del jueves anterior un brillante baile, y cuando esta revista llegue á manos de nuestros lectores, ya habrá tenido lugar el que se aguardaba para el domingo anterior en los salones de la señora condesa del Montijo. Con no menor ansiedad se espera el que darán los marqueses de Miraflores en la noche del lunes, para cuyo día está también anunciado un baile de trages en casa de la señora de Page: y es además de esperar que el domingo y el martes de carnaval, y particularmente el segundo de ellos como último de la temporada de máscaras, estén brillantes y concurridos los salones de Villahermosa.

Juntamente con el carnaval, la semana anterior nos ha traído anuncios de fenómenos raros y sorprendentes, que realizados harán notable la memoria de los tiempos que corren. Un hombre, que se eleva con ayuda de sus alas naturales á la región de las nubes: un aeronauta, que se lanzará en medio de los aires y á la merced de los vientos, en un globo sin válvula ni otros medios de salvación: un filarmónico, que toca á la vez tres pianos con tanta facilidad como otros pueden tocar uno solo: una cocina, que funciona admirablemente sin el auxilio del fuego: y otros notables descubrimientos que saldrán á luz, cuando Dios quiera, han sido ya pronosticados por los cien órganos de la fama, que, sea dicho de paso, *en esto de profetas no nos parecen muy fuertes.*

A

REVISTA DE TEATROS.

A los dos teatros de la Comedia, á los dos últimos teatros de la corte en el orden de su importancia oficial, es á los que hemos debido en la semana anterior algunas novedades que merezcan mencionarse.

En la noche del martes se puso en escena en el Instituto la comedia de costumbres andaluzas, titulada ¡Andujar! original del conocido escritor señor Sanz Perez. El autor de esta comedia no se ha limitado en ella, como en muchas otras de sus lindas piececitas, á retratar las costumbres y á describir las graciosas exageraciones de los hijos de Andalucía. Su obra tiene pretensiones filosóficas, sin que admitamos nosotros como buena la filosofía del autor. Pintar la nobleza de corazón y los hidalgos sentimientos de un joven espósito, abandonado del mundo y lanzado á la vida de salteador, para ponerla en contraste con los vicios y las miserias de ese mismo mundo que lo rechaza de su seno por no juzgarlo bastante digno de vivir en él, ha sido el pensamiento capital del autor de la comedia. Examinada su obra bajo este concepto, no le concederemos nuestra pobre é insignificante aprobación. Esas declamaciones continuas, esos sarcasmos contra la sociedad, esas blasfemias contra el mundo—contra la sociedad y el mundo en que nosotros vivimos, y de que nosotros formamos parte—siempre nos ha parecido de mal efecto en el teatro. El autor de la comedia en cuestión no había menester de tan pobres y gastados recursos para obtener una popularidad que ya le tienen asegurada su reconocido talento y sus brillantes disposiciones para la comedia andaluza.

En cambio de esto, ¡qué de poéticas imágenes, qué de brillantes conceptos, qué versificación tan sonora, tan fluida y tan armoniosa lucen por do quiera en la última producción del señor Sanz Perez! En la boca de Andujar, el protagonista de la pieza de este nombre, hay trozos de versificación que envidiarían algunos afamados poetas, que si algo tienen de defectuosos es su excesivo mérito, la elevación de sus conceptos, que les da cierto carácter de inverosimilitud para la escena. La trama está además bien sostenida, y la pieza camina fácilmente hacia su desenlace por un sencillísimo argumento. La ejecución fué como la de todas las piezas andaluzas en el teatro de la Comedia, muy buena por la generalidad de los actores, y en especial por la del señor Dardalla y Ortiz.

La antigua tonadilla del Trípoli, corregida y aumentada por los actores Pardo y Guerrero, y dos vistosos bailables, completaron la función de este beneficio, que ha dado muy buenas entradas al teatro del Instituto.

Una bellísima comedia de costumbres, en tres ac-

tos, del señor Rosa Gonzalez, titulada *Con razon y sin razon*, ha sido la novedad de esta semana en el teatro de Variedades. Que la felicidad conyugal se turba con *razon y sin razon*, cuando el hombre no es bastante fuerte para borrar de su imaginación hasta el recuerdo de su vida pasada, y no tiene gran tacto y discernimiento en la elección de amigos, es la idea que vemos figurar principalmente en la comedia del señor Rosa Gonzalez. Un caso de este género forma el argumento de su preciosa obra, en cuyo desempeño ha estado felicísimo su apreciable y modesto autor. Tribial y muy sencillo este argumento, camina sin embargo hasta su desenlace sin decaer jamás de su amenidad y agrado, ayudado de una versificación fácil, y sostenida por algunas escenas interesantes, que avivan y mantienen hasta el fin la ansiosa curiosidad del espectador.

La ejecución de esta comedia ha sido inmejorable, sobre todo por parte de la señorita Samaniego y de los señores Catalina, hermanos. La primera, con su simpática figura, con su voz dulce y afectuosa, nada ha dejado que desear en el desempeño de su lindo papel. El señor Catalina (mayor) estuvo, como siempre, inteligente y oportuno en la ejecución del suyo. Del señor Catalina (menor) solo diremos que parece nacido espresamente para desempeñar el de Venturita. Es imposible representar con mas propiedad, con una naturalidad mas completa, el papel de un joven gastado, frio é indiferente por sistema á cuanto le rodea en el mundo.

Al acabarse la comedia en la noche de su estreno, el público hizo cumplida justicia al autor y á los actores. Todos fueron llamados á la escena, donde se presentaron á recibir estrepitosos aplausos.

Tales son las novedades que nos han ofrecido los dos teatros de la comedia.

El del Drama no ha hecho mas que proyectar un beneficio, que despues ha fracasado, á causa de una crisis monetaria, segun unos, de una intriga de bastidores, segun otros.

Del teatro de la Ópera hemos dicho lo bastante al comenzar nuestra revista de Madrid. Y pues descansa por ahora, seale la tierra ligera.

En el teatro Español las representaciones de *Isabel la Católica* se han sucedido sin interrupción durante la anterior semana: la entrada ha sido constantemente llena, y los periódicos de Madrid han calculado en 46,000 reales las utilidades que por todos conceptos han correspondido á su autor. Si el cálculo es exacto, sirvenos de gran complacencia el que las obras del entendimiento, las grandes producciones del genio, tengan una recompensa medianamente proporcionada á su mérito.

Concluiremos diciendo que se cuentan otra porción de cosas relativamente á teatros. Asegúrase que se ha contratado á Mirall para el Circo, y enviado á buscar á Sevilla una prima donna. Que vienen á Madrid la Guy-Stephan y Massot, donde serán contratados para el mismo teatro. Que el de los Basilio se va á cerrar porque amenaza ruina. Que la compañía de la Cruz se disuelve, y el teatro del Drama pasará á la vida eterna. Que la compañía del Instituto se trasladará al coliseo de la Cruz, y la de Variedades al Instituto. Por último, que el actual teatro de Variedades se levantará bajo nuevas bases para servir de teatro de Ópera española.

No respondemos de la exactitud de estas noticias.

A.

SEMANA JUDICIAL.

CAUSA CONTRA DON ALVARO DE LUNA.

(Conclusion).

Festéjé á los embajadores del rey de Aragon, uno de ellos su tio, y justicia mayor, auxilió al principe en su cerco de Briones hasta su entrega, batiéndose denodado y como en sus primeros lances.

Fatal fué á don Alvaro el año 53. Des que entró á su servicio Alfonso Perez, natural de Vivero, y oscuro linage, protegióle hasta el punto de hacerle señor de su patria, cuyo nombre añadió á su apellido, y de otras villas y castillos, contador mayor del reino, el primero despues de él en el consejo, y le colmó de riquezas. Siempre á su lado y en su casa, había conquistado su aprecio y su confianza en el campo y en los negocios.

Hasta entonces no tenía el rey voluntad propia: toda era de don Alvaro. Ambicioso de su poder y valimiento, se resolvió Vivero á hacerle la guerra, que comenzó con tal maña, y prosiguió con tanta insistencia, que logró al fin enemistar al rey y á su hijo con el condestable. Ya en Madrigal intentó matarle el soberano, y sabiéndolo por el de Villena, frustró el hecho, su vigilancia, y la de su hijo legitimado don Pedro, descendiente de sangre real por su madre, viuda de

un noble caballero, y habido viudo su padre. Capitan de su gente, éralo de los mas esforzados. Ni el haber salvado al rey, mas diligente que todos, deteniendo su caballo desbocado, desvió la mala voluntad que ya le profesara. Arma Vivero un alboroto con la esperanza de que acudiese don Alvaro á socorrerle, y con el fin de acabarle. Pero este, receloso ya, envia á don Pedro y le sosiega, encontrando á Vivero armado contra su costumbre y á caballo con mas de doscientos empleados de rentas; y disponiéndose á estorbarle el paso sin la presencia de don Alvaro.

Parte el rey á Tordesillas sin decirlo á don Alvaro, y propónese este retirarse y cuidar de su casa y aumentarla haciendo guerra á los moros, pero se avergüenza de que le tengan por cobarde sus enemigos, y fiado en su poder, que eclipsaba el de la corte, y en su gente, cuatro mil lanzas sin los caballeros y comandadores de la orden, todo lo desafía y marcha por otro camino (lo que le valió para no ser preso), llegando antes y disculpándose con la reina de no ir á saludarla. Vivero atrae tambien á la reina, y envueltos en su persecucion el maestro de Calatrava y el marqués de Villena, le proponen estos reunirse los tres con su gente y derrocar al rey; mas don Alvaro, siempre leal y confiado en sus extraordinarios méritos y distinguidos servicios, y prometiéndose recobrar su perdido influjo, no aceptó este partido. Acecha contra su vida don Alfonso de Vivero, y se apresta don Alvaro á dar fin de la de este, desclavando el antepecho de un balcón, donde despues de mostrarle las pruebas de su perfidia, haria le arrojasen pareciendo casual su caída, renunciando al fin á este pensamiento, aunque preparándose á la tormenta que arreciaba, provistas en dos de sus mas decididos defensores las encomiendas vacantes de Montiel y Montemolin.

Con la idea de captarse el aprecio de palacio, dió cañas en Tordesillas, tan reñidas, que murieron algunos caballeros, y salió herido gravemente don Pedro por librar á su hermano. Grave desgracia fué esta para su padre, que fiado en su secretario Alfonso Gonzalez de Tordesillas, no se cuidó de la guardia que mandaba don Pedro, fuerte de mil hombres, desbandada casi toda de propósito por este otro Alfonso traidor.

En Valladolid convida el rey á don Alvaro, disponiendo entren algunos por la puerta de los carros, en San Benito, despues de la hora de comer, en que ya descansaria, y le asesinen; pero recibe don Alvaro una confidencia, se apodera de las llaves y hace vigilar el convento, yendo al festín impávido y sereno. Inútil tambien esta otra tentativa, pareció lo mejor al rey ir á Burgos, cuyo castillo tenia el de Plasencia, enemigo del condestable, á quien invita á acompañarle, decidiéndose este despues de haberle jurado los principales de Burgos ayudarle y defenderle contra cualesquiera persona, y de contar en Bribiesca con el señor de Haro, su amigo, que reunia 300 lanzas, y con 600 que su secretario le hizo creer llevaba, no pasando de 300. Ya en el camino se libró de dos asechanzas, una en Cigales, prestando de indisposicion para asistir á una cacería intempestiva, y otra haciendo desistir al rey de su siniestro empeño de torcer á Castrojeriz, á cuyo señor, que lo era por el condestable, habia ganado. Y otra impidió la probidad de Gutierrez de Quijada, noble caballero por hechos y armas de don Alvaro, al que el mismo rey habló porque le envenenara.

En continuo sobresalto, decidióse en Burgos á dejar la corte, dejando antes buenos lados, y suyos, al rey para no temer en lo sucesivo. Para este caso habia renunciado en su hijo don Juan el maestrazgo, habia obtenido para don Pedro el condado de Ledesma, y varias mercedes á su otro hijo no legítimo don Martin, reservándose ceder á uno de ellos el ducado de Trujillo.

Impaciente el rey por deshacerse de don Alvaro, escribió al de Plasencia viniese á prenderle; mas ignora este de que llegase á tanto el odio del soberano, creyó era un ardid de don Alvaro, y fueron menester otras cartas, y juramentos, y mensajeros, y tratos. A otros asoció en su mala empresa el monarca, y las precauciones de que se rodeó don Alvaro hicieron abortar otra trama, cuya consumacion debió ser en el mismo palacio. A otro motín se apeló por si acudia don Alvaro, pues siempre fué su espada la primera en restablecer el orden. Ni esta traza, ni otras dos tuvieron éxito por muy alerta don Alvaro.

Ya el rey no se curó de su disimulo, y le dió en público claras muestras de su malquerencia. Inquieto el condestable, todavía se hizo la ilusion de que podría volver á buen camino al ingrato Vivero, y tuvo con él una conferencia en que amenazó al desleal, y en que este temblando le hizo mil protestas de fidelidad. El otro Alfonso, á cuyo cargo estaba la casa, y que le engañara diciéndole tener 600 lanzas, cuando no es mas de la mitad á que con su deliberado abandono habia reducido, y la disolucion de la guardia que comandaba don Pedro, hizo cuanto pudo porque restablecido este, apenas se reuniesen sus valientes. Levanta gente el hijo del de Plasencia, y traslada don Alvaro á Portillo, resistiéndolo Rivadeneira (despues de tener con qué prevision) dos arcas llenas de oro que tenia en San Benito. Firme en su traicion el plan de Tordesillas, para lo que ofrecia sin igual proporcion un balcón de la torre, á cuya estancia inmediata trasladó su cámara. Rota la barandilla, y quedada como si no lo fuese, un extraño acaecimiento apresuró la ejecucion del designio del condestable.

Reunido con Vivero y Rivadeneira visitó el Viernes Santo las estaciones, y entraron en la iglesia en que el rey estaba. A poco predicó un fraile, desconceptuado por su conducta, con tal escándalo que se creyó el rey obligado á mandarle cesar. Sin nombrar á don Alvaro, á nadie quedó duda de que el sermón fué una catilinaria contra él, ya por la historia que hacia de sus hechos, ya porque cuando exhortó á que todos se levantasen contra su autor, «uno que todos conocéis, y está entre nosotros» decía. Quéjase allí mismo don Alvaro al obispo, y es preso y encausado el fraile. Cerciórase de que es obra de Vivero, va á su casa, sube á la torre, llama á Rivadeneira, pídele su opinion sobre el caso, se la da de muerte contra Vivero, muéstrale el dispuesto artificio, manda llamar al malvado, y viene. Vá en tanto el obispo y dice que el fraile declara ha sido su predicacion de inspiracion divina, y manifiesta don Alvaro que es escarnio de Dios decir un fraile gordo, é heremio, é mundanal, que oviese revelacion. Llama á su sobrino Juan de Luna, y le encomienda y á Rivadeneira empujen á Vivero cuando él lo mande. Pero quiso confundirle antes, y haciéndole entrar, saca las cartas que tenia de él y del rey, y enseñándoselas, «Alfonso Vivero le dijo, ¿reconoceis estas letras? Si señor. ¿Pues cuya es? Del señor rey es. ¿E esta otra? Señor, es mia.» «Leed estas cartas, dijo á Rivadeneira, y turbado Vivero al oirlas, palideció de muerte al dirigirle don Alvaro estas palabras: «Pues por cuantos caminos é amonestamientos yo vos he fecho non vos habeis querido apartar de las maldades que contra mí habeis urdido y amasado, justo es que se cumpla en vos lo que vos juré delante de Fernando que está aquí presente.» Y manda tomen á aquel su malvado é perverso traidor criado, é lo echen de la baranda de la torre abajo, y lo echaron con ella deshaciéndose la cabeza en una esquina de piedra. Se ponía el sol. Baján corriendo y gritando los ejecutores de aquella justicia, finjese sentimiento, y hace bien su papel don Alvaro, doliéndose de la pérdida del mejor servidor, pilar é columna de sus fechos, é de su casa, é de su estado, de la falta que le hacia, de que en él solo descansaba y todos sus negocios, y de qué no podría repararla.

Escribe al rey incontinenti noticiándole el suceso, y disculpándose con su quebranto de participarsele personalmente, y le pide para el hijo de Vivero el destino de su padre, y envia tales consuelos á la familia del difunto, que viene el hijo á darle gracias. Al día inmediato fué don Alvaro de luto á ver al rey, que se maravilló del acontecimiento.

Respiró don Alvaro, libre de tan dañoso enemigo, y esperó, porque los deseaba, mejores dias. Tan propicia como le habia sido en tantos años la fortuna, mostrábasele contraria. Se habia eclipsado su astro. Corto era ya el hilo de su vida.

No creyó el público en la propalada casualidad del fin trágico de Vivero, y el temor, por una parte, de que se alzase don Alvaro, las prendas de compromiso que habia soltado, y el deseo de apoderarse de sus riquezas, movieron mas y mas al rey á desembarazarse de su hasta entonces indomable valido. Pero á punto de dar el golpe, arredróse, y le suplicó se retirase á descansar en su casa, porque así se lo pedian los descontentos como prueba de su sumision constante y de paz al reino, y le protestó su sentimiento por ello y su adhesion. Contestóle don Alvaro, que sin embargo de la amargura que le causara el juicio que se formaría, estaba como siempre pronto á sus órdenes, esperando todavía una gracia, la de rodearle, por que no sufriese su servicio, de los mas leales prelados, grandes y caballeros. Concedida sin ánimo de que tuviese efecto, y encargado de proponer las personas, aceptólas el rey, y puso don Alvaro los nombramientos. Partian, y á la vez el llamamiento real al hijo del de Plasencia, cuya venida alarmó á don Alvaro, á quien tranquilizó el obispo faltando al juramento. Desconfiando del monarca, que ne le escaseaba pruebas aparentes de afecto, se dispone á partir, y le disuade Rivadeneira. Vienen gentes al castillo, y procura el rey adormirle, no dando al hecho importancia. Otra vez prepara su marcha, y á punto ya de realizarla, otra vez la estorba por su mal el bizarro Rivadeneira, prefiriendo una defensa, y aun una muerte heroica á una evasion, sobre cobarde, peligrosa. Llámase á toda la gente, y se manifiesta entonces la alevosia del otro Alfonso, que lejos de mantenerla reunida y aumentarla, la habia reducido á una nulidad deplorable.

Avanzada la noche, despierta el condestable á los gritos de «Castilla, Castilla, mueran los traidores,» y asoma diciendo «Buena gente; ¿á qué venis? ¿cuyos sois? ¿qué es lo que queréis?» y respondieron con iguales gritos. Irritado «A ellos, á ellos, mueran los bellacos» repuso, y Sese, y Chacon se alejan con dño arrojándoles leños encendidos, despierta la gente, y se guardan despues de alguna pérdida en las casas inmediatas los del castillo en número de 200, dirigidos por el alcaide Iñigo de Estuñiga. Aguardaba don Alvaro ser socorrido de Rivadeneira, de su hijo don Juan, y sobrino, que vivian cerca, (se lo impidieron las fuerzas del rey) mas tardando, probó en vano á salir. En tal conflicto, hace desamperrar los patios, y subir las piedras, y escitado por Sese y Chacon, cede y sale disfrazado por sitios sucios, regresando en breve por preferir la muerte peleando con los suyos á los riesgos de una salvacion indigna de su altura. Acércanse el hijo de Vivero, y otros con bastante gente, y entran, y son desarmados; precaucion bien tenida por la intencion que les traia, sin embargo de la cual son allí respetados. Llega un faraute del rey, que está cerca con

mucha gente, y le intima se entregue. Contéstale con las palabras del Hijo al Señor en el Monte Olivete, y pide seguridades; estréchase la circunvalacion, y torna el faraute para saber que clase de seguridades exijia, y lo deja á su voluntad don Alvaro, enviando para los que viniesen á tratar con él un seguro. Son á este fin diputados el obispo y un caballero y recibidos. «El señor rey nos envia, dice este, que vos dedes á él á prision, por cuanto esto es á su servicio, é bien de sus regnos.» Todavía dudó don Alvaro, y demandando un seguro real, rechazóle el obispo. «Obispo, callad agora vos, díjole enojado don Alvaro, é non cureis de fablar donde caballeros fablan. Cuando fablaren otros de faldas luengas como las vuestras, fablad entonces vos, é non cureis de mas altercar aquí, que yo con Rui Diaz he fablado, é fablo, é non con vos.»

Por último, le fué entregado un seguro firmado del rey, y con su sello y juramento ante el obispo, que decía así: «el rey le aseguraba por su fé real, por él, é por cuantos con él eran á la sazón, é por todos los de su casa, é corte, é compañía, é lo recibia en su seguro, asegurándole de muerte, é de lision, é de prision, así á él, como al conde don Juan, su hijo, é á Juan de Luna, é á Fernando de Rivadeneira, é á Gonzalo Chacon é á Fernando Sese, é dende á todos los otros criados suyos, é assimismo á sus bienes é haciendas, etc.» Mas cautólo sereno, opónese Chacon recordándole los seguros, juramentos, fé, y firmezas por el rey quebrantadas, que todo lo prometia por asegurarle, y le animó á morir allí antes que dar su cuello al verdugo. «Que nunca Dios quisiese, le contestó don Alvaro, que en cabo de sus dias, el mas leal, é honrado caballero é mayor servidor que sin corona habia servido en su tiempo en todas las Españas, que el agora ya estando casi en fin de sus dias, dejase tal nombre peleando contra su rey y señor. Fagan Dios y el rey mi señor lo que de mí les ploguiese, ca yo por cierto non faré otra cosa si non ponerme en sus manos.» Y dispuso de sus bienes como si fuera á morir, quemó los memoriales de sus deudo es, reunió el dinero, bajilla, joyas, papeles, quedando á la vista la no consumada provision real del maestrazgo en su hijo, ya aprobada por su santidad; el privilegio del ducado de Trujillo de que no habia tomado posesion, y la merced del condado de Ledesma á su hijo don Pedro, de que tampoco se habia posesionado, para que de todo hiciese el rey su gusto, dejando allí tambien los juramentos y homenajes que le habian hecho el obispo de Burgos, condes y caballeros de Castilla de defenderle, ampararle, y ayudarle, guardando su persona, estado, y honor contra todas las personas del mundo. Hecho esto, mandó poner los manteles sobre tres arcas llenas de oro, y los mejores manjares y vinos, y sentarse con él á Sese, Chacon, y sus mas allegados, habiéndoles durante la comida como en el trance de la muerte á sus hijos, dando á cada uno de los dos citados dos mil doblas de oro y repartiendo entre los demas con saludables consejos cuatro talegos de las mismas.

Proveyó en uno de ellos la encomienda vacante de Usagre, y sellada la provision, quebró los sellos, encargando á Chacon que de todo lo que allí habia hiciese entrega al rey si disponia de él, rogándole descargase su ánimo de lo que segun su conciencia era tenido y obligado ante Dios de cosas adquiridas y habidas non segun entera justicia. Recelaba ya su muerte, y escribiendo al rey un memorial en que reseñando sus servicios imploraba sin creerse culpable su clemencia, y reservándose para su compañía los dos pages mas jóvenes y la ropa precisa, armado con el arnés que le habia regalado el rey de Francia, montó en su mejor caballo, entrega á Chacon el seguro para que sirva á todos los suyos, y se despide tiernamente de todos, que arrodillados y sollozando querian correr su suerte. Vá á salir acercándose ya los dos caballeros que comisionaba el rey para su seguridad, y se escusan á pretexto de que corre peligro por la indignacion del pueblo. Porfia diciendo que ningun peligro le detiene por ver á S. A., y no queriendo acompañarle, ni responder de su persona, Chacon le insta á que no se esponga al insulto de algun bellaco, y se aviene á esperarles apaciguado el tumulto, recomendándoles hiciesen presente al rey como se movia para ir á cumplir su mandado. Vuelven á poco con muchos hombres de armas, y detras el rey, y es por su orden desarmado, y preso allí mismo.

Presos tambien Chacon y Sese, y desarmados todos los de don Alvaro, salváronse su hijo, su sobrino, y Rivadeneira, disfrazado de muger el primero, de clérigo el segundo, y escondiéndose el tercero. Ni ropas ni recursos prestó al conde de Luna el alcaide de Portillo negando las arcas que contra el parecer de Chacon le confió el condestable.

Si el rey no fuera de suyo avaro, las escitaciones personales, y amenazas que hizo á Chacon porque descubriese el paradero de las riquezas del ilustre prisionero habrian dado á la persecucion de este su verdadero carácter.

Redoblada la vigilancia sobre don Alvaro, descubierto en su tentativa de fuga por su page Morales, es conducido á Valladolid, y va el rey á Portillo, que á poco entrega su alcaide Alfonso, tercer traidor de este nombre, partiendo con el soberano el oro de don Alvaro, ya cercenado diestramente. Traslado el preso á este punto, parte el rey á Maqueda, que definiendo Rivadeneira, y no pudiendo tomarla, le pregona traidor, y se rinde bajo pacto.

Agrupados en Escalona en derredor de su muger

é hijo los leales de don Alvaro, corrió el rey á sitiárla. Sin fuerzas bastantes para reducirla, pide consejo, y los enemigos del condestable que se habían apresurado á rodear al soberano, opinan que todo lo acabaría la muerte de don Alvaro, único medio de anular su inmenso poder, pues que en otro caso por afecto unos, y esperanza de recompensas, y por temor otros de que tornase de nuevo á la gracia de S. M., ni se rendiría Escalona, ni dejarían sus parciales de agitarse. Sus cuatro mil lanzas, sus veinte mil vasallos, sus sesenta y tantas villas, fortalezas y señoríos, su fortuna, su astucia, su ascendiente, todo lo pintaron al monarca con tan exagerados colores, que pareció de su deber asentir á la unánime propuesta, cuando siquiera por apoderarse de sus bienes no deseaba otra cosa. Y que no se desiriese la ejecución, le añadieron, por no frustrarla dando tiempo á una revuelta, aterrándose así su gente. La historia dice que se salió del consejo el arzobispo de Toledo por no permitirle su carácter votar la muerte; y la relación de este hecho, y otros dos que le

precedieron, imprime sobre la hechura del condestable y su primo un borron indeleble. Debiéndoselo todo, debió defenderle en el consejo, no apartarse del camino por que venía el prisionero que cifraba todas sus esperanzas en hablarle, y suplicar al rey, accediendo á sus cartas, las de su muger é hijo.

Satisfecho don Juan II contemplando ya en su poder los tesoros que en tantos años de valimiento creara el ambicioso favorito, y sus villas y castillos, firmó despues de todos la sentencia, y el mandamiento para su ejecución, y el de la entrega de don Alvaro, que fué á Estuñiga. Toma este gente en Valladolid, y se hace cargo del condestable, á quien halla de propósito (casualmente al parecer) el famoso maestro Alfonso Espina, de la orden de San Francisco, conocido del condestable, y poco á poco le participa su desgracia. «Bendito tú seas, Dios é Señor que riges é gobiernas el mundo» respondió sin turbarse don Alvaro, y rogó al religioso no le abandonase comenzando á descargarse su conciencia. Así llegó á Valladolid parando en la calle de Francos. Arregla su disposición, y dedica al Señor toda la noche. Oye misa y comulga, cubrese con una larga capa negra, y sale á poco cabalgando sosegado aunque dolorido, en su mula enlutada. Suena el clarín, y se oye el siguiente pregon. «Esta es la justicia que manda hacer nuestro señor el rey á este cruel tirano, por cuanto él con grande orgullo, é soberbia, é loca osadía, é injuria de la real magestad, la cual tiene lugar de Dios en la tierra, se apoderó de la casa, é corte, é palacio del rey nuestro señor, usurpando el lugar que no era suyo ni le pertenecía: é hizo é cometió en deservicio de nuestro señor Dios é del dicho señor rey, é menguamiento é abajamiento de su persona y dignidad, y del Estado real, y en grand daño y deservicio de su corona y patrimonio, y perturbacion y mengua de la justicia muchos y diversos crímenes y escesos, delitos, maleficios, tiranías, y cohechos. En pena de lo cual le mandan degollar porque la justicia de Dios y del rey sea ejecutada, y á todos sea ejemplo que no se atrean á hacer ni cometer tales ni semejantes cosas. Quien tal hace, que así lo pague.»

Acompañado de muchos caballeros, llega al cadalso, alfombrado y alto, en la Plaza Mayor; sube sereno sin arrogancia, adora el crucifijo sobre un altar, se desabrocha, y sacándose la sortija de sellar, la dá á Morales, y el sombrero, diciéndole: «Toma el postrimerio bien que de mí puedes recibir.» Conmuévase la concurrencia, y los religiosos le exhortan á que de nada se acuerde sino de morir como cristiano. Así se lo asegura, y viendo á un caballero del príncipe, dicele: «Ven acá, Barrasa, tú estás aquí mirando la muerte que me dan; yo te ruego que digas al príncipe mi señor que dé mejor galardón á sus criados que el rey mi señor me mandó dar á mí.» Va el verdugo á atarle las manos, diciendo le convenia, ó á lo menos los pulgares, porque non ficiere algunas bascas, ó apartase de sí el cuchillo con el espanto de la muerte, y quitándose don Alvaro una cinta: «Atame con esta, le dijo, y yo te ruego que mires si traes buen puñal afilado, porque prestamente me despachés;» y le ató los pulgares. Llamóle la atención un garfio en un palo: «Dime, le preguntó: aquel garabato que está en aquel madero ¿para qué está allí puesto?» Que para colocar su cabeza, le respondió: «Despues que yo fuere degollado, manifestó don Alvaro, hagan del cuerpo y de la cabeza lo que quieran.» Demándole perdon del verdugo, le corta la cabeza, y la hinca en el garabato, sucediendo al mas profundo silencio un grito unánime de horror y sentimiento.

Tres dias permaneció espuesto el tronco del con-

destable, y á su lado una bandeja de plata para recoger limosna, que se echó abundante, con que darle sepultura. Al fin de ellos fué llevado con numeroso acompañamiento á una ermita, titulada de San Andrés, donde se daba tierra á los ajusticiados, y despues de otros seis su cabeza. Pasados dos meses fué trasladado con pompa su cadáver á San Francisco, honrado por los grandes, prelados, y caballeros alli



existentes, y con posterioridad por el celo de Chacon, á la rica y suntuosa capilla de Santiago, que habia fundado en la catedral de Toledo don Alvaro, donde yacen sus restos en un precioso sepulcro y con su bulto de mármol sobre cama de alabastro. Yacen allí tambien los de su muger, y los del arzobispo de Toledo, su hermano.

Muerto don Alvaro, tuvo tambien fin su codiciado poder. Rindióse Escalona, hizose fuerte su muger en el castillo de Montalban contra el mismo rey, su primo, y todo cedió menos Montiel, que por asignado á su hijo, defendió Chacon, comendador despues de este título, y ayo por don Enrique de sus dos hermanos.

Aunque la condena no comprendió la confiscacion, apoderóse el rey de las dos terceras partes de sus bienes, confirmando á poco en su primogénito todas las concesiones que habia hecho á su padre, y que despues revalidó Enrique IV.

Dudoso es para muchos escritores, y niegan algunos, se formase proceso á don Alvaro. No se le formó en la recta acepcion de la palabra, pero es cierto que se practicaron algunas diligencias, y que se publicaron, siendo muy mal recibidas. Lo único que en ellas valia algo era la declaracion de su page Francisco Maldonado, natural de Salamanca, manifestando que el dia de la muerte de Vivero le envió don Alvaro dos ó tres veces á buscarle con encargo espreso de que no se volviese sin traerle: todo lo demas son vulgaridades repugnantes, inverosímiles, y absurdas, hijas de las malas pasiones de los que quisieron darlas valor acudiendo á testigos únicos y singulares, é indignas de que las extractemos del número 6.º del Apéndice á la crónica de don Alvaro.

Si la pena impuesta á tan elevado personaje se hubiese apoyado en algun fundamento legal, ni su primogénita doña Maria, duquesa del Infantado, habria demandado al marqués de Villena el condado de Santisteban fundada en que no se confiscaron los bienes de su padre, ni cometió delito contra el rey, obligándose á probar uno y otro, cuyo pleito decidió en su favor Isabel la Católica; ni el consejo de Castilla habria declarado en juicio contradictorio con el fiscal de S. M. injusta la pena, nulo de ningun valor ni efecto todo lo hecho y actuado contra el maestre por falta de jurisdiccion, por no haber sido citado, ni oido, ni acusado en forma, por generales los cargos, etc.

Y no le asesinó el Consejo, como dicen algunos escritores, sino sus mas declarados enemigos, de quienes el rey se aconsejó. Solo uno de doce que firmaron su muerte pertenecia al Consejo, y sin que ningun letrado de fama la autorizase, (al señor de Babilafuente le costó la villa el no suscribirlo; dióse á los ambiciosos una leccion que no aprovecharon, del término á que puede conducir el favor de un monarca.

Dicen tambien algunos historiadores que luego de firmar la condena manifestó el rey repugnancia, y procuró mas de una vez impedir la ejecución, afectándole tanto que su arrepentimiento y dolor fueron causa de su muerte, ocurrida el 20 de julio del año inmediato. Mal se aviene esta opinion, aunque pidiese para sí y cuantos intervinieron en el hecho, absolucion al papa, por ser don Alvaro maestre de Santiago, con la carta que desde Escalona escribió á la ciudad de Burgos el 20 de julio de 1433 justificando el castigo impuesto al condestable, llamándole «de serpentina osadía, de malas perversas y dañadas pláticas, de reprobados y malos hechos, de palabras deshonestas y carecientes de toda vergüenza y reverencia; lleno de fraudulencia, de recogitadas y vulpinas maneras, de grandes, enor-

mes y detestables crímenes, de perversas y soberviosas y temerarias osadías.»

A pesar de la inscripcion en su sepulcro, y de los mas de los escritores en esto divergentes, no fué muerto don Alvaro en julio sino el 22 de junio. Ninguna crónica determina el dia, ni el bachiller Fernan Gomez de Ciudad-Real; pero el 30 de junio ya era viuda su muger, como consta de una cédula expedida entonces, y se deduce de otras pruebas diplomáticas.

Sin embargo de sus defectos, de su fin y de los descontentos que se creó por algunos escesos, como el de exigir á Gomez Gonzalez de Illescas 200 maravedises de oro, reteniéndole en Escalona, y matando á uno de sus dos hijos en rehenes por que tardaba la paga, nadie le vituperó, y muchos de sus coetáneos hicieron su apologia, incluso Fernan Perez de Guzman, á quien habia perseguido.

Codicioso fué de tesoros y vasallos; pobre á la muerte de su padre quedó mas de 100,000 doblas de renta; no se curó de las calidades de los suyos (¿y quién se cura?) para elevarles; apartaba del lado del rey á sus émulos, y persiguió á algunos; muchas faltas cometió llevado de la indolencia, desidia y abatimiento de su soberano, de su reciproca confianza, del abandono de don Juan II, pero nadie habria hecho tanto por el poder y esplendor de la corona, nadie mereció como él lo mucho que le dió el monarca. Contra todo cuanto de real ó atribuido, haya hecho don Alvaro, sus actuales descendientes, el duque de Osuna el primero, y casi todas las casas, por progenitor de mas de 170, y de algunos reyes, pueden vanagloriarse de que el mismo don Juan se constituyó cronista de las principales acciones y servicios del condestable en el privilegio rodado que espidió en Arévalo permitiéndole fundar mayorazgo. Todas las mercedes y recompensas están basadas en sus merecimientos, y si la condena valiese algo contra la memoria de un vasallo tan eminente por su lealtad á la corona de Castilla, si no hubiese decidido favorablemente la reina Católica la demanda de doña Maria de Luna, sin la declaracion posterior del Consejo de Castilla, todavia los que deben su posicion al descendiente de un rey de Navarra y de una reina de Aragon, podrian oponer á aquella el citado privilegio, estensa y honrosa relacion de los sacrificios de don Alvaro, cuya importancia podrán haber comprendido nuestros lectores en la fiel reseña que hemos hecho de su vida y de su época.

F. N.

SEMANA HISTORICA.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

1827.

LXXXII.

Nuestra historia no ha descrito en sus páginas ni la insurreccion de 1827, ni la verdad de los horribles actos que acabamos de referir. Desde hoy se consignará en nuestros anales contemporáneos ese episodio sangriento, no de nuestra revolucion, sino del despotismo.

Jamás disculparemos los escesos, sea quien quiera el que los cometa; pero podria tenerse alguna consideracion á quienes los causaran por la ciega violencia de sus pasiones escitadas, mas nunca á los que gozaban saboreando impasibles la sangre de sus víctimas.

La revolucion en sus escesos pretendió siempre vengarse justa ó injustamente. El despotismo castigaba las intenciones. La revolucion con su pobreza quemaba los despojos de sus víctimas; los de las de Cataluña adornaban las casas de sus ricos perseguidores, imitando así á los tiranos de la antigua Roma.

Atendiendo á este período de la vida del conde de España y á su calidad de extranjero, consideramos justificado el dicho de Longa al avistarse con el conde en los límites de Aragon y Valencia en 1827.

Reconveniale de no castigar, ni aun formar causa á ninguno de los insurrectos, y blandiendo Longa la fusta, única arma que empuñó en toda aquella campaña, le dijo: Si fueran franceses los enemigos haria lo que vd.

Acreditado habia antes el conde de España su espanolismo; digna de loa fué su contestacion á Luis XVIII cuando le llamó á su servicio: *La sangre francesa, le dijo, que tuve en mis venas, ha sido ya derramada por los mismos franceses en el suelo español*; pero en la época de que nos hemos ocupado, parecia olvidaba sus españoles sentimientos para tratar á nuestros compatriotas como extranjeros, y á Barcelona y al Principado como pais adquirido por derecho de conquista.

LXXXIII.

El conde de España prestó un inmenso servicio á la patria, sofocando la insurreccion de 1827; pero el mismo conde agravió á España, abriéndola una de las llagas mas profundas, exacerbando los ánimos de los antes pacíficos catalanes. El mismo orden que restableció, lo perturbó; y mayores males de los que evitó causó.

Alabamos sinceramente al general que llega á Tortosa, se vé cercado de enemigos y no encuentra artilleria disponible, ni tropas, ni medios de ninguna especie, y sigue marchando sin embargo, esperando encontrar recursos en el Principado; se le presenta en Tarragona el intendente procedente de Barcelona, para decirle que no tenia dinero, ni raciones, ni crédito, y se despide sin proponer el modo de adquirir lo necesario; y no obstante estos contratiempos, puede

mas la constancia del conde que los vence todos y marcha, y pelea, y triunfa.

Pero ¿de qué sirvió al trono esta gloria manchada luego con tanta sangre inocente? ¿Presentaba como trofeos las horcas de la ciudadela? Con ellas premiaron los servicios de los que coadyuvaban á conseguir la victoria, y con ellas... pero dejemos reflexione el lector segun sus propias convicciones, que solo reflexionamos nosotros segun los hechos.

LXXXIV.

En medio del caos en que vemos envueltas las causas que originaron la insurreccion de 1827; entre los infinitos y encontrados pareceres que hemos oido á los que mas enterados se suponen en aquellos sucesos de fatal memoria, y entre las inducciones á que nos conducen algunos documentos que ya no existen, pero cuyo contenido sabemos, no acertamos con la verdadera causa de la sublevacion. Podemos decir, aunque parezca presuncion, á donde iba á parar; cual era su principal objeto; pero comenzó de un modo tan misterioso, bajo tan encontrados fines, y demostrando tal anarquía de ideas, que no puede establecerse una absoluta que las abrace todas.

El rey, Calomarde, el clero, doña María Francisca, la Francia ó mas bien Mr. Villele, todos tuvieron una grande ó pequeña parte, directa ó indirectamente en la insurreccion. El rey, por razones en que apoyaba su astuta política fluctuante: Calomarde, por combatir ciertos principios del rey á los que le inclinaban Zea, y Oñalía, combatiéndoles á estos de paso: el clero por no perder su omnipotencia terrestre que veia declinar: doña María Francisca, por causa propia; y el ministro de Carlos X, para ir asegurando en los vecinos el despotismo á que conducía á su señor, y le habia de costar el trono. Y ¿cuál era el resultado de todo esto? «Era (1) el desarrollo del plan profundo y arraigado de un partido poderoso español y extranjero que queria combatir al siglo, someter su accion á sus intereses, y oprimir su fuerza poderosa.» Está exacto el marqués de Miraflores, que pudo observar aquellos acontecimientos, ya que no estuviera al corriente de muchos de sus pormenores. El mismo marqués es el único escritor á quien primero hemos visto aproximarse algun tanto á la verdad en las pocas líneas que dedica en el prólogo de sus memorias á la insurreccion de 1827.

No está tan exacto cuando mas adelante dice que, «los conspiradores lejos de renunciar á la renovacion de sus esfuerzos, entonces inútiles y reprimidos, los aplazaron para el día de la muerte del rey, ya valetudinario.» Probado queda que la insurreccion vencida en el campo se ostentó mas prepotente en secreto; y el final del año 27 y todo el 28, demuestra la reaccion que aunque no partia directamente del trono no fué por eso menos efectiva.

El partido absolutista, partido siempre de accion, de fe y de convicciones, jamás se ha dado por vencido. ¿Es aplazar sus esfuerzos, dominar al capitan general de Cataluña, sacar de los presidios á sus campones, y llevar al patíbulo á los que habian ayudado á vencerlos? ¿Querrá sostenerse fuese esto obra solo de la casualidad?.... Rara fué por cierto.

LXXXV.

Demostrado hasta la evidencia el grande plan de la sublevacion del Principado, hallamos particularidades que nos inducen á creer no eran extrañas á el parte de las autoridades de Cataluña.

A la vista tenemos un extracto de los partes de la policía, denunciando las sociedades secretas, los parajes donde se reunian, y refiriendo pormenores sobre la ya célebre del *Angel exterminador*; digno nombre por cierto de afiliados que enarbolan un pendon religioso; pero él queria indicar sin duda sus sentimientos, que les honraban tanto como á su causa el inolvidable fraile P. Puñal.

Estas sociedades que trabajaban con incansable alán, hasta llegar á establecer una nueva forma de gobierno, repartiendo la Cataluña en diferentes departamentos. Reunianse á veces en el castillo de Llinás, cerca de Mataró, y las órdenes que de la sociedad emanaban se obedecian con preferencia á las del legítimo gobierno.

En una torre cerca de Sarriá, habia tambien otra junta, presidida por el párroco de dicha villa; y en casi todos los conventos, puede decirse se hallaba el centro de las maquinaciones del partido teocrático.

LXXXVI.

Ya dijimos, aunque incidentalmente, que las proclamas de Manresa se reprodujeron en Córdoba y otros puntos. En efecto; en Alicante ó Cartagena, residia una junta central del Mediodia de España, cuyas ramificaciones se extendian á todo el litoral. Súpolo el gobierno, hizo algunas prisiones; pero no destruyó las maquinaciones, que no tuvieron efecto por la pronta sofocacion de los sublevados de Cataluña.

Si esta no hubiera sido así, vemos anticiparse en 1827 el grande levantamiento de 1833; pues eran mayores aun los elementos con que se contaba; y menos la resistencia que fué preparando tan prudentemente Cristina.

LXXXVII.

En cuanto á don Carlos, ninguna culpabilidad tuvo en aquellos acontecimientos; si de algo puede re-

(1) Memorias para escribir la historia contemporánea, por el marqués de Miraflores.

TOMO I.

convenirle la historia, es de su demasiada indiferencia. Cuando se levantaban por él directa ó indirectamente, cuando conocia que iba á haber víctimas ¿no era un deber de conciencia evitarlas? ¿no pudo haberlo hecho dirigiendo la palabra á los que tomaban su nombre, y condenar su conducta y rechazarla? ¿Bastábale esa estóica indiferencia por todo lo que en su derredor sucedia? ¿Habrian de conformarse todos con que se escudara con la religiosidad de sus sentimientos? Los deberes para con Dios no suplian á los que era deudor á la sociedad y á sus mismos amigos. ¡Compadezcamos á esas almas henchidas de una falsa fé religiosa, que porque ven que es el rayo celeste el que incendia el edificio de unos pecadores, no se precipitan á salvar las víctimas!

LXXXVIII.

Entre las funestísimas consecuencias que datan de este tiempo á nuestra patria no es la menor la que originó el conde de España con su impolítica conducta en 1828. Aquel lujo de terror fué causa de escesos posteriores. La rabia, la desesperacion, la ira que se concentró en los pechos catalanes, les hizo anhelar un momento en que rompiendo el dique de sus comprimidas pasiones, se desbordaran estas arrastrando ante sí cuanto se les opusiera. Por eso hemos visto posteriormente á los catalanes sublevarse con violencia, y cometer punibles desórdenes: por eso les hemos visto llevar hasta la mas estremada exageracion las cuestiones de partido, y combatir mutuamente los paisanos y los parientes cual si fueran odiados extranjeros.

Las cuestiones políticas las habia hecho el conde cuestiones de vida ó muerte; y tan funesta enseñanza la aceptaron, y la siguieron los catalanes.

Las venganzas en materias políticas no recaen nunca sobre el que las ejecuta, sino sobre su partido; así como el castigo de Dios no cayó solo sobre nuestros primeros padres, sino sobre su descendencia, que lo somos todo el género humano.

¡Desgraciada humanidad!....

LXXXIX.

¿Fué la insurreccion que hemos narrado ó fueron las ideas que se desprendian de la progresiva marcha del siglo, las que cambiaron desde entonces las circunstancias políticas de la España? Dificil es la contestacion. Creemos sin embargo que una y otras contribuyeron; pero siempre sostendremos que sin una propension al progreso, prescindiendo de la manera de entenderle, no habrian tenido lugar las vicisitudes porque ha tanto tiempo pasamos y pasaremos.

Buscando esa felicidad ilusoria creemos encontrarla destrozándonos... pero no es la felicidad general lo que se busca....

XC.

En conclusion. La insurreccion de 1827, fué una revolucion prematura, torpemente coordinada y débilmente sostenida. Anarquía en los principios, desorden en las disposiciones, falta de valor en el combate, de ingenuidad en la enseña, y caos en fin, en todo. Esto fué aquella sublevacion que se nos presenta como una exalacion que deja solo en pos de su ardiente huella, sangre y lágrimas.

Al desentrañarla nosotros de los empolvados y amarillentos legajos de documentos, creemos haber dispensado un servicio á la historia y á nuestra patria. Examinando aquellos acontecimientos, no como el testigo, sino como el juez, hemos podido sentar nuestro propio juicio, exento de parcialidad, y juzgar los hechos por lo que ellos mismos probaban.

Hemos espuesto las observaciones que nos han parecido oportunas, porque creemos son un deber en el historiador. Si hemos errado en la apreciacion de los hechos, cúlpele á nuestra insuficiencia, no á la rectitud de nuestras intenciones.

En cuanto á los que crean que hemos arrojado un haz de leña á la grande hoguera de nuestras disensiones políticas han comprendido mal: vean la antorcha que trata de esclarecer ocultos hechos y presentarlos como saludable enseñanza á los partidos que amenguan con sus exageradas pasiones la gloria de nuestra desventurada patria.

A. PIRALA.

LA PRINCESA DE URSINI Y ALBERONI.

I.

Esceptuando los reinados de Carlos V y Felipe II, ninguno acaso como el de Felipe V es mas fecundo en acontecimientos extraordinarios. Entre los personajes que por sus hechos sobresalieron durante esta monarquía, la princesa de Ursini, y el cardenal Alberoni son los que mas llegaron á distinguirse, y por consiguiente ambos serán el objeto principal de nuestro trabajo, aun cuando nos sea preciso entrar en algunos pormenores, acerca del rey Felipe, antes de ocuparnos exclusivamente de los indicados individuos. ¿Y cómo obrar de otra manera? La historia de Felipe V quedaria manca si escluyese de sus páginas estos dos nombres, que sirviéndonos de una espresion moderna, podemos calificar como dos verdaderas *notabilidades* del siglo XVIII. Estos dos personajes, deben caminar por consiguiente al par de la historia.

Acostumbrados los españoles á la presencia de un rey apocado, melancólico, supersticioso y enfermizo como Carlos II, no pudieron menos de manifestar el mas extraordinario gozo al ver entrar por las puertas de la capital de España al nieto de Luis XIV que se distinguia por sus cualidades físicas, enteramente opuestas

á las del monarca antecesor; llenóles la vista y el corazón, dice un historiador, un príncipe mozo, de agradable aspecto y robusto.

Sin embargo, á pesar de la legalidad del testamento de Carlos II que le declaraba su sucesor en el trono, y de sus indisputables derechos á ceñir la diadema de España, tuvo que interponer su valor para atacar de frente á todos los que injustamente se rebelaron contra él. El cardenal Portocarrero, ministro de Felipe y acérrimo partidario de Luis XIV, contribuyó con sus nada acertadas disposiciones, á que el nuevo rey contase en su mismo reino un crecido número de enemigos; pero los mas temibles antagonistas de Felipe, eran todas las potencias rivales de Luis XIV, que al ver á su nieto sentado en el trono de España, se llenaron de susto, temiendo las fatales consecuencias que experimentarían las demas naciones con el rápido engrandecimiento de la casa de Borbon.

En su consecuencia el primer cuidado de Felipe al ceñir la diadema española, fué convocar á sus ministros con objeto de conjurar el peligro que veia tan cercano por parte de las otras naciones, mas asustadas que resentidas de la conducta de Luis XIV; pero este monarca se apropió el esclusivo derecho de dar cumplidas satisfacciones á las potencias que las exigian; y con efecto lo verificó, valiéndose de embajadas y escritos no mal meditados, y sin embargo no logró su deseo, porque poco efecto hacen las palabras y las promesas, cuando se preveen consecuencias temibles; de suerte que la paz que asentó con algunas potencias, solo tuvo el carácter de una quietud transitoria, como lo probaron los hechos posteriores.

Otro de los cuidados, á la sazón mas principales, fué el de dar al rey una esposa en quien depositara su cariño y le alentase en sus determinaciones: despues de serios y prolongados debates, eligieron para consorte del joven soberano, á María Luisa Gabriela, hija segunda del duque de Saboya, que á su corta edad de catorce años, reunia la virtud, la discrecion y la belleza, y se ligaba con un joven de diez y ocho años, modesto, tímido y casto. Se desposaron por poderes, é inmediatamente partió el joven esposo para Barcelona con el doble objeto de recibir á la reina y de jurar allí las cortes de Cataluña. Con efecto, en la frontera de Francia y en el pueblo llamado de Figueras recibió á su esposa, de la cual quedó al punto extraordinariamente prendado, y en seguida pasó á Barcelona para abrir las cortes, y cuyos pormenores omitimos, por no ser de este lugar, y por tener que dar comienzo al episodio histórico que hemos prometido.

II.

Casado el joven rey, fué preciso dar á su esposa una camarera mayor, puesto de grande importancia en aquellos tiempos, y nunca mas necesario que en el reinado de Felipe V, donde los pocos años de la reina exigian una persona influyente y cuerda que la aconsejase. La eleccion de este empleo fué objeto de grandes y detenidas discusiones, y últimamente nombraron camarera mayor de la reina de España á María Ana de Tremoille, francesa de nacimiento, amiga de Mad. de Maintenon, esposa de Luis XIV, y á la que debió sin duda esta elevacion. Conviene á nuestro propósito, antes de proseguir, decir alguna cosa respecto á los antecedentes de esta señora.

Hija de Luis de la Tremoille, personaje que se distinguió mucho en la guerra de la Fronda, se casó en 1659 con Blas de Talleyrand, príncipe de Chalais: á consecuencia de un duelo escandaloso y que dió mucho que decir en el reinado de Luis XIV, el príncipe de Chalais tuvo que espatriarse, y su joven esposa le siguió, primero á España y despues á Italia. Ya por este tiempo se presintió la firmeza de carácter de esta señora, en vista del singular valor que supo contraponer á los infortunios, hijos de la severidad de aquel involuntario destierro. Poco tiempo despues murió el príncipe de Chalais, y la princesa se vió sola en Roma, sin otra herencia, sin otro patrimonio, que su ilustre nombre; pero joven y seductora, no solo por los encantos de su talento, cuanto por los de su persona, tuvo la fortuna de que los hombres mas distinguidos de Roma desearan honrarle con su amistad.

Es fama que dos cardenales, Bauillon y Estrees concibieron hácia la princesa un sentimiento mas tierno que el que naturalmente concede la amistad, y que la dama favorecida halló trazas para no disgustar á ninguno de los dos, estableciendo cierto sistema de reciprocidad en las obsequiosas manifestaciones de ambas dignidades eclesiásticas; pero fuerza es confesar, que las afecciones del corazón no eran las que mas dominaban á esta señora, porque su imaginacion se creia mejor empleada cuando se entregaba á las meditaciones políticas. Se fijaba mucho en los sucesos que afectaban á la Europa entera, y si hemos de dar crédito al decir de sus contemporáneos, indicaba con facilidad y certeza la marcha que debia seguirse, espresándolo con una elocuencia tal, que dejaba cautivos y suspensos á los mas avezados en el intrincado catecismo de la diplomacia.

Hacia ya mucho tiempo que Roma no era la primer ciudad del mundo, pero aun permanecia siendo la escuela mas fuerte de la política, y el cónclave, mas se curaba de diplomacia que de cuestiones teológicas; en pueba de ello, no tenemos mas que recordar los ejemplos recientes y multiplicados que demostraron, que el título de primer ministro, y la dignidad de cardenal, se conciliaban perfectamente. Con semejante escuela, y merced á las frecuentes lecciones que

recibia esta muger célebre de las personas que la rodeaban, pudo adiestrarse en el arte de la intriga, tan necesario para el que solicita cultivar el espinoso sendero de la diplomacia.

El cardenal de Estrees, teniendo en cuenta las excelentes disposiciones de la princesa, determinó sacarla de la posición precaria en que se hallaba, y la propuso al duque de Bracciano para que se casase con ella, asegurándole su futura celebridad, y pintándole enérgicamente sus seductoras condiciones. El duque era príncipe del Santo Imperio, y además pertenecía á la célebre casa *degli Orsini* (de los Ursinos), y poseía una gran fortuna. El príncipe del Santo Imperio era viejo, y es indudable que la princesa le admitió por esposo, únicamente con el objeto de adquirir sus riquezas y los honores de su nobleza.

La historia enmudece, durante el período de veinte y cinco años, respecto á la princesa de Ursini, y solo se sabe que viajó muchas veces á España y á Francia, y que fué admirada y festejada en Versalles. A los pocos años quedó nuevamente viuda, y aun cuando en vida de su esposo había seguido sus relaciones con el cardenal de Estrees, en su viudez contrajo otras con Portocarrero, ministro de Felipe rey, de España. Fácilmente se concibe ahora, que además de madama de Maintenon, no dejaria de influir Portocarrero para que en esta señora ilustre recayese el nombramiento que obtuvo de camarera mayor de la reina de España.

III.

El nieto de Luis XIV carecía de la inflexibilidad despótica de su abuelo: de carácter dulce y apacible, se dejaba seducir por las influencias de las personas que le rodeaban, con tal que no turbasen sus derechos de esposo; necesidad harto imperiosa á su temperamento. La joven reina, algo mas absoluta, pero dulce y buena en su trato, pudo dominar el ánimo del rey, y por eso la princesa de Ursini, conociendo el carácter de la reina, procuró desde su llegada establecer hácia ella todo su ascendiente. La nueva camarera mayor, mas que su consejera, era la amiga de la reina; afable, discreta, buena en el fondo, y encargada de las leyes de la etiqueta de palacio, no pudo menos de aparecer el buen gusto en cuanto esta señora disponía.

La reina le demostró su cariño desde el instante que la conoció, en cuya amistad permaneció constante hasta sus últimos momentos. La princesa de Ursini tuvo el maravilloso arte de dominar á la reina, sin que esta lo conociese, haciendo que se obedecieran sus preceptos como inspiraciones reales. El objeto político de la princesa era grande y noble, pues pretendía nada menos que sacar á España del vergonzoso abatimiento en que la dejó el pusilánime Carlos II: la tea de la discordia ardía por todas partes, y la princesa puso todo su conato en sofocar la guerra civil que desolaba á la mitad de la monarquía, y es preciso que concedamos que con sus disposiciones dió fuerza de acción al gobierno.

Tengamos presente, que su posición en España no era por cierto la mas ventajosa, dado que había venido al palacio de Madrid con el empeño formal de hacer que en toda circunstancia prevaleciese el partido de Francia, y para obrar en pró de los intereses de Luis XIV; pero sus intenciones eran otras: pronto comprendió que importaba á su honor y al de los españoles no obrar si no bajo sus propias inspiraciones, y que en nadie mejor que en los españoles hallaría un verdadero agradecimiento, y en su consecuencia, su política presentó siempre un carácter de ambigüedad, manifestándose en la apariencia adicta á las observaciones de los agentes de Francia, pero trabajando realmente en beneficio de los españoles. Era este un término medio muy difícil de sostener.

Hallábase á la sazón Felipe V en Italia, y sabedor del descontento que reinaba en el interior de su reino regresó á Madrid acompañado del cardenal de Estrees como embajador de Francia cerca de Felipe, nombramiento hecho por Luis XIV, creyendo que su nieto, la reina y la princesa de Ursini, se mostrarían desde luego propicios al nuevo embajador, y que el pueblo español iría poco á poco perdiendo su odio encarnizado á la intervención extranjera, con lo cual dió sobradas muestras de conocer muy poco el carácter independiente de los españoles. Pero la princesa y el conde de Montellano habían tomado la dirección principal de los negocios del estado, en menoscabo de Portocarrero, y el cardenal de Estrees no siendo el mas á propósito para desempeñar con fruto el destino de embajador en España, en vista de las circunstancias en que se encontraba el país, no pudo por lo tanto lograr lo que se había prometido, y la princesa de Ursini siguió siendo la exclusiva dominadora de la corte de Felipe V. Por otra parte, el reconocimiento no es la cualidad que mayormente recomienda á los personajes de la alta política, y por eso la princesa no vió en el cardenal, ni al amante ni al protector, sino á un rival ambicioso é intrigante á quien desde luego se propuso derribar. No tuvo mucho que trabajar para lograrlo, puesto que el mismo cardenal labró su propia caída abusando de su destino, mostrándose asaz exigente en los ceremoniales de la etiqueta, é indisponiéndose con los ministros de España, sobre los cuales quiso ejercer una señalada preferencia.

Haciendo alarde de su superioridad, quiso un día penetrar en la régia estancia, cuando el rey y la reina se hallaban solos con las damas de honor, pero la princesa de Ursini se interpuso y le negó la entrada.

—Señora princesa, dijo el cardenal, otra vez traeré

conmigo la fé de bautismo para que se sepa quien soy.

Se retiró indignado, pues semejante desaire hería su desmesurado orgullo, y desde entonces se propuso intrigar también por su parte para quitar el prestigio que se había conquistado su antigua protegida. Con este intento escribió á la corte de Versalles, quejándose amargamente á Luis XIV de los desaires que frecuentemente recibía en Madrid, y exageró en tales términos el ascendiente de la princesa, y predestinó tan fatales resultados á consecuencia de esta privanza, que llamaba imprudente, que el monarca francés recibió esta noticia con hondo pesar, y trató calmar el descontento amonestando á esperamente al joven rey, quien contestó, sino con la dureza que le había escrito su abuelo, hasta cierto punto con indignación, y la misma reina tomó parte en esta correspondencia, pues supo que trataban de destituir á su camarera mayor. «Me quitais á la princesa de Ursini, escribia, y por terrible que sea para mí este golpe lo recibiría sin quejarme si tan solo viniese de vuestra mano; pero al considerar que este es el fruto de los artificios del cardenal y del abate su sobrino, os confieso que mi desesperación no tiene límites. Os suplico que quiteis cuanto antes de mi vista á estos dos hombres que miraré toda mi vida como á mis mas crueles enemigos y perseguidores.» Luis XIV, sabiendo que la reina hasta había caído enferma por el sentimiento que le causaba la separación de la princesa, se vió en una posición harto comprometida; pero conociendo que la destitución de la camarera ocasionaria nuevos sinsabores, procuró conciliar los ánimos de la corte de España, consintiendo en que la princesa continuase al lado de la reina.

Felipe V manifestó al cardenal la decisión de su abuelo relativamente á la princesa. «Si la camarera sabia, preguntó el cardenal, que SS. MM. deseaban que permaneciese á su lado cómo ha pedido permiso para ausentarse?—Ya la camarera sabia, contestó Felipe, que no se iría, porque nos opondríamos á ello.» A lo cual repuso el embajador sonriendo: «Os agradezco de todo corazón, señor, esta sola confidencia que os habeis dignado hacerme desde que estoy en Madrid; guardaré secreto, os prometo que nada sabrá la camarera mayor.» Lanzó despues algunos epigramas refiriéndose á un *Memorial de los pueblos* que se había escrito para que la princesa no saliese de España, y en el cual se la comparaba á las mugeres ilustres de la Biblia, y especialmente á la hermosa Judith. «Esta última comparación, añadió, me amedrentaría si fuese exacta. Temería que se hallase en riesgo mi cabeza, pero voy á ponerme á cubierto, haciéndola ahora mismo una visita.»

La princesa no quedó completamente satisfecha aun; deseaba que su triunfo fuese mas completo; esto es, deseaba que el cardenal fuese despojado del empleo de embajador de Francia en España. Para este efecto; se puso de acuerdo con el abate de Estrees, sobrino del cardenal, quien pasando á Versalles, acompañado de otros agentes, pintó la situación de la corte de un modo poco lisonjero, achacando la culpa de todo á su tío, y la princesa, apoyaba con sus escritos las supuestas revelaciones del abate; y se interesaba lo posible para que sucediese á su tío en la embajada. Tan repetidas desavenencias disgustaron á Luis XIV, pero se convenció de que era preciso inmolarse al cardenal, y en su consecuencia, escribió secretamente á su nieto, que tenía intenciones de separar al embajador, en cuanto se presentase una ocasión favorable para verificarlo, y nombrar en reemplazo al abate su sobrino. En fin las reiteradas quejas que de todas partes se recibían contra el cardenal, decidieron al gran rey á precipitar su determinación; y por eso le escribió, anunciándole, que sería conveniente hiciese dimisión de un destino, que tantos sinsabores le ocasionaba, y que por lo tanto, nombraba en su lugar al abate su sobrino. No pudo ser mayor el triunfo de la princesa de Ursini, ni mayor la derrota del cardenal, su temible antagonista.

Partió á Francia el destituido cardenal y su sobrino ocupó su puesto, pero recelando ser sacrificado como su tío, previno la ingratitud de la princesa, y se declaró desde luego su enemigo, buscando con empeño desde entonces todas las ocasiones que pudieran conducirle á perderla. Esta ocasión no tardó mucho en presentarse. La princesa de Ursini se entregaba sin ningún género de escrúpulo á pasiones que no escusaban su edad, y estaba tan segura de su autoridad que nada en el mundo le parecía podría quebrantarla. La presentaron un día un despacho clandestino que el abate remitía á Versalles, y entre otras cosas escribia: «La princesa ejerce una autoridad despótica sobre todos los que la rodean: solo un hombre, se exceptúa de este tratamiento: solo un hombre al cual se halla enteramente sometida. Este caballero es Bontrot d' Aubigny, su secretario particular, quien la ha subyugado de un modo inaudito.» Luego al final de la carta añadía el abate como para atenuar el efecto escandaloso de estas revelaciones. «Sin embargo, aseguran que están casados.» Estas últimas frases, fueron las que mas irritaron á la princesa, y escribió al margen y de su propio puño: ¡Para casado, no! Despues, por una imprudencia semejante esta carta la remitió á la escrupulosa y devota corte de un rey que había pasado al yugo de Mad. de Maintenon, y por lo tanto no es difícil adivinar la indignación que produciría semejante revelación en Versalles. Por último, el resultado de estas intrigas fué la orden terminante y enérgica que imponía la separación del embajador y

la destitución de la princesa, sin que esta vez bastasen á revocar esta determinación ni las reclamaciones de Felipe, ni la oposición manifiesta de su esposa. Una carta de Luis XIV, que fué entregada á la princesa, la mandaba trasladarse al Mediodía de Francia, desde donde se encaminaría á Roma.

La camarera mayor recibió resignada esta nueva desagradable, y se ausentó de la corte sin despedirse de la reina, pero si dejándola escrita una carta en la cual la daba consejos muy saludables. Sin desanimarse y esperanzada en triunfar algun dia, cifró por lo pronto todo su empeño en obtener el permiso de habitar en Tolosa, el cual á fuerza de instancias repetidas le fué concedido: desde este punto la era muy fácil tener comunicaciones mas directas con ambas cortes, como en efecto las tuvo, y durante su destierro se conoció que su influencia en España había sido harto poderosa para que su alejamiento no produjese en la corte un vacío inmenso: todo vacilaba desde el momento que se apartó de Madrid este brazo enérgico. Hubo muchas personas que se interesaron por ella en Versalles, y apenas había trascurrido un año desde su destierro cuando le fueron abiertas las puertas de la corte de Luis XIV, donde acogieron con respeto y admiración á esta célebre señora.

Allí consiguió recobrar su antiguo prestigio, y despues de varias entrevistas con el monarca francés, la princesa de Ursini partió otra vez para España con la poderosa protección de Luis XIV. Entró en Madrid el dia 5 de agosto, con la misma solemnidad de una soberana que regresa á sus estados: los reyes salieron á esperarla dos leguas de la capital, y despues que la abrazaron con afecto y entusiasmo inconcebibles, la obligaron á tomar asiento en la régia carroza.

Colocada en su anterior destino de camarera mayor encontró bien pronto la ocasión de volver á emplear los recursos de su genio político. En 1706 vino á España el duque de Orleans, con encargo de mandar el ejército francés en reemplazo del marqués de Warwick, y seguidamente se declaró enemigo del poder excesivo de la princesa de Ursini, y hasta concibió el loco proyecto de aguardar á que Felipe V se viese reducido á la mayor estrechura, para hacer que se trasmitiesen los derechos del príncipe, y acaso para colocar en sus sienes la corona de España. La célebre camarera penetró al punto sus intenciones, y el cariño que profesaba á sus reyes, su propia ambición, y el sentimiento de la dignidad nacional que supo despertar entre los españoles, le prestaron admirables recursos para destruir á un enemigo tan poderoso. Así, que el duque de Orleans se vió precisado á abandonar el teatro donde había sido derrotada su ambición por la perspicacia é inteligencia de una muger.

A pesar de los esfuerzos de la princesa de Ursini, España caminaba visiblemente á su destrucción, aun cuando se salvó algun tanto con la célebre jornada de Villaviciosa; pero varias provincias sostenían el partido del emperador de Austria contra la nueva dinastía, y esto disgustaba extraordinariamente á la camarera, mas esta circunstancia no era ciertamente la que debía ocasionar su caída, sino la que en seguida vamos á indicar.

Hemos dicho antes de ahora que una de las principales causas del prestigio de la princesa, era la grande amistad que le profesaba la reina; ahora bien, esta murió repentinamente en febrero de 1714; pero como la influencia de la camarera se extendía hasta el rey, este golpe inesperado no bastó á destruirla. Felipe era bueno, afable y dulce, y se había acostumbrado mucho á la sociedad de esta muger, cuya amena conversacion evitaba que el soberano pensase en la reciente muerte de su esposa. Pero Felipe, dotado de un temperamento impetuoso y exigente necesitaba una esposa á todo trance, pues era demasiado escrupuloso y devoto para admitir por compañera una muger que llevase otro título. En prueba de lo que apuntamos acerca de su temperamento, asegura la historia, que la noche antes de fallecer la reina usó con ella de los derechos de esposo: varios escritores suponen que la princesa de Ursini procuró sacar partido de estas ardientes disposiciones, para lograr que la favorita fuese reina de España; pero estas conjeturas serian admisibles si no nos refiriésemos á un rey de treinta años, y á una muger mas que septuagenaria.

Lo cierto del hecho es, que la camarera comprendió que el rey necesitaba una compañera legítima, y que sus tentativas se cifraron en escogerla de tal manera, que su prestigio se mantuviese igual con la nueva reina. Pero ya aparece por primera vez en nuestras páginas Alberoni, hombre de genio, el cual figuró mucho al lado de la princesa; pero antes de verlos juntos en la presente historia, bueno será que digamos alguna cosa respecto á los antecedentes de un hombre tan extraordinario y que tanto figuró en el reinado de Felipe V.

IV.

Julio Alberoni nació en Fiorenzuola, en el ducado de Parma; era hijo de un jardinero, y recibió una educación conforme á su vocación hacia el estado eclesiástico. Comenzó por ser campanero de la catedral de Plasencia; además fué cocinero, negociante, intérprete, bufon; pero en todas circunstancias muy hábil para el logro de sus planes.

Dotado de una rara penetración, llegó á ser capellán y favorito del conde Roncovieri, obispo de Santo Domingo, el cual, teniendo que conferenciar en Parma

V.

con Vandoma, y no sabiendo el francés, llevó consigo á Alberoni. El general Vandoma, cuyas cínicas costumbres nos refiere el duque de San Simon, se hallaba en su sillón agujereado, pagando un súcio tributo á la naturaleza, cuando le dieron parte de la llegada de Alberoni, á quien mandó entrar; el enviado, en vez de manifestarse ofendido por semejante recibimiento, dijo con desembarazo á un criado:

—Traedme otro sillón con agujero, tengo el vientre algo descompuesto, y quiere decir que mientras busco mi alivio frente á frente del general, diré de paso mi cometido.

—¿Cómo! interrumpió el general.

—Pretendo hablaros en igual situación á la que me recibís, respondió el emisario.

Así lo hizo Alberoni, y esta bufonada cayó en gracia al duque de Vandoma, y le valió entrar á su servicio. Hízole su secretario, le acompañó á Francia, y al poco tiempo le llevó consigo cuando pasó á tomar el mando del ejército de España. Por fallecimiento de Vandoma, el duque de Parma nombró á Alberoni su agente político en Madrid, en cuyo empleo supo granjearse la confianza de Felipe V, y concibió el proyecto de ser ministro algún día; pero conociendo el favor de la princesa, que serviría de obstáculo á sus designios, comenzó por buscar los medios de echar á bajo su grande prestigio.

Hemos dicho antes, que la princesa de Ursini deseaba que la elección de la nueva esposa del rey recaese en una persona á la cual pudiese ella gobernar, cuya importante investigación la ocupaba mucho: mas una insinuación de Alberoni la decidió por último á fijar su elección. Hallábase la camarera hablando con Alberoni, en tanto que pasaba el convoy fúnebre de la reina difunta.

—Tendremos que buscar otra muger para el rey, dijo la camarera.

Y seguidamente nombró á varias princesas; mas el astuto italiano, ponía fuertes objeciones á todas las que iba nombrando, y como adivinase el designio de su interlocutora, le dijo:

—Vos, señora, necesitáis una princesa obediente y amable á quien no guste mezclarse en los negocios del estado.

—¿Y en dónde la hallaremos? preguntó la camarera á quien escujo?

—A Isabel de Farnesio, hija de Eduardo, último duque de Parma, respondió Alberoni, y añadió con tono de indiferencia: es una buena muchacha, gorda, robusta, llena de salud, educada en la humilde corte de su tío Francisco, y acostumbrada tan solo á oír hablar de las labores de su sexo (1).

La camarera aceptó la idea del nuevo casamiento, y los sucesos posteriores probaron que Alberoni supo disfrazar cautelosamente el carácter de Isabel de Farnesio, nada á propósito para servir de instrumento á la voluntad ajena ó á influjo alguno. Enabláronse las negociaciones para llevar á cabo el enlace, y la favorita gozaba de antemano con la esperanza de seguir siendo la dominadora de España. Celebróse en Parma el casamiento por poderes, y acompañó al rey á Alcalá cuando salió á recibir á su nueva consorte, y en clase de camarera mayor se adelantó para encontrarse con la reina en Guadalajara y acompañarla. Llegó la reina y se presentó la camarera á besarla la mano: la reina la acogió con fingida benevolencia y siguió á la de Ursini á su cámara. Allí le dirigió esta algunas felicitaciones y la espresó la impaciencia del rey; pero Isabel la interrumpió diciendo:

—¿Qué trage es ese con el que os presentáis delante de mí?

—El trage de etiqueta, respondió turbada la camarera.

Quiso continuar hablando, mas la reina encolerizada la mandó callar, y llamando al oficial de guardia que se hallaba en la antecámara, le dijo:

—Arrojad de aquí á esa vieja loca.

Y la misma Isabel la empujó fuera de su estancia.

Como el oficial se resistiese á cumplir la orden de destierro que daba la reina, esta pidió papel y tinta, y escribió la orden de destierro sobre su misma rodilla.

Entró inmediatamente la princesa de Ursini en un carruaje, y la llevaron fuera de España sin concederle tiempo para recoger su ropa en una noche fría de invierno, durante la cual tuvo que caminar por encima de la nieve que cubría la tierra, y escoltada por cincuenta dragones que apenas la consentían descansar.

Este fué su tercer y último destierro. Pocos días después la princesa recibió una carta del rey: «Estoy sin consuelo, decía, por lo que os ha pasado; pero me es imposible revocar lo dictado por mi esposa.» Hay quien sospeche que toda esta trama fué combinada por Alberoni.

La princesa de Ursini pasó á Versalles; luego anduvo errante por distintas poblaciones de Europa, sin hallar un asilo á su ambiciosa vejez; pero el día 3 de diciembre de 1722, murió en Roma la princesa de Ursini á la edad de ochenta y dos años. Esta muger se hubiera engrandecido mas, si sus inspiraciones hubieran sido mas nobles; pero no olvidemos al cardenal Alberoni á quien hemos dejado en la mitad de su carrera diplomática.

Alberoni ha tenido, como todos los hombres que han figurado mucho, apologistas y detractores. Los primeros no le hallan defecto alguno, y los segundos le conceden su genio, pero denigran sus recursos para elevarse al poder. Entre sus apologistas se halla Voltaire, quien en su *Vida de Carlos XII* dice lo siguiente acerca del cardenal. «Se halló después un socorro mas noble y mas importante en el cardenal Alberoni, poderoso genio que gobernó á la España bastante tiempo para su gloria, y muy poco para el engrandecimiento de este estado.» El cardenal escribió á Voltaire dándole gracias, y el gran filósofo le contestó: «La carta con que vuestra eminencia me ha honrado es de un precio tan lisonjero para mis obras, como debe serlo para vuestras acciones la estimación de la Europa. Monseñor, ningunas gracias me debeis, pues solamente he sido el órgano del público al ocuparme de vos. La libertad y la verdad que constantemente han dirigido mi pluma, me han valido vuestros sufragios.

Estos dos caracteres deben agradar á un genio como el vuestro: todo el que no os estime podrá ser un hombre poderoso, mas nunca un grande hombre.—Quisiera estar en disposición de admirar mas de cerca á aquel á quien hice justicia desde tan lejos, etc.»

Sus detractores infaman su memoria á punto de suponer que aduló al duque de Vandoma al extremo de guisarle ciertos manjares estimulantes, y hasta aseguran que un día le besó el trasero exclamando: «¡Oh culo d'angelo!» (1) Le suponen cobarde, bajo, y para ello refieren la siguiente anécdota ocurrida en el palacio de Madrid en ocasión de hallarse enfermo el rey Felipe. También esta anécdota es debida á la pluma del duque de San Simon. «En noviembre de 1717, nadie podía penetrar en la regia cámara á escepcion de las personas á quienes la reina y Alberoni concedían permiso especial; pero como la medicina del rey se hallaba bajo la inspección del mayordomo mayor, tenía este la precisión de asistir á las consultas de los médicos y á la administración de los remedios. El duque de Escalona, mas conocido por el nombre de marqués de Villena, y el que desempeñaba este encargo, era una persona respetable por su edad, por su talento y sus virtudes. Durante su virreinato de Nápoles, y en otras varias ocasiones, se había mostrado muy afecto al soberano, pero se hacia aun mas notable por su conducta rígida y por su carácter puntilloso. Declarando su propósito acerca del desempeño de las funciones de su empleo, le notificaron de parte de Alberoni, que seria mejor que no entrase en la regia cámara, y que se contentase con inspeccionarlo todo á la entrada. Esta intimación sirvió tan solo para escitar el desprecio y la indignación del duque, y Alberoni, por mandato de la reina, dispuso terminantemente no se permitiese al duque la entrada en la cámara del rey. Cierta día se presentó el mayordomo á la puerta de la cámara, y pidió permiso para entrar. Uno de los ugiere le dijo que le estaba prohibido, á lo que respondió el duque impaciente:

—«Sois un insolente, y no puede ser cierto lo que decis.

«Y sin hacer caso del ugiere abrió la mampara y penetró. La reina estaba sentada á la cabecera de la cama del rey, el cardenal de pié, y á cierta distancia algunos favoritos. El duque, á quien pesaban mucho la gloria y los años, se dirigió á la cama del rey con paso lento y apoyado en su baston, y la reina y Alberoni le miraron con asombro. La indisposición del rey era muy grave para notar la menor cosa, y ademas estaban corridas las cortinas por todas partes, excepto por el lado donde estaba la reina. El cardenal, viendo que el duque se acercaba, hizo señas á un ugiere para que le mandara salir, mas el duque siguió andando, y el cardenal entonces le dijo, que el rey deseaba estar solo y mandaba que se retirase.

—«Eso es mentira, contestó el duque, he tenido fija la vista en vos desde que entré, y no os habeis acercado á la cama; por lo tanto el rey no ha podido daros órden semejante.

«Insistió el cardenal, mas no logrando su objeto, le cogió por el brazo para hacerle salir. El duque observó que era una insolencia impedirle ver al rey y desempeñar su destino, mas el cardenal se obstinó en hacerle salir, pero hablándole con comedimiento, al paso que el duque le trataba con suma dureza. Indignado de verse insultado de semejante modo, en un raptó de cólera le dijo que era un pilluelo, y que debía respetar á un individuo de su categoría: acalorado en la contienda, el duque, que estaba ya muy débil, se dejó caer en un sillón, cuya caída aumentó su exasperación; y sin saber lo que se hacia, dió de bastonazos al cardenal, llamándole pilluelo, advenedizo, ruin, y merecedor de ser azotado con las correas de sus caballos. El cardenal, no pudiendo resistir tantos improperios y tantos golpes, se escapó como pudo de las manos del duque, y se alejó cuanto le fué posible. No por eso cesaron las injurias del mayordomo mayor, que iba subiéndole la voz, y amenazaba volver á apalearlo al pobre clérigo, mientras que la reina y los demas circunstantes permanecían inmóviles sin pronunciar una palabra.»

El duque de San Simon narrador de esta anécdota; asegura saberla por habérsela contado el mismo duque de Escalona, que dice, le estimaba mucho.

Nuestra imparcialidad nos ha obligado á referir estos pormenores, para que el lector pueda mas fácilmente justipreciar las cualidades de este hombre eminente.

I. A. BERMEJO.

SEMANA CIENTIFICA.

TURQUIA.—LITERATURA OTOMANA.

La literatura de los otomanos recibe su pasto de las escuelas y de las universidades, *mehtebes* y los *medreses*, donde acuden á formarse y á instruirse los jóvenes de todas las clases de la sociedad. Todas estas instituciones, tanto las mas elevadas como las mas modestas, están unidas á mezquitas, y frecuentadas gratuitamente por los niños pobres. Los profesores que dirigen estas instituciones, merced á cierta asigna-

(1) Memorias de San Simon.

cion, no tienen derecho á otra recompensa que á los donativos que hacen los padres voluntariamente: en las cuales está en relacion, tales como la exegesis de los libros santos y la doctrina de las tradiciones orales del Profeta, resulta que las obras que tratan de estas ciencias constituyen los verdaderos fundamentos de la literatura turca. Conviene sobre todo citar los libros de literatura y de jurisprudencia; es cierto, sin embargo, que los europeos no consideran estas ciencias como las mas importantes, y que por la misma razon afectan despreciar la literatura turca. En la exegesis del Koran y en los comentarios sobre las tradiciones, los turcos han seguido las pisadas de los árabes; pero no obstante han comentado con menos ignorancia las obras de dogmática, pero en el sentido de la secta ortodoxa de los haméfites, á la cual pertenecen la corte y el gobierno. En todas las épocas se han ocupado mucho de la biografía del Profeta y de la indagacion de todos los hechos propios para probar la mision. Los historiado-

orientalista ha logrado recopilar cuarenta colecciones que contienen fragmentos de dos mil doscientos poetas turcos, y en su *Historia de la poesia* se hallan las biografías de doscientos doce poetas, y algunos fragmentos de sus obras. Observa, sin embargo, que la



Sultan en traje antiguo.



Gran visir.

las escuelas elementales los discípulos no aprenden otra cosa mas que la lengua turca, y se necesita un permiso especial para poder entrar en un colegio (medrese). Hammer cuenta doscientas setenta y cinco escuelas en Constantinopla, y estas no son las únicas en la capital, y sin embargo, ninguna posee mas rentas que las dotaciones piadosas. Desde su establecimiento en el Asia Menor en el siglo XIV comprendieron los turcos la utilidad de estas escuelas, y Orkan, hijo y sucesor de Osman, fundó en el año de 1330, en Nicea, un medrese, que por espacio de un siglo fué el único que existió en el imperio otomano. En un principio estas fundaciones no tenían por objeto mas que enseñar los dogmas de la religion y las leyes, y hoy todavia salen de su seno los ulemas, que se dividen en derventes y jueces. Estos últimos son la esperanza de la literatura otomana, pues solo demostrando cierta capacidad es como se consigue llegar á ejercer la administracion de los empleos elevados ó lucrativos. Los árabes y los persas habian hecho tan grandes progresos en las ciencias, que no parecia posible ir mas allá si se tiene en cuenta su individualidad y las doctrinas del islamismo; los turcos vencedores de los árabes, no osaron luchar con ellos en este concepto, y vinieron á ser en las ciencias y en las letras los esclavos de aquellos que políticamente habian cargado de cadenas. Los soberanos otomanos se resintieron de ello, y ellos mismos estudiaron la lengua del pueblo de Mahoma con el fin de poder leer y comprender sus escritos. Debemos, por otra parte, concederle la justicia de que casi con raras escepciones, todos estiman el saber y protegen al que sabe; pero como hoy mismo todavia no se ha obligado á seguir á nadie el método, segun el cual se profesa en las altas escuelas la gramática, la sintaxis, la lógica, la moral, la retórica, la teología, la metafísica,

res otomanos no son todos serviles cortesanos y enemigos de la verdad, aun cuando desde Bajaceto II han

admiracion que inspira en un principio tan grande riqueza disminuye cuando se sabe que los turcos, escasamente dotados de genio poético, se han apropiado todos los tesoros de los pueblos á quienes vencieron, obrando con respecto á los persas y á los árabes, como los romanos con respecto á los griegos. En teología es preciso citar las obras de Idschí, Beidhawi y Nassir Eddin de Tus; por otra parte, estos autores no son turcos, pero sus obras han sido comentadas por turcos.

La jurisprudencia se coloca en este pais entre los estudios mas sábios y los mas estimados; es teocrática, y los sábios imanes y los scheiks la han llevado con sus trabajos al mas alto grado de perfeccion; tambien es menester que añadamos la ley oral del Profeta ó la *Sunna* y la analogía, y todo derecho religioso y civil del imperio descenderá de estos manantiales. A esta categoría pertenecen tambien los fetfas ó las decisiones judiciales de los muftis, que se dan por escrito, y ejercen una grande influencia; citaremos con especialidad las colecciones de los fetfas, de los muftis Dschemali, Abdulrahman, Mustafá-Kodosi. La obra de este último contiene muchos millares de fetfas, emanados de mas de treinta muftis del siglo XVIII, que fué impresa en Constantinopla. Tambien se estiman los de Abdulrakims, cuya impresion fué terminada en noviembre de 1827, en Constantinopla, y que contiene cerca de diez mil fetfas: la coleccion de Abulkerim-Effendi, las del mufti Duwisadeh-Seid-Mohamed-Arif-Effendi, del mufti Mohamed



Aguador turco.

existido historiografos del imperio pensionados por el estado. Hammer cita veinte y uno de estos durante el periodo de dos siglos y medio, cuyos historiografos han publicado mas de doscientas obras

de Agora, que murió en 1686; de Fichi-Mohamed-Effendi (muerto en 1713), y el extracto de esta colec-



Muger drusa y muger turca.



Derviches volteadores.

sica, la escolástica, la filosofía y la jurisprudencia; como no se junta mas que al Koran y á las ciencias con

que han sido muy útiles para los trabajos de Hammer. Ademas de estas fuentes importantes, este célebre

de Agora, que murió en 1686; de Fichi-Mohamed-Effendi (muerto en 1713), y el extracto de esta colec-

por el juez supremo Wassaf-Abdalla-Effendi (muerto en 1790).

Muy poco habrá que decir con respecto á los gra-



Peregrino turco.

fórmulas judiciales, los modelos de Baldusade, Hadschisade, Mustafá-Effendi, y Salizade. En cuanto á las colecciones de cartas, citaremos las del gran visir Rami y Rabig, del poeta Nabi, del defterdar Arcot, del secretario del divan Hajatisard, de Molla-Achmed-Taid-Osmansade; la que ha parecido bajo el nombre de Hadschi-Tschelibi, scheik célebre. Además de un copioso número de comentarios de todas las obras importantes de los persas y de los árabes, los turcos poseen traducciones de estos últimos, de las cuales algunas son verdaderamente dignas de interés; son igualmente ricos en los ramos secundarios de la filosofía, en colecciones de proverbios, cuentos, anécdotas y novelas; han traducido grandes vocabularios, pero haciéndolos menos voluminosos; sus literatos han producido también un gran número de libros místicos, en prosa y en verso, las mas veces de difícil inteligencia, en razon á las indagaciones históricas que sería preciso hacer para comprenderlos; los poemas didácticos no son allí completamente desconocidos, los cuales se ocupan con especialidad de la historia de la literatura, en la que se han distinguido de un modo particular. Hadschi-Chal-

debemos la continuacion de este diccionario bibliográfico á Ibn-el-Hadzed-Ibrahim-Hassif-Effendi, el



Turco de Damasco, turco de Tunes.

máticos turcos, pues solo se ocupan de la lengua árabe. En la lógica, en la elocuencia, en la filosofía moral, han seguido á sus predecesores, así como en la aritmética, el álgebra y la geometría, las ciencias naturales, la medicina, la química y la astronomía. Por lo general todas las ciencias que no pertenecen de una manera exacta á la doctrina de la escuela, como las matemáticas, la filología, las bellas letras, la historia y la geografía, no se profesan en las escuelas sino como ramos accesorios. Las familias nobles instruyen separadamente á los hijos que destinan á la carrera de los empleos, y entonces la historia, las ciencias filosóficas y políticas llegan á ser la base principal de la enseñanza. Lo que los turcos no pueden aprender por la teoría lo estudian con el auxilio de la práctica, y debemos confesar que en este caso su talento natural participa de una ventaja hasta cierto punto sorprendente, pero carecen de una tendencia verdaderamente científica. Los viajes por Europa, el estudio de las lenguas extranjeras, medios poderosos para engrandecer el horizonte político, no pertenecen todavía mas que á raras excepciones. Pero la ciencia de los augurios, la astrología, una multitud de preocupaciones y una obstinada adhesión á las primitivas costumbres, se oponen á las innovaciones mas propias para ilustrar las masas; aun se consideran en el día los estudios astrológicos como los mas importantes, y el astrólogo de la corte (muneddshim haschi) tiene en nuestros días la misión de determinar por la observación de los astros la ejecución de las medidas políticas mas graves.

Las ciencias á las cuales los trabajos de los literatos turcos han prestado algunos servicios, son principalmente la historia natural, el derecho constitucional del imperio, la estadística y la poesía. Las inscripciones y colecciones de modelos de cartas, tienen sobre todo una gran importancia para la estadística; son para los secretarios del divan y de la chancillería y para los gobernadores lo que son las fórmulas de las actas judiciales para los jueces y letrados: estas colecciones son una cosa de grande interés para los historiadores. No dejaremos de mencionar, por lo que concierne á las

fa debe su gran reputacion á un diccionario bibliográfico y enciclopédico, cuyo primer tomo se publicó á

obstinacion deberá ceder delante de las reformas que proyecta el sultan. La prensa, aunque las mas veces



Judio y negociante turco.



Sultan y esclavas.

expensas de Fluegel; el número de obras persas, árabes y turcas, que se citan ó se mencionan en dicho libro, no baja de diez y ocho mil; y añadiremos que

acontecimientos). Esta gaceta es en el imperio turco una grande innovacion; tiene por objeto popularizar entre los nacionales todos los cambios y todas las re-

La primera imprenta fué establecida en Constantinopla por judíos, con la condicion de no imprimir ni libros turcos ni libros árabes, y hasta ciento cincuenta años despues no se estableció la imprenta turca, que dirigió un regente húngaro; pero ya la Europa comienza á ejercer una dichosa influencia sobre los turcos, y pronto su

reducida á la inacción, ha publicado no obstante en Constantinopla muchas obras de importancia. En estos últimos tiempos, Abdulrahman-Effendi ha añadido una imprenta á la escuela de los ingenieros, que ha sido trasformada en cuartel de la nueva milicia de Scutari. Las guerras que tuvo que sostener el imperio en 1807 y 1809 perjudicaron á este establecimiento hasta el instante en que el sultan, restablecido y restaurado, le dió un impulso y un desarrollo desconocidos hasta entonces: desde su nacimiento esta imprenta ha publicado cien obras, señalándose en el número de ellas las mejores historias y traducciones de los historiadores mas notables. El gobierno ha hecho despues un acto de grande importancia, publicando un periódico oficial, bajo el título de *Tecurmi vevase* (*Cuadro de los*

formas que se verifican. La imprenta turca de Constantinopla no es la sola en este momento que hace servicios á la literatura oriental; el Egipto tiene tambien su periódico, que sale en el Cairo muchas veces en la semana, y que da noticias en árabe y en turco, en dos de sus últimas columnas. Esta imprenta publica tambien obras francesas, persas, árabes, turcas, que tienen por objeto especial contribuir al adelanto respecto á los conocimientos militares.

Pero la última cuestion que nos queda que resolver, es la de saber hasta qué grado se ocupa la Europa del estudio de la lengua y de la literatura otomana; por lo tanto nadie se admire si confesamos que la lengua turca, no ha sido jamás estudiada por los sabios europeos, y que solamente se han ocupado de ella, teniendo en cuenta la utilidad que podia proporcionar á otros estudios, por ejemplo, en las relaciones diplomáticas con la Sublime Puerta, y por la misma razon es mas conveniente el estudio de esta lengua en los países inmediatos al imperio otomano, que tienen con él relaciones mas frecuentes, donde se estudia mas bien para las comunicaciones orales, que para la inteligencia sabia de los textos. Se ha considerado como una empresa importante para el estudio de esta lengua, la traduccion de las Santas Escrituras hecha en 1368 en Urach por el baron Ungnade á espensas suyas; esta publicacion fué seguida de una gramática turca: *Institutionum lingue turcicae*, libri IV (1612), por Gerónimo Megissen.

Andrés del Rier ha publicado tambien *Rudimenta grammatica lingue turcicae*, y en Inglaterra, Castle, ha hecho mención de ella en su diccionario; y Guillermo Seaman ha publicado la traduccion turca del *Nuevo testamento*, hecha por el renegado Ronovio, bajo el título de *Domini nostri Jesu-Christi Testamentum Novum turcicae redditum*. En Holanda, Angier Guissen de Busbec, se distinguió en 1380 por su conocimiento profundo en la lengua turca. En Roma apareció en 1641 *Dizionario della lingua italiana turcica, sive lexicon italico-turcicum et turcico-italicum*, por el capuchino Bernardo di Barigi. Tambien es una obra muy estimada la *Syntagmatinguarum orient*, por Maggio Francisco Maria. Giovanni Batista Carli ha publicado *Litteratura dei turchi*. En Alemania abrió el camino Megissen, aunque antes de él existió el *vestfalo* Juan Loewenelau, el cual habia ya estudiado la lengua turca con singular aprovechamiento.

Después de estos, Rode ha hecho conocer mas de ochenta proverbios turcos: el médico Jorge Gerónimo Walchs se dió después á conocer por su *Comentarius in Buz Name Naurus*, y Teugnagel, en Viena, por su conocimiento profundo en la lengua turca. Sin embargo, Francisco A. Mesgnier fué superior á todos, y su gramática y su vocabulario son actualmente los mejores que se pueden consultar. Después se han publicado un gran número de gramáticas turcas, pero no existe ninguna que pueda ser mencionada.

Ha parecido en Londres igualmente una gramática muy notable: *Grammar of the turkish language*, y en estos últimos tiempos se han publicado muchos pequeños vocabularios. Bernardo Pianzola ha dado últimamente á la estampa *Dizionario gramaticale e dialoghi per apprendere le lingue italiana, greca, volgare e turca*, tres volúmenes impresos en Pádua. Aunque poseemos los medios suficientes para estudiar la lengua turca, sin embargo estaríamos muy pobres de libros escritos en esta lengua si la prensa de Constantinopla no nos los suministrase. Hammer, este célebre orientalista, así como Yesusch, es un discípulo de la Academia oriental fundada en Viena por Maria Teresa en 1733, y Diez en Berlin, con sus escritos, ha propagado el estudio de la literatura turca; y sus colecciones y sus manuscritos, frutos de una larga residencia en Constantinopla, han sido legados á la biblioteca de Berlin.

Últimamente, las asociaciones para la propagacion de las Santas Escrituras han hecho tambien servicios importantes por haber dispuesto la traduccion de la Biblia en lengua turca, y en 1827 encargaron en Francia al profesor Fieffer que diese término á la traduccion mas estimada. Los que deseen mas datos curiosos acerca de la literatura otomana, pueden examinar la obra titulada *Litteratura turcica*, escrita por Toderini, que consta de tres tomos, y la cual hemos tenido presente, con otros libros franceses de no menor importancia, para la confeccion del presente artículo.

B.***

SEMANA LITERARIA.

DOS DUELOS A DIEZ Y OCHO AÑOS DE DISTANCIA.

LEYENDA

POR D. JOSÉ HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

(Continuacion)

PARTE PRIMERA.

CAPITULO XII.

Dos meses enteros han pasado desde el día de la última entrevista del señor Contarini y d'Estrées. Estaba-

mos entonces en Venecia, y ahora sin que el lector sufra las incomodidades del camino, tan cortas en verdad parangonadas con sus bellezas naturales y artificiales, y sobre todo con ese manantial inmenso de sensaciones, con esa fuente inagotable de meditaciones é ideas, ora plácidas, ora terribles; ya agradables solo, ya grandes y fecundas, que experimenta el viajero versado en la historia, al recorrer aquella region afortunada, en cuyos senderos no hay una sola piedra que no recuerde á la imaginacion algun rasgo de las sublimes virtudes que un día la ilustraron, del heroico valor y el preclaro talento de sus hijos, ó bien de los no menos grandes infortunios con que la Providencia la ha castigado sobradamente, acaso por su pasada prepotencia y altivez: Sin los goces, pues, y sin las penas, ya que para evitarle estas era preciso privarle de aquellos, suponga el lector que nos hemos puesto de un salto en Roma, y en una modesta casita de la *Via della Croce*. Y dijimos mal al llamarla modesta, pues solo la fachada merece este título. En el interior está adornada con cierto lujo, y sobre todo con esquisito buen gusto, las habitaciones son claras y espaciosas, y un jardín, pequeño en verdad, pero ameno y bien cultivado, aumenta los encantos de la casa para sus afortunados habitantes, y para aquellos que como á nosotros, conduzca su buena dicha á reposarse bajo su techo hospitalario.

Si el lector nos quiere seguir en nuestra incursión, le iremos presentando á los propietarios por orden de autoridad. En aquella habitacion del principal que dá á la calle, el mobiliario es severo; varios estantes con libros, algunos cuadros de Salvator Rosa y de Ticiano, y una mesa de despacho, son los principales objetos que descubren nuestras miradas. Pero muy luego se abre una puerta y entran por ella hasta cuatro hombres, todos ancianos y de rostros venerables. Se sientan alrededor de la mesa, y comienzan á departir amigablemente de los asuntos del día, según los vé cada cual al través de su temperamento ó de sus circunstancias. El amo de la casa es aquel anciano que apenas habla, ocupado como está en oír la conversacion de sus huéspedes; y aunque la alegría desfigura casi tanto como el dolor, es seguro que ya los lectores han reconocido en él al señor Contarini. Los demas son antiguos amigos suyos, que vienen casi diariamente á almorzar con él; y cuyo conocimiento nos importa poquísimo.

Pasemos desde el principal á un lindo pabellon del piso bajo, cuyas ventanas dan al jardín. Una harpa, un piano, un velador sobre el cual se ven varios libros lujosamente encuadernados; cuadros de la escuela veneciana representando rasgos amorosos, bellísimos paisajes, ó plácidas escenas de doméstica dicha; blanquísimas cortinas en las ventanas, y allá en el fondo una alcobita misteriosa, medió velada por una cortina de tafetan color de rosa; he aquí la fisonomía de la habitacion.—Pasemos á los personajes.—Una jóven hermosísima sentada delante de un bastidor en el cual hay una flor empezada quien sabe desde cuando: porque un gallardo jóven, de negros y ensortijados cabellos y brillante mirada, que está cerca de ella no la deja trabajar; y la linda bordadora se impacienta y con sus rosados dedos rechaza al osado agresor; pero este no desmaya, y á ella le sube la sangre al rostro. No de cólera sino de rubor y de felicidad, acabando al fin por conceder el beso que se le pide, á condicion de que el importuno la deje proseguir su labor. El atrevido emprendedor promete, toma lo que le dan, y vuelve á empezar el ataque, que pára siempre en lo mismo: en una capitulacion que el vencedor no observa jamás....

Necesita el lector que le digamos los nombres de estos dos seres afortunados. Hace ocho dias que son esposos; pues Maria quiso aguardar á su padre, el cual llegó hace diez á Roma.

En el jardín, d'Estrées se ocupa muy seriamente en trazar círculos, triángulos, y otras figuras geométricas en las tapias, á distancia de veinte pasos. Es verdad que el lápiz plomo de que se sirve es de forma esférica, y dos famosas pistolas inglesas le ayudan maravillosamente para la precision de las líneas. Angiollo, sentado á sus pies, va cargando alternativamente ambas pistolas, y solo interrumpe su tarea para hacer alguna exclamacion de sorpresa cuando alguna de las balas se separa una pulgada del sitio en que según la línea debió dar.

Hé aquí, si mal no se nos acuerda, el cuadro completo de nuestros personajes. ¿Que nos queda que decir acerca de ellos? ¿Llevará á mal el lector que nos limitemos á desear la continuacion de su felicidad?

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO I.

Conturbate sunt gentes et inclinata sunt regna: dedit vocem suam, mota est terra.—Salm. 43.-6.

Hémos todavía en Italia; todavía en Roma y en aquella deliciosa casita de la *Via della Croce*, en donde dejamos á los personajes de nuestra leyenda, la cual, aunque el lector lo dude, tiene mucho de verdadera historia. Pero si algunos de los personajes son los mismos, si el lugar de la escena no ha variado en su forma material, no así la historia de los que fueron

nuestros héroes: porque, no haremos de ello un misterio, en esta segunda parte tenemos otros héroes tan interesantes al menos como los primeros; menos en número, pero mas jóvenes en años, casi pudiéramos decir, adolescentes, atravesado apenas el umbral de la primera edad de la vida; acaso menos desgraciados en realidad, pero no menos infelices en su propia opinion, que según se nos alcanza es el mas exacto barómetro de la humana felicidad.

Para entrar debidamente en materia, necesitamos tomar de algo atrás el hilo de nuestra interrumpida historia; pero no nos parece inoportuno, antes de consagrar exclusivamente nuestra atencion á las personas, tocar aunque muy de ligero y sin ninguna especie de preension histórica, los acontecimientos políticos, ó mejor dicho, el grande acontecimiento que ha trastornado en menos de dos años la faz, no ya de Italia, sino de Europa, y tal vez andando el tiempo, del mundo entero.

Efectivamente, todo estaba en calma en el mundo político: nada hacia presagiar que aquella calma, siquiera ficticia; debiera interrumpirse seriamente, al menos en mucho tiempo. Acaso existia esa sorda fermentacion de los espíritus ansiosos de novedades ó ya movidos del mucho mas noble impulso del amor de la humanidad; pero era tan pequeña que su susurro amenazador no alcanzaba á los solios de los soberanos. Habia sin duda oposicionistas á todos los gobiernos posibles. ¿Cuándo no los hay? Utopistas de todos los géneros imaginables; campeones generosos de los derechos de los oprimidos pueblos, aguardando solo ser algo para constituirse á su vez en opresores. Pensadores y publicistas de buena fé, solitarios especuladores, sapientísimos en las sutilezas del entendimiento, pero mas ignorantes aun en la vida práctica de las sociedades, clamando por la organizacion del trabajo, por la emancipacion de las clases trabajadoras, y acaso por el mayor absurdo de los absurdos: el monstruoso é imposible comunismo. Novelistas y poetas convertidos en demagogos, trocando el plácido sacerdocio de las musas y de las letras por otro mucho mas grave, y mas útil si se quiere, pero con cuyo manto se revestian animados del espíritu dominante en nuestro siglo extraordinario: espíritu mezquino, anti-poético, y lo que es aun peor, las mas de las veces anti-honrado; el espíritu mercantil. Esa fea plaga de nuestro siglo, que por una contradiccion, muy comun por lo demas en la vida de los hombres y de los pueblos, es al mismo tiempo su corona. El espíritu mercantil que ha acercado los polos del mundo aplicando la poderosa fuerza del vapor á la tierra y á los mares, que ha hecho adelantar prodigiosamente las ciencias, que ha cambiado en fin, la faz del universo; pero que ha convertido las sublimes artes del entendimiento, en una especulacion cualquiera, que ha reducido á plebeyo tráfico las cosas mas nobles y mas santas: que ha materializado, por decirlo así, el genio, esa chispa sublime, único destello de su poder con que el Hacedor Omnipotente dotó al hombre. ¿Que plaga de poetas, de publicistas, de historiadores, de sabios, de inventores, de artistas, etc., etc. no ha producido en nuestra época el espíritu mercantil? ¿Cuántas profanaciones no hemos visto hacer á nuestros ojos por el espíritu mercantil! ¿Y tú lo consentias, Dios de los ejércitos y de la poesía; tú lo tolerabas, aunque te indignases; porque cada siglo, como cada hombre, ha de presentarse en la eternidad con la parte de gloria y de baldon que en la eterna sabiduría y al comenzar de los tiempos le destinaste!

Pero advertimos que nos descaminan nuestras reflexiones. Decíamos que Europa vivia tranquila, siquiera descontenta.—Mal hallados los franceses con la política indecisa de Mr Guizot, se quejaban, acusaban, hacian sudar la gota gorda al prudente ministro con sus diatribas y sus caricaturas; pero al fin y al cabo se resignaban, y la magestuosa nao que conducia la fortuna de Luis Felipe y de su numerosa prole surcaba hacia adelante y á velas desplegadas las aguas del siglo XIX, sin que la combatesen contrarios viento, ni la arredrasen ocultos escollos.—Los alemanes callaban: los dinamarqueses seguian fieles al despotismo que sus antepasados se habian voluntariamente impuesto y les habian legado.—Los polacos habian intentado levantarse, para caer mas postrados: en Inglaterra se clamaba por el mejoramiento de los desgraciados irlandeses; pero á esto se limitaba su agitacion. La mas horrorosa miseria continuaba sus estragos á la otra parte del canal de San Jorge; pero no por esto dejaba Albion de ser la mas prepotente de las naciones.—España y Portugal seguian, como ha mucho tiempo, con su convulsion tendinosa; la raquítica lucha de los partidos.... la contienda infecunda de los intereses personales.—Italia dormia.... Cuando hé aquí que el ángel de la muerte dirige su vuelo hacia Roma, ciérrnese un momento sobre la eterna ciudad, y batiendo de nuevo sus negras alas se detiene en el orgulloso Vaticano. Gregorio XVI ha muerto: ¿quién será el sucesor?—La historia de lo pasado y la inquietud de lo porvenir no forman mas que dos frases cortas: pero estas dos frases dan la vuelta al mundo con la velocidad del relámpago. Llega el día 16 de junio de 1846: el inmortal Pio IX es electo pontífice sumo de la cristiandad; y la frase sacramental de *Papam habemus*, el repique de las campanas de cien basílicas, y el nombre del nuevo soberano llenan los ámbitos del viento, y como un inmenso cañonazo de alarma van á anunciar al mundo que se ha abierto una nueva era para los pueblos y para los reyes.—De dolores y pérdidas para estos últimos ya lo hemos visto. ¿Qué sera para

los primeros? Arduo sería aventurar ni aun conjeturas. — ¡Dios lo sabe!...

Dijimos en un párrafo anterior que este acontecimiento había hecho variar en poco menos de dos años la faz de la Europa (1), y es así. Copenhague, Viena, Berlín, París, Milán y Nápoles convertidos en campos de batalla, han visto derrocadas sus constituciones, mas menos antiguas, pero cuya existencia no se creía algunos meses, acaso algunos días, acaso algunas horas antes amenazada. Otras instituciones conquistadas con la sangre de los pueblos las han reemplazado. ¿Ganarán en ello los pueblos? ¡Dios lo sabe!...

Y no solo ha habido modificaciones ó cambios parciales en las instituciones de los pueblos: Francia erigida en república, ó, mejor dicho, París erigiendo en república la Francia; derrocando sin combatir, porque, digan lo que quieran, allí no habido combate (2); una dinastía cimentada con diez y ocho años de prosperidad; una dinastía la mas numerosa y la mas popular de Europa; y tras ella la monarquía. Milán, la heroica, mostrando en cinco mortales días la metralla austriaca en sus calles anegadas en sangre y acabando por triunfar al sexto. Y finalmente Venecia, y la mayor parte de aquel territorio imitando su ejemplo; y de todos los ángulos de la Península los príncipes y los pueblos volando al socorro de sus hermanos, para ayudarlos á romper el yugo de la esclavitud; no son tumultos ni cambios pasajeros sino gravísimos acontecimientos.

Empero en Francia, es menester confesarlo, los resultados que ha dado hasta ahora su república han sido el descrédito, la confusión y un mal estar y desorden continuos. Se nos dirá que esto sucede siempre en los primeros tiempos que siguen á una gran revolución; pero las grandes revoluciones tienen grandes conflictos de los cuales provienen aquellos males; y en Francia no ha habido conflicto (3). Su revolución ha sido hecha con todo lo que tiene de rápido y sorprendente una escena de prestidigitación: ha sido en el mundo político lo que sería en un teatro, mejor montado que los nuestros, una de las infinitas mutaciones de escena que Calderon y Lope multiplicaban en sus comedias. La obra de un instante.

Desde el Etna hasta el Pó se lucha aun en Italia. ¿Cuál será el resultado? — Dijimos hace poco que en esta fiebre revolucionaria que agita al mundo perduran los príncipes; y de esta dura ley del tiempo no podemos exceptuar ni aun á PRO EL GRANDE. ¡Cuántas amarguras no ha tenido que padecer el inspirado pastor! ¡Cuántas le reserva aun la suerte en lo futuro! — ¿Y será que los pueblos itálicos olviden hasta un punto tal los deberes que impone la gratitud? ¿Pero qué mucho que así suceda? — ¿Cuál ha sido hasta ahora la historia de los grandes bienhechores de la humanidad? Moisés, guiando al pueblo escogido al través de los arenales del desierto, sufre todos los posibles sinsabores y quebrantos, y al descubrir la tierra prometida, muere. — Licurgo se condena á voluntario y perpetuo destierro, para obligar á sus conciudadanos á ser felices con la observancia de sus sabias leyes. — ¿Pero á qué amontonar ejemplos, cuando tenemos á la vista la suerte del primero, del mas santo, del rey de los profetas, del divino hijo de María?

Pero reunámonos con nuestros personajes. Diez meses despues de su enlace, María hizo padre al dichoso Aguilar de una hermosa niña, que prometia ser el viviente retrato de su madre. Tres años mas tarde, en 1834, el cambio político acaecido en España el año anterior, á la muerte del rey Fernando VII, separó por algun tiempo á los esposos. Aguilar volvió á su patria con ánimo de establecerse en ella para siempre; pero envejecido con la experiencia de los pasados cambios, quiso ver por sus propios ojos el verdadero estado de las cosas antes de traer á su familia. Y despues de pasar algun tiempo entre los suyos en su ciudad natal, vino á Madrid, en donde no tardó en convencerse de que la revolucion española no hacia sino empezar, y que una larga era de disturbios y calamidades reservaba al porvenir á la nacion que un dia fué señora de tantos pueblos.

Si los esfuerzos de un hombre, si la vida de un ciudadano hubieran bastado para libertarla del cúmulo de males que iban á caer sobre ella, no habria vacilado el generoso cordobés, y olvidando su propia felicidad, y lo que es mas aun, la de aquellos dos pedazos de su alma que habia dejado en Roma, se hubiera sacrificado como otro Curcio, feliz, muy feliz, al dar con su muerte la vida á la madre patria; pero el sacrificio era inútil á la grandeza del mal, é impío con respecto á su pobre familia. Por consiguiente, se apresuró á reanudar sus cuantiosos bienes, que le habian sido devueltos, y regresó á Roma con ánimo de esperar allí tranquilamente hasta que el curso de los acontecimientos abriese una era de paz y moralidad para su desgraciado país.

CAPITULO II.

En una bellissima mañana del mes de marzo de 1847 un gentío inmenso poblaba el *Corso* romano, llenando el aire en son confuso ruidosas carcajadas, gritos de frenético placer, horribles juramentos é interjecciones de dolor tambien. ¿Qué era aquello? ¿Qué especie de frenesí multiforme se ha apoderado de aque-

lla multitud que va y viene, se codea, se pisa, se reúne y se separa para volver á reunirse de nuevo? Preguntas son estas que se hubiera hecho el que esta nuestra historia leyere, si hubiese entrado aquel dia por la puerta del *Popolo* en la imperial ciudad; si ya su lectura no le habia iniciado en las costumbres de aquel pueblo singular: pero nosotros podemos sacarlo de dudas con solo una palabra; aquel dia era martes de carnaval. Todos los balcones del *Corso* estaban llenos de bellísimas mugeres acompañadas de elegantes jóvenes; mientras que en la calle se sofocaba en fuerza de su número todo un pueblo presentando á las miradas de los afortunados balconistas el espectáculo mas singular y variado. Era de ver el movimiento oscilatorio de aquel Océano de cabezas, cuando alguna pesada carreta cargada de *contadine* (1) y tirada por dos modestos buyes, entraba en el *Corso* por alguna de las numerosas calles que en él desembocan: y era aun mayor el desorden, y las pisadas y los gritos, cuando en vez de una pesada carreta era un elegante coche inglés, tirado por dos gallardas yeguas normandas, pues si bien el ligero carruaje tenia que ir con igual lentitud que el campestre vehículo, no infundian igual confianza á los concurrentes pedestres el bélico relincho y el piafar sonoro de los normandos brutos, que el blando y pacífico continente de los sesudos buyes, los cuales ademas tenian con el pueblo transtiverino la simpatía de paisanos, y aun tal vez la de antiguos conocidos.

En el momento de que vamos hablando, una carretela descubierta desembocaba en el *Corso* viniendo de la plaza *Colonna*. Ocupaban la testera dos damas elegantemente vestidas: la de mas edad, que representaba unos treinta años, hubiera parecido de una hermosura perfecta á no llevar á su lado á un ángel revestido de formas humanas. Aparentaba tener de quince á diez y seis años; su cutis tenia toda la blancura y transparencia del de las mugeres del Norte, mientras que las facciones ofrecian una perfecta muestra de la dulzura de aquellas y de la viveza y pasión de las mugeres del Mediodía. Su rostro parecia modelado por el de la Venus de Médicis, y una espesa, negra y reluciente cabellera caía en copiosos rizos sobre su torneado cuello y su blanquísima espalda.

Poco mas de veinte varas habia andado el coche por el *Corso*, cuando una de sus ruedas se enganchó con la de uno de los pesados carros de que antes hemos hablado, y á pesar de los gritos del cochero, que rogaba á los aldeanos que parasen, ya porque no lo oyesen, ya por esa sorda envidia del populacho contra los ricos, siguieron aquellos su camino, saltando en mil astillas la rueda de la carretela, y viniendo á tierra, mas muertas que vivas del susto, las dos damas que la ocupaban. Agolpóse en mayor número la muchedumbre á aquel lugar con el rumor del accidente, y cuando la dama de mas edad, repuesta un poco de su primer espanto, y puesta en pié por algunos de los que se hallaban mas allegados, miró al rededor suyo, ya no vió á su joven compañera. Habia separado á esta mas de veinte pasos del coche una oleada de gente, y en aquel momento se veia rodeada de una multitud de hombres del pueblo, que con sus groseras chanzas se burlaban del lance ocurrido. Esforzabase en vano la pobre joven para romper el estrecho círculo que la rodeaba y volar á reunirse con la otra dama, pero la turba iba en aumento, y sus perseguidores estrechaban mas y mas la línea de circunvalación. Desesperada entonces, comenzó á gritar con todas sus fuerzas:

— ¡Socorro! ¡socorro!

En aquel instante una voz fuerte y sonora como la del clarín respondió á su angustia, y al grito de «¡atrás, canalla!» arremolinándose la muchedumbre, abrió paso al inesperado libertador. Era este un mancebo alto y esbelto, con grandes melenas rubias y vestido á la manera de los artistas jóvenes que van á acabar sus estudios en Roma. Parecia tener de diez y ocho á veinte años, y hacia girar en su diestra mano un grueso y nudoso baston, con mucha mas pujanza que la que la que se hubiera esperado al ver la pequeñez y blancura de su mano. Haciendo siempre el molinete con su temible arma, logró llegar hasta la joven, y tomándole la mano le preguntó con tremula voz:

— ¿A dónde queréis que os lleve, María?

— Con mi madre, señor, contestó la joven maravillada al oírse nombrar por el desconocido.

Este siguió las indicaciones de la doncella, haciendo girar su arma sobre las cabezas de los enemigos, los cuales se separaron mas que de paso y gruñendo entre dientes:

— ¡Cane d'artista!

Dentro de breves instantes se vieron la madre y la hija, la una en brazos de la otra, y protegidas por el blondo batallador pudieron llegar á la casa donde anteriormente se dirigian para gozar desde su balcon del espectáculo que ya hemos bosquejado. Allí la esposa de Aguilar, pues era ella, dió su nombre al joven artista, rogándole que fuese á visitarla cuanto antes á fin de demostrarle con mas espacio su agradecimiento: este prometió que así lo haria, y volvió á perderse en aquel vario y tumultuoso océano de cabezas humanas que poblaba á la sazón el celebrado *Corso*.

CAPITULO III.

María Aguilar, cómodamente instalada en su balcon, seguia con ansiosas miradas los movimientos de

(1) Aldeanas.

su animoso libertador, el cual se encaminaba con lentitud por la calle que conduce á la plaza del *Popolo*, volviendo frecuentemente la vista hacia aquella casa, hacia aquel balcon, hacia María en una palabra, al menos así lo creia esta. Y en la efusion de su reconocimiento, sentia un verdadero dolor al verlo alejarse, y cien veces estuvo por llamarlo y convidarlo con un puesto á su lado; pero esa timidez tan natural en las jóvenes bien criadas la detuvo. Insensible á todos los demas objetos, solo al joven seguian sus miradas, y este debió adivinarlo por una de esas maravillosas intuiciones del alma, porque de pronto se volvió bruscamente, y ya no hizo mas que pasar y repasar por delante de aquel balcon hasta que las dos damas regresaron á su casa.

Parece natural que el lector desee conocer al joven artista que prestó tan oportuno socorro á nuestra heroína; pero desgraciadamente no podemos satisfacer, sino de una manera incompleta su justa curiosidad. Hasta ahora solo sabemos que aquel mancebo es alemán ú oriundo de Alemania, que es poeta y pintor, y que se hace llamar Arturo á secas. En cuanto á la particularidad de saber el nombre de María, somos mas afortunados, pues podemos dar al lector una plena y satisfactoria esplicacion.

Las ventanas de la boardilla que habita Arturo desde su llegada á Roma, dan precisamente sobre los jardines de la casa de Aguilar; y el joven artista pasa todos los dias no pocos ratos espiando desde su ventana la aparicion de aquella encantadora niña, cuyo nombre le ha sido muy fácil averiguar, y de cuyo carácter nos parece oportuno dar alguna idea á nuestros lectores.

María Aguilar habia nacido en el año de 1832, trece meses despues de los acontecimientos de la noche del carnaval de 1831, que decidieron, como ya se sabe, de la suerte de sus padres. Su nacimiento vino á completar la felicidad envidiable que disfrutaban los habitantes de la casita de la *Via della Croce*; pudiéndose desde luego asegurar que entre el abuelo Contarini, d'Estrées y sus padres, la recién llegada debia ir creciendo voluntariosa y consentida — Y así fué. — Desde que empezó á articular las primeras palabras, no tuvo un antojo, no forjó un capricho que no fuese al instante satisfecho; pues el padre, el abuelo y el amigo competian entre si sobre cuál sería el mas veloz en obedecer á la pequeña y ya despótica soberana. María sola, á pesar de la maternal ternura, sabia oponerse á las estravagancias de la niña, asustada al ver lo imperioso de sus modales y las crecientes exigencias de su carácter; pero la resistencia de la madre era momentánea, viéndose muy luego obligada á ceder á alguno de los tres protectores, ó á los tres reunidos.

Tal iba la niña creciendo, entregada, por decirlo así, á su propio natural, y en grave riesgo de que aquellas estravagancias, que tanto divertian á sus imprudentes directores, se convirtiesen en andando el tiempo, en gravísimos estravíos del entendimiento y del corazon, bastantes á labrar no solo su desgracia, sino tambien la de todos los seres que debian girar en torno suyo al través de las borrascosas olas del mar de la vida; pero dichosamente para ella y para los demas, su excelente índole triunfó de la educacion viciosa, y á medida que fué creciendo en edad, fué tambien corrigiéndose de la mayor parte de los defectos que la absoluta independencia en que se habia criado le habian hecho contraer; y á vueltas de alguno que otro ligero estravío, muy naturales, por otra parte, en la primera edad de las mugeres, María Aguilar podia ser considerada como una joven tan amable como hermosa.

Todos aquellos á quienes su inclinacion ó los accidentes de su vida hayan hecho por algun tiempo observar con curiosa atencion los infinitos fenómenos del mundo moral, habrán notado con frecuencia reunidos á veces en un mismo carácter los mas singulares contrastes. Parece muy natural, por ejemplo, que las personas de genio sério y pensador sean mas sensibles que las de carácter alegre y superficial; y así es en efecto: pero en la infinita variedad de tipos que ofrece la humana naturaleza, no es nada raro encontrar personas del mas aturrido carácter imaginable, las cuales al mismo tiempo poseen una exquisita sensibilidad.

De este número no muy feliz por cierto, era nuestra heroína. Alegre hasta parecer insensible, viva hasta rayar en coqueta, tenia al mismo tiempo un temple de alma tan amante y una fibra tan sensible que desde la edad de doce años, época en que empiezan á aparecer en los climas meridionales los primeros albores de la adolescencia femenina, se desarrolló en ella de una manera alarmante para su tierna madre una facultad de amor, si nos es permitido valernos de esta espresion, extraordinaria. Empero, á pesar de estar completamente formada desde los catorce años, y de la multitud de adoradores que atraía á su alrededor su singular hermosura y la brillante fortuna de su padre, habia llegado á la época en que la hemos conocido, es decir al carnaval de 1847, perfectamente libre.

Por tanto al regresar á su casa el dia en que tan oportunamente la socorrió el joven desconocido, se preguntaba á sí misma con inquietud la causa del desasosiego interior que sentia; ese mal estar indefinible, que al modo que en la naturaleza física anuncia las enfermedades graves, precede en la moral á esos grandes trastornos que suelen determinar de un modo irrevocable la dicha ó la desgracia de toda la vida. Pero era demasiado joven é inesperta, y atribuyó á gratitud la insistencia con que su pensamiento le

recordaba hasta los menores movimientos de su libertador, y el vivo y atormentador deseo de volverlo á ver que agitaba su corazón.

Al llegar á su casa, contó María Contarini á su esposo la aventura de aquella mañana, añadiendo que habia ofrecido su casa á aquel valeroso jóven. Aguilar y d'Estrées, naturalezas nobles y caballerescas, no veían la hora de dar un apretón de mano al valiente campeón; mientras que el papá Contarini, á quien la vejez habia hecho mas suspicaz repetía: *¡Uno de quei artisti vagabondi... Sciochezzel!*

CAPITULO IV.

Al día siguiente, y á la hora ordinaria de visitas anunciaron á las señoras de Aguilar, la de Mr. Arturo. Al oír María Contarini aquel nombre plebeyo y que le era absolutamente desconocido, pensó que seria algun importuno y dijo al criado que se enterase de lo que queria aquel sugeto á quien por entonces no podia recibir; pero María cuyo corazón habia adivinado quien era aquel Mr. Arturo, dijo tímidamente á su madre:

- Tal vez será el jóven de ayer, mamá.
- Ciertamente: lo habia olvidado. ¿Qué señas tiene?
- Es alto y delgado, señora, respondió el criado.
- Y rubio ¿no es verdad? añadió María...
- Sí, señorita.
- Pues hazlo entrar.

Salió el criado y á poco entró el jóven de la víspera, es decir, para María; porque á los ojos, menos perspicaces de su madre, apareció otra persona enteramente distinta.

Iba el jóven vestido con suma elegancia y al mismo tiempo con estrema sencillez. Llevaba pantalon y frac negros, este último abotonado hasta el cuello, viéndose como dos líneas de blanquísima plata mate aparecer por sobre su corbata de raso. La misma larga y blonda cabellera del día anterior caía en largos y profusos rizos por los lados del rostro y por la espalda; pero aquel día iba cuidadosamente peinada. Jamás ha habido príncipe ni gran señor que llevase impresas en el semblante mas compostura y dignidad unidas con mas amabilidad y dulzura.

—Pido á vds. mil perdones, señoras, dijo el jóven inclinandose graciosamente y sentándose en el dorado sillón que María Contarini le indicaba. Pero cuando se tiene la dicha de ser invitado por señoras tan amables á frecuentar su trato, es casi imposible evitar el ser indiscreto.

—Muy bien venido, caballero, contestó la madre, por mi fé que ha sido necesario que vd. hablase para conocerlo. Ayer...

—Ayer me vió vd. con el uniforme de los jóvenes artistas, si puedo servirle de esta espresion, pero hoy...

—Vd. será siempre bien recibido en mi casa, caballero....

María Aguilar, que al entrar el jóven extranjero habia experimentado una invencible corded, fué gradualmente tranquilizándose al sonido de aquella voz dulce y tranquila, que resonaba en el fondo de su alma como una suavísima melodía; y al cabo de algunos momentos reinaba en aquel pequeño grupo tanta franqueza y libertad como si se hubieran tratado toda la vida. Semejante fenómeno no sorprenderá á aquellos de entre nuestros lectores á quienes su inclinación ó las vicisitudes de su vida, hayan arrastrado á largos viajes al través de mil pueblos y naciones diferentes. En efecto, ¿cuántas veces en el estrecho interior de una diligencia, sobre la cubierta de un vapor, ó acaso atravesando á caballo los arenosos desiertos del Africa ó de la América, habrán encontrado individuos, no importa la edad ni el sexo, hacia los cuales se hayan sentido desde luego arrastrados por una irresistible simpatía! Nosotros recordamos con enternecimiento á varios de estos amigos del alma, por decirlo así, de algunos de los cuales ni el nombre supimos, ni aun pudimos trocar otra cosa que miradas y señas ignorando mutuamente nuestras lenguas. ¡Y el alma no por esto conserva menos fielmente su recuerdo! ¿Cuántas veces, en aquellos raptos de la fantasía, durante los cuales pasan ante nosotros como al través de los lienzos de una linterna mágica, los varios cuadros de nuestra vida; los días serenos de la infancia; el deseo inquieto y las doradas esperanzas de nuestra adolescencia; las caricias y las tiernas palabras de nuestra madre; las riñas con nuestros compañeros de escuela; el agudo pesar de una derrota, y la embriaguez de un triunfo escolar; el primer amor; las primeras amargas lágrimas del corazón! La primera despedida del hogar paterno, y aquella opresión que nos ahogaba al alejarnos de aquellos lugares testigos de nuestros primeros juegos; aquel lago de serenidad y azules olas que nunca olvidamos despues, ni aun en medio de las mas terribles tempestades del mar de la vida! ¿Cuántas veces en el vario y extenso panorama vemos aparecer con la misma dulcísima sonrisa aquellos seres, cuyos nombres, como decíamos antes, acaso no supimos? Aquel que ahora aparece es el que me cedió el paso al entrar en la Gran Pirámide. Aquel es el anciano que me contó su historia, sentados ambos á la luz de una bellísima luna de estío en las arruinadas graderías del inmortal Colosseo. Este es aquel jóven con quien tropezamos en el lago de Como, y con el cual hicimos luego tan delicioso almuerzo debajo de los sauces que sombrean aquellas bellísimas riberas. Este otro es aquel capitán de mamelucos de Napoleón,

el cual no se cansaba de hablar ni de llorar cuando se le recordaba á su emperador y amigo. Ese tomó nuestra defensa sin conocernos, cuando rodeados de contrarios, de desconocidos indiferentes, hubiéramos sucumbido sin el poder de su elocuencia. Esta es aquella jóven de alma cándida y corazón generoso, que nos amó porque éramos desgraciados, y de la cual nos separó el implacable destino.... ¿Qué harán ahora? ¿Serán felices? ¿Nos habrán olvidado? Y entonces una tierna lágrima humedece nuestros párpados, acaso enardecidos por el insomnio de la fiebre; y entonces del fondo de nuestros corazones, cualesquiera que sean los tormentos y las inquietudes que los hayan desgarrado: pura, sincera, cándida, ferviente, elevamos al cielo una plegaria por su felicidad y contento; y entonces, cualesquiera que sean nuestros presentes dolores y miserias, nos sentimos mejores y menos desgraciados; porque hemos llorado; porque hemos esperado; que todo aquel que ruega espera, y el que espera no puede ser completamente malvado ni completamente infeliz.

La visita de Arturo fué larga. ¡Se encontraba tan bien! Y cuando, notada por él mismo su indiscreción, se puso en pié para despedirse, la madre y la hija le rogaron que se quedase algunos momentos mas. ¡Era tan amable aquel jóven!

CAPITULO V.

Arturo continuó yendo casi diariamente á casa de Aguilar en los primeros tiempos que sucedieron á su primera visita; pero muy luego no solo iba diariamente, sino que pasaba allí todo el tiempo que no empleaba en pintar y en escribir; porque el jóven era á la vez pintor y poeta, y en ambas cosas distinguido. En otro arte se le hubiera podido citar como maestro, aunque lo cultivaba sin entusiasmo y como mero pasatiempo; tocaba la flauta y el piano superiormente, y le eran familiares los mas elevados secretos de la armonía. Con tales calidades y con tan varios talentos, se habia llegado á hacer necesario á los habitantes de nuestra casita de la *Via della Croce*. Con Aguilar y María Contarini pintaba; con María cantaba y tocaba duos de flauta y piano; con d'Estrées tiraba al florete y al blanco, y con Angiolo cultivaba las flores y los naranjos del jardín. Solo el viejo Contarini no buscaba la sociedad de nuestro héroe: habia un secreto en la vida del jóven, que alarmaba el orgullo aristocrático del patricio: aquel nombre de Arturo á secas, por mas que se le presentase rodeado de todo el prestigio que dan la juventud y el talento, sonaba en sus oídos como el incómodo ruido de una desordenada partitura. Y aquella repugnancia instintiva se habia ido aumentando á medida que se habian ido frustrando las infinitas tentativas que por averiguar el origen ó historia del jóven habia hecho. Nadie sabia en Roma quién era ni de dónde venia; y todo lo que pudo sacar en limpio el señor de Contarini, se reducía á que de tiempo en tiempo cobraba el mancebo en casa del banquero Torlonia algunas letras de cambio, azas considerables para su clase aparente, las cuales venían giradas, ya por alguna casa de comercio de Viena, ya por alguna de Trieste.

Una de las enfermedades morales mas lastimosas de que adolece la vejez, es sin duda esa inquieta é insaciable curiosidad sobre las cosas y negocios ajenos. En efecto, cuando la vejez no está sostenida por una de esas profesiones elevadas que santifican, por decirlo así, la existencia, el sacerdocio, por ejemplo; ó cuando le falta la dignidad y decoro que da á todas las edades de la vida un temple de alma noble y generoso; se entrega por lo comun á una multitud de vicios mezquinos, que quitan á las canas toda aquella autoridad, todo aquel respeto que necesitan encontrar los jóvenes en los que naturalmente están destinados á su dirección y enseñanza. No parece sino que viéndose imposibilitados para obrar, tratan de desquitarse de la apatía á que los condena su impotencia con esa censura mas ó menos directa que ejercen en las acciones de la vida, no con la idea de enderezarla á buen camino, sino llevados del sentimiento de la envidia, sentimiento tan mezquino como infecundo, y mas que mezquino é infecundo, peligroso.

Por poco que conozcan nuestros lectores la naturaleza humana, habrán adivinado ya que Arturo y María debían amarse desde luego, y así sucedió en efecto; pero antes de que lo sospechasen ellos mismos, ó cuando menos, antes de que mutuamente se lo dijiesen, el implacable anciano, Argos de sus acciones, lo habia adivinado, y con este motivo ya plausible, redobló su diligencia en la averiguación de lo que al jóven concernía, si bien con el mismo inútil resultado.

Por aquella época, es decir, cinco ó seis meses despues del carnaval de 1847, se introdujo en la sociedad de que nos vamos ocupando un nuevo personaje, el cual estaba destinado á suscitar no pocas tempestades en aquel mar tan tranquilo y apacible hasta entonces; pero semejante incidente bien merece por sí solo un capítulo separado.

(Se continuará.)

EL CORONEL SANTA CRUZ.

El 26 de julio de 1826, á las seis de la tarde, la sala del tribunal de Castro-Giovanni, no tan solo se encontraba llena de curiosos, sino que tambien las calles inmediatas estaban obstruidas por un gentío inmen-

so, que no habiendo podido penetrar en el recinto en que se administraba justicia, aguardaba fuera el resultado del juicio; que era de la mas alta importancia para toda la población del centro de la Sicilia. El acusado que en aquella hora comparecía ante los jueces, formaba parte, segun se aseguraba, de la cuadrilla del famoso capitán Luis Lana, que situándose unas veces en el camino de Catania á Palermo, otras en el de Catania á Girgenti, y algunas en los dos, despojaba completamente á todo viajero que cometía la imprudencia de tomar cualquiera de los dos caminos.

El señor Luigi Lana era uno de esos gefes de bandoleros que solo se encuentran en Sicilia y en las óperas, y que se lanzan á los caminos reales para corregir los abusos de la sociedad, y restablecer un poco el equilibrio entre los favores y desgracias de la fortuna. Veinte personas habian tenido que entenderse con él; pero entre las notas de las señas que cada una daba, no habia dos que fuesen exactamente iguales. Segun decían unos, era un hermoso jóven de cabello rubio, de veinte y cuatro á veinte y cinco años, y tenia el aspecto de una muger; segun otros, era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, de facciones muy pronunciadas, tez en extremo morena, y cabello negro y rizado. Los habia que aseguraban haberle visto entrar en las iglesias y hacer en ellas oración, con un recogimiento y compuncion que podría honrar aun á los monjes mas fervorosos; y no faltaban tan poco otros que le habian oído proferir blasfemias, capaces de escitar la cólera del cielo, y que le tenían por un impío y un réprobo. En fin, los habia tambien aunque preciso es confesarlo, en muy corto número que en el fondo era mas honrado que los que le perseguían para capturarle, y mas rígido observador de una simple promesa verbal, que suelen serlo muchos comerciantes con una obligacion escriturada: apoyábanse en un hecho que probaba que efectivamente Luis Lana no se burlaba ni desentendía de sus compromisos. Hé aqui el acontecimiento en que basaban la buena opinion que habian concebido y que emitían en cuanto á aquel singular personaje.

Un día en que era activamente perseguido, encontró asilo en casa del marqués de Villalba, rico caballero siciliano; agradecido Luis, le prometió al despedirse que en adelante él y los suyos podían viajar con toda seguridad por Sicilia. Confiado en aquella promesa, el marqués de Villalba envió, pocos días despues de aquel acontecimiento, á su mayordomo á que hiciese un pago en Calafú, pero entre Polizzi y Collesano fué detenido por un ladrón. Parecióle conveniente decir que pertenecía á la casa del marqués de Villalba, y que este tenia un salvo-conducto del capitán, para sí y los suyos: el bandido no le hizo caso y se apoderó de cuanto llevaba. Viéndose en la imposibilidad de continuar su camino, el mayordomo retrocedió y pidió hospitalidad en la primera casa que encontró en Polizzi, y desde allí escribió á su amo el accidente que le habia ocurrido, pidiéndole al mismo tiempo instrucciones acerca de lo que debía hacer. El marqués de Villalba que no se cuidaba de exigir que Lana le cumpliera la promesa que le habia hecho y á que habia faltado tan pronto, se disponía á escribir al pobre mayordomo que regresara á la casa, cuando se le enteraron dos taleguitos que acababa de traer para él un desconocido, de parte de Luis Lana. Abrió el marqués los talegos, y halló en el primero la cantidad que le habia sido robada al mayordomo, y en el segundo, la cabeza del ladrón.

Al mismo tiempo, el mayordomo recibió en la casa en que se habia refugiado, y por otro mensajero desconocido, las ropas de que habia sido despojado.

Desde aquel día, ningún bandido se atrevió á acercarse al marqués de Villalba, ni á ninguno de su familia ni de sus dependientes.

Como ya hemos dicho, el 20 de julio de 1826, se juzgaba en el tribunal de Castro-Giovanni, á un hombre acusado, de haber pertenecido á la banda de Luis Lana, y que se sospechaba haber asesinado á un viajero inglés tres meses antes, es decir, el 18 de mayo, entre Centorbi y Paterno. Como el inglés habia muerto dos días despues, de resultas de las cuatro puñaladas que recibió, no era posible convencer al culpable por medio del reconocimiento. Mas antes de espirar, el moribundo, que durante todo el acontecimiento habia conservado una sangre fria digna del país en que habia nacido, dió señas tan exactas de su asesino, que por ellas se aprendió al culpable seis semanas despues.

Cuando decimos el culpable, deberíamos decir simplemente el acusado, porque se hallaban muy divididas las opiniones acerca del individuo que comparecía ante el señor Bartolomeo, juez de Castro-Giovanni. Con efecto, á pesar de la declaración del moribundo inglés, y á pesar de la identidad de las señas, el preso sostenía que era víctima de un error de semejanza, y que el mismo día que habia ocurrido el asesinato estaba en el puerto de Palermo, en donde estaba dedicado al oficio de facchino. Desgraciadamente, el señor Bartolomeo, juez de Castro-Giovanni, parecia haberselo colocado en el número de las personas poco dispuestas á creer en aquella negativa, lo cual era claro que dejaba muy pocas esperanzas al pobre diablo que por toda defensa alegaba una cuartada que no podia probar.

Las cosas se hallaban en este estado, y se aguardaba por instantes el fallo del juez, cuando un hermoso jóven de 28 á 30 años, vestido con uniforme de coronel

ingles y seguido de dos criados que iban como él á caballo, entró en Castro Giovanni por la parte de Palermo, y paró en la fonda del *Ciclope*, perteneciente á Cayetano Pacca. Como los viajeros de aquella categoría eran muy raros en Castro Giovanni, maese Cayetano corrió á la puerta y no quiso ceder á nadie el honor de tener la brida del caballo del extranjero, mientras este echaba pié á tierra. El oficial, que como ya hemos dicho, iba seguido de dos criados, trató de oponerse á aquella muestra de delicadeza, mas viendo que su futuro patron insistia, no quiso contrariarle por tan poco, echó pié á tierra con todas las reglas de la equitación, y entró en la casa sacudiendo ligeramente con su látigo el polvo acumulado sobre sus botas y pantalón.

—Soy vuestro servidor, excelentísimo señor, dijo Cayetano al coronel, despues de haber entregado las bridas del caballo á los dos criados, y siguiendo al extranjero hasta su habitacion: eternamente me vanagloriaré de que un caballero del rango de V. E. se haya dignado parar en la fonda del *Ciclope*. V. E. viene sin duda desde muy lejos, y un camino largo abre el apetito. ¿Qué quiere V. E. que se le sirva de comer?

—Mi querido señor Pacca, dijo el extranjero con un acento maltés bien pronunciado y un aire de altivez que mantuvo á raya la civilidad un poco familiar de Cayetano, hacedme primero el favor de contestarme á una pregunta que tengo que dirigiros, y despues volveremos á la proposicion que teneis la bondad de hacerme.

—Estoy á las órdenes de V. E. dijo el huésped del *Ciclope*.

—Muy bien. Quisiera saber cuantas millas hay desde Castro Giovanni al palacio de mi respetable amigo el principe de Paterno.

—V. E. no piensa sin duda en hacer hoy tan larga jornada, y mucho mas á estas horas. ¿no es así?

—Perdonad, mi querido Pacca, repuso el extranjero con el mismo tono burlon que se habia ya podido observar en el acento con que acompañaba sus palabras. No advertis que contestais á mi pregunta con otra pregunta. Os decia que cuantas millas hay desde aqui al palacio del principe de Paterno: ¿me entendéis?

—Diez y siete, señor excelentísimo.

—Muy bien: con mi caballo es cosa de tres horas, y aun cuando salga á las ocho de la noche, llegaré antes de las doce: preparad mi comida y la de mis criados, y haced que se cuiden bien á nuestros caballos.

—Santo Dios! exclamó el fondista, ¿tiene vuestro ánimo de caminar de noche?

—¿Y por qué no?

—Pero V. E. debe saber que los caminos no están seguros.

El extranjero se echó á reir con una espresion indefinible de desprecio, y luego, trascurrido un momento de silencio:

—¿Qué hay que temer? preguntó continuando en sacudir el pantalón con su látigo.

—¿Qué hay que temer? ¿y V. E. hace esa pregunta?

—Sí, yo lo pregunto.

—¿No ha oido V. E. hablar de Luis Lana?

—¿De Luis Lana? ¿Quién es ese hombre?

—Ese hombre, excelentísimo señor, es el mayor bandido que jamás se ha conocido en Sicilia.

—¿De veras? dijo el extranjero con el mismo tono burlonero.

—Sin contar con que ahora se encuentra exasperado, continuó el fondista, y respondo de que no dará cuartel á nadie.

—¿Y por qué está irritado? Vaya, Cayetano, contádmelo.

—Porque en este momento se juzga á uno de los individuos de su cuadrilla.

—¿Y en dónde?

—Aquí mismo, excelentísimo señor.

—¿Y sin duda ese perillan será condenado?

—Yo así lo temo.

—¿Por qué lo teneis, maese Cayetano?

—¿Por qué?... porque Luis Lana, es capaz por venderse de incendiar á Castro Giovanni por los cuatro costados.

El extranjero se echó á reir.

—¿Podré saber por qué se rie V. E? dijo el fondista estupefacto.

—Me rio de que un hombre de corazon haga temblar á ocho ó diez mil cobardes como vos, respondió el extranjero con un aire de desprecio mas profundo que nunca. Y despues de un instante de pausa, ¿creeis, pues, continuó, que ese hombre será condenado?

Me hubiera alegrado mucho llegar antes, repuso el extranjero como si hablase consigo mismo: no me habria disgustado el ver la cara que ponía el truan al oír pronunciar su fallo.

—Puede que todavía sea tiempo, dijo Cayetano; y si V. E. quiere distraerse en eso mientras se prepara la comida, escribiré dos palabras al juez Bartholomeo de quien tengo el honor de ser compadre, y no dudo, que con mi recomendacion haga colocar á V. E. en el sitio destinado para los abogados.

—Gracias, mi querido señor Pacca, dijo el extranjero levantándose y dirigiéndose hácia la puerta; gracias, pero probablemente seria ya demasiado tarde! Oigo el murmullo de la gente que ya regresa, y sin duda ya se ha dictado el fallo.

En efecto, la multitud que pocos minutos antes se apiñaba en derredor del tribunal, se diseminaba ya por las calles, y las palabras, ¡a muerte!... ¡a muerte!... repetidas por cuatro ó cinco mil voces, resonaban como una tempestad que se encontrase sobre la poblacion.

El acusado, á pesar de sus reiteradas negativas, no habia podido presentar un solo testigo de descargo, y acababa de ser condenado á la pena de horca.

El joven coronel permaneció en la puerta hasta que pasó aquella multitud, á la cual miraba frunciendo el entrecejo y mordiéndose el bigote; luego, cuando la calle quedó ya despejada y con solo algunos grupos, se volvió hácia el fondista que se mantenía respetuo-

—Yo no sabia que hubiese esa costumbre, pero de todos modos no olvideis mi encargo.

—Pues bien, pediré al juez, de quien como ya creo haberos dicho, tengo el honor de ser compadre, un sitio á su lado para V. E.

—¡Maravillosamente, señor Cayetano! os prometo si lo conseguis, no examinar vuestra cuenta y satisfaceros su importe total.

—Vamos, vamos, todo eso puede arreglarse, y espero que V. E. saldrá satisfecho del hospedage de mi casa.

—Tengo esa esperanza, mi querido señor Pacca; pero mientras está corriente la comida, que temo que aun tarde bastante, ¿no teneis nada que darme á leer para entretenerme?

—Si señor, contestó Cayetano abriendo un armario en donde se veian amontonados y en desorden algunos libracos descabalados. Hé aqui la *Guía del viajero en Sicilia* por el ilustre doctor Francisco Ferrara: ved aqui dos tomos de las poesías del abate Meli: un tratado escrito por el maestro Nicolás Velella, y la historia del terrible bandido Luis Lana, adornada con su retrato copiado del original.

—¡Diablo!... dadme ese libro, mi querido huésped; dádmele pronto, os suplico, porque deseo ver que tal le han sacado.

—Excelente: vedle aqui.

—¿Sabeis que es un señor bien feo vuestro Luis Lana, con esos grandes bigotes, esos ojos, esos cabellos tan mal peinados, ese sombrero en forma de pan de azúcar, y esas pistolas en la cintura?

—Pues bien, excelentísimo señor, esa copia por muy terrible que parezca no lo es tanto como el original.

—¿De veras?

—Puedo afirmárselo á V. E.

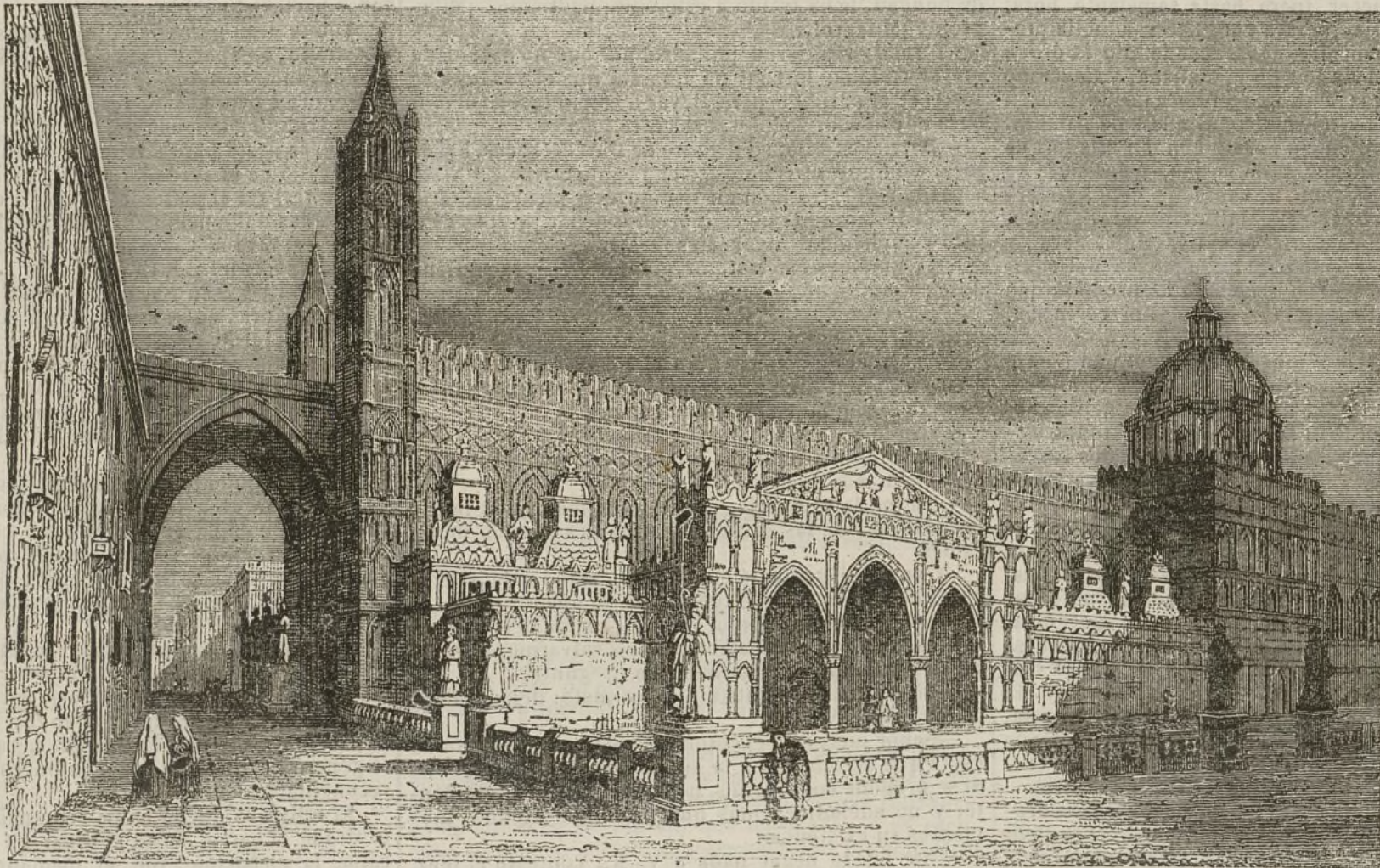
Segun eso, le habreis visto, señor Pacca, dijo el joven coronel balanceándose en su silla, y mirando al fondista con el aire mas socarrón.

—No, yo no señor, pero he hospedado á algunos pobres diablitos de viajeros, que por su desgracia le habian encontrado, y me lo han pintado desde los pies á la cabeza.

—¡Bah! el micado los habrá turbado la vista y han exagerado sin duda alguna. De todos modos, mi querido patron, puesto que ya tengo lo que deseaba ocupaos en los preparativos de la comida, mientras veo si los hechos de ese terrible personaje corresponden á su figura.

—Al momento, señor excelentísimo, voy al momento.

El viajero hizo una señal con la cabeza, indicando que sabia perfectamente lo que debia espe-



Vista de la catedral de Palermo.

samente detrás de él, empujándose sobre las puntas de los pies, y procurando mirar por encima de su espalda.

—¿Cuándo creéis que será ejecutado ese hombre, mi querido Pacca? preguntó el extranjero.

—Pasado mañana, sin duda, respondió Cayetano; porque hoy ha sido el juicio, esta noche la confesion, mañana la capilla, y pasado mañana el patíbulo.

—¿Y á qué hora?

—La de costumbre es la de las ocho de la mañana.

—A fé mia, que voy concibiendo un deseo.

—¿Cuál, excelentísimo señor?

—El de que ya que no he podido ver juzgar á ese bribon, quisiera al menos verle ahorcar.

—Nada mas fácil; V. E. puede partir mañana, hacer su visita al principe de Paterno, y estar ya de vuelta por la tarde.

—Hablais como un San Juan Crisóstomo, mi querido Pacca, respondió el coronel, desabrochándose su uniforme encarnado, y dejando ver su camisola de batista; lo haré como decis. Así, pues, ocupaos de la comida y de mi habitacion; procurad que todo sea, no diré excelente, sino pasable; marcharé mañana temprano como me aconsejais, y volveré por la tarde. Durante este tiempo ocupaos en proporcionarme un buen sitio para presenciar la ejecucion; por ejemplo, una ventana, y pagaré lo que se exija.

—Haré mas que eso, excelentísimo señor.

—¿Qué hareis, pues, mi querido Pacca?

—V. E. sabe que es costumbre que el juez asista al suplicio y se coloque sobre un estrado.

rar del *súbite* italiano, y colocándose medio tendido en dos sillas, se preparó con una negligencia verdaderamente meridional á comenzar su lectura.

Sin duda, á pesar de la especie de desprecio con que habia abierto el libro, las aventuras que contenia debian inspirarle gran interés, porque cuando Cayetano volvió á entrar al cabo de una media hora, le encontró en la misma postura y ocupacion.

Si el coronel habia empleado bien su tiempo, Cayetano no le habia tampoco perdido. Despues de haber conversado con el amo, hizo hablar á los criados, y supo de ellos que el viajero que tenia el honor de hospedar en aquel momento era un joven maltés que gozaba cien mil libras de renta, y habia comprado el mando de un regimiento en Inglaterra. Unicamente faltaba saber el nombre del extranjero, mas el propietario de la fonda del *Ciclope*, habia encontrado un medio muy sencillo para conocerle: segun la costumbre italiana llevaba su registro para que le firmase el joven viajero.

El coronel, oyendo que alguien se le acercaba, levantó los ojos y vió á su huésped con el registro en la mano, adivinó su intencion, tomó una pluma, y en el lugar que Cayetano le indicaba con el dedo, escribió estas tres palabras, *coronel Santa Cruz*.

Cayetano Pacca quedó satisfecho, sabia cuanto deseaba saber.

—Ahora, le dijo, cuando V. E. quiera sentarse á la mesa, se le servirá la comida.

—¡Ah! ¡Ah! dijo el coronel, ¿porqué no me lo habeis avisado antes, mi querido Pacca? Os hubiera

aborrado el trabajo de desarreglar vuestro servicio de mesa.

—¿Cómo desarreglar mi servicio, señor excelentísimo? ¿no está á vuestro gusto?

—Si, mi querido señor Pacca, pero tengo la costumbre de enjugarme las manos en tela de Holanda y de comer en bagilla de plata: esto no es decir que vuestras toallas y servilletas no estén bien limpias, y vuestros cubiertos de metal perfectamente estañados. Pero con vuestro permiso no los usaré. Llamad á mi criado. Cayetano obedeció al instante, aunque un poco humillado por la afrenta que le hacia el coronel, pero como este le habia prometido no reparar en la cuenta, se propuso vengarse en ella. Cinco minutos despues, el ayuda de cámara entró con un cajon poco menor que un baul de camino, y sacó de la bagilla de plata que contenia, dos ó tres cubiertos, y un vaso de plata sobredorada, todo con las armas del coronel. Este comenzó el ataque de la comida de Cayetano con el aire desdeñoso de un príncipe, y apenas probó un poco de cada plato: despues de la comida, viendo que el tiempo estaba hermoso, y que la luna alumbraba bien, se dispuso á dar un paseo por la poblacion. Cayetano se ofreció á acompañarle, pero el coronel le contestó que preferia ir solo.

Sin embargo, como Pacca era naturalmente muy curioso, salió diez minutos despues del coronel bajo pretexto de pasear tambien, pero con el objeto de ver si le encontraba. Con todo, aun cuando en Castro Giovanni no hay mas que dos ó tres calles principales, las esperanzas del digno fondista quedaron defraudadas, y no vió nada que se pareciese á la marcha decidida y altiva del jóven viajero. Al pasar por la cárcel, vió entrar en ella á un pobre fraile de la órden de San Francisco: el varon de Dios iba á preparar para la muerte al reo. El coronel no volvió hasta media noche. Bien hubiera querido preguntarle Cayetano, qué habia encontrado en Castro Giovanni que le llamase la atencion, para permanecer fuera hasta semejante hora; mas cuando ya abria la boca para hacer aquella pregunta, el jóven, con aire desdeñoso le dió la órden de que le llamasen á las seis de la mañana, y Cayetano sintió apagarse su voz dentro de su boca: se inclinó en señal de obediencia, y no replicó ni una sola palabra. El coronel se encerró en su cuarto con su criado que no salió de él hasta despues de la una. A las siete de la mañana el coronel, tomó una taza de café, y marchó, segun decia, al palacio del príncipe de Paterno, llevando consigo únicamente al ayuda de cámara, y dejando al segundo criado para que cuidase del equipage y recordase al patron Cayetano la promesa que le habia hecho de proporcionarle un sitio cerca del juez para ver la ejecucion.

Este espectáculo era muy poco comun en Castro Giovanni: así es que el día que precedió á la muerte del infeliz sentenciado fué muy agitado: la gente corría por las calles, tocaban las campanas, y todos deseaban saber algo por medio del juez ó de los carceleros. Creíase que el culpable, no teniendo ya esperanza de suavizar su suplicio mas que con el arrepentimiento que manifestase, haria revelaciones, y que de este modo se sabria algo positivo sobre él, y sobre aquel terrible Luis Lana su capitan. ¡Vana esperanza! no solo el reo no hizo ninguna revelacion, sino que por el contrario continuaba protestando su inocencia, y repetia sin cesar que el mismo día del asesinato se encontraba en Palermo, es decir, cerca de ciento cincuenta millas del lugar en que se habia cometido. El mismo confesor no le habia podido arrancar otra cosa, y el venerable fraile habia salido de la cárcel diciendo que temia mucho que la justicia de los hombres, creyendo castigar á un culpable, no hiciese un mártir.

Así trascurrió el día entre las discusiones mas acaloradas sobre la culpabilidad ó la inocencia del sentenciado, y á la caída de la tarde, ya estaba iluminada la capilla en donde debia pasar la noche. A las diez de ella, el mismo fraile que ya habia ido á consolarle en su prision, fué introducido en la capilla, y no se separó del procesado hasta las once y media.

Despues de marcharse, el reo, que habia estado muy agitado durante todo el día, pareció quedarse mas tranquilo. A media noche el coronel volvió con su ayuda de cámara á la fonda del *Ciclope*, en donde encontró á Cayetano que le estaba aguardando, y le recomendó mucho que cuidase bien á los caballos, que acababan de hacer un largo camino, y despues se informó de si la comision de que su huésped se habia encargado, se habia desempeñado á su satisfaccion. Cayetano contestó, que su compadre el juez se creia muy afortunado en poder complacer á su excelencia, y que al día siguiente tendria á su lado y en su mismo estrado, el puesto que deseaba.

Durante toda la noche, estuvieron tocando las campanas, para recordar á las buenas almas que debian rogar por el paciente. Al día siguiente, desde las cinco de la mañana, las calles que conducian desde la cárcel al lugar del suplicio, estaban llenas de curiosos, las ventanas presentaban una muralla de cabezas, y aun los tejados crugian con el peso de los espectadores.

A las siete, el juez fué á ocupar su asiento en el estrado con los dos escribanos, el capitan de la guardia y el comisario. Como habia prometido Cayetano Pacca, cerca del juez habia reservado un sitio para el coronel. Llegó este, y dando las gracias al juez por su complacencia, de una manera que daba á conocer desde una legua que era un gran señor, miró un magnífico reloj guarnecido de diamantes, para ver si habia

bria que esperar todavía mucho tiempo, y se colocó en el puesto de honor entre las autoridades de Castro Giovanni.

A las ocho se oyó un prolongado y lúgubre repique de campanas; indicaban que el reo salia de la cárcel. Al cabo de algunos minutos, un rumor que iba en aumento anunció su llegada. En efecto, bien pronto se vió al verdugo que le precedia á caballo; detrás del verdugo marchaban cuatro guardias, á los cuales seguia el reo montado en un asno, con la cara vuelta hacia la cola, para que no perdiese de vista el fétetro que detrás de él llevaban los hermanos de la Caridad; en fin, despues de estos iba toda la poblacion de Castro Giovanni, que cerraba la marcha. El reo parecia escuchar con poca atencion las exhortaciones del fraile que le acompañaba. Decíase generalmente que aquella distraccion provenia de que el fraile no era el mismo que le habia asistido en la capilla. Efectivamente, cuando se le esperaba no pareció, y hubo necesidad de llamar á otro, para que el sentenciado no muriese sin los auxilios de la religion.

Sea como quiera, ya hemos dicho que el pobre diablo estaba muy inquieto, y dirigia á derecha é izquierda sobre la multitud miradas que indicaban el estado de su espíritu. De cuando en cuando, contra la costumbre de los reos que evitan cuando les es posible aquel espectáculo, se volvia hacia el patibulo, sin duda para calcular el tiempo que le quedaba de vida. De repente, al llegar al estrado del juez, y en el momento en que el confesor le ayudaba á bajar de su asno, el reo dió un grito, y haciendo una indicacion con la cabeza, porque las manos las llevaba atadas, señaló al coronel que se hallaba sentado junto á él juez.

—Padre mio, dijo dirigiéndose al fraile, padre mio ved allí un caballero que si quiere puede salvarme.

—¿Quién? preguntó el fraile con asombro.

—El que está al lado del juez, padre mio: el que tiene uniforme encarnado é insignias de coronel. El Dios de bondad, le ha traído á este sitio; padre mio. ¡Milagro!... ¡Milagro!...

Y todos repitieron ¡milagro! aunque no sabian de que se trataba: lo cual no impidió que el verdugo se acercase al paciente para llevar á efecto la ejecucion. Pero el confesor se interpuso entre los dos.

—Deteneos, dijo, en nombre de Dios deteneos. Señor juez, continuó el religioso, el reo dice que ha visto sentado á vuestro lado un testigo que puede salvarle la vida declarando que es inocente. Señor juez, os conjuro y suplico que oigais á ese testigo.

—¿Y quién es ese testigo? preguntó el juez poniéndose en pie.

—¡El coronel Santa Cruz!... ¡el coronel Santa Cruz!.. gritó el reo.

—¿Yo?... dijo con asombro el coronel levantándose á su vez, ¿yo, amigo mio? Seguramente os engañais, y aunque sabéis mi nombre no os conozco.

—¿No le conocéis, eh? preguntó el juez.

—De ninguna manera, contestó el coronel mirando al reo con mas atencion.

—Ya me lo presumia, dijo el juez meneando la cabeza; es una de las sutilezas habituales de esos miserables.

Y volvió á sentarse en su sitio mandando al ejecutor de la justicia que comenzase su oficio.

—Coronel, gritó el reo, coronel, no me dejéis morir así, cuando con una palabra podeis salvarme. Coronel permitidme que os haga una sola pregunta.

—Si, si, gritó la multitud, si, es justo: dejad hablar al reo, dejadle hablar.

—Señor juez, dijo el coronel, creo que la humanidad exige que accedamos á la súplica de ese desgraciado. Si se propone engañarnos, no lo conseguirá ciertamente, y no adelantará mas que prolongar algunos momentos su existencia.

—No puedo negar nada á V. E., contestó el juez, pero creedme, no merece que se le dé esa satisfaccion.

—Os lo pido por mi propia conciencia, dijo el coronel.

—Ya he dicho que estoy á las órdenes de V. E. contestó el juez. Y levantándose en seguida:

—Guardias, añadió, traed al reo.

Condujose efectivamente á aquel infeliz, que estaba pálido como la muerte, y con un temblor general de todos sus miembros.

—Pues bien, malvado, dijo el juez, ya estás en presencia de su excelencia: habla.

—Excelentísimo señor, dijo el sentenciado, ¿no os acordais de haber desembarcado en Palermo el 18 de mayo último, viniendo de Nápoles?

—No puedo fijar el día con tanta exactitud como vos lo haceis, amigo mio; pero es cierto que por esa época llegué á Sicilia.

—¿No os acordais, señor excelentísimo, del mozo que llevó vuestro equipage á la fonda de los Cuatro Cantones en donde os alojásteis?

—Efectivamente me hospedé en la fonda de los Cuatro Cantones, contestó el coronel: pero he olvidado enteramente la fisonomia del hombre que me condujo á ella.

—Pero lo que no habreis podido olvidar, excelentísimo señor, es que al pasar por delante de la puerta de un cerragero, uno de los aprendices que salia cargado con una barra de hierro, me dió un golpe con ella en la cabeza, y me hizo esta herida: mirad.

Y el sentenciado, sacando la cabeza, mostró efectivamente una cicatriz recién cerrada, que le habia dejado una señal en la frente.

—Si, teneis razon, verdaderamente fué así, dijo el

coronel, y recuerdo esta circunstancia como si acabase de pasar ahora mismo.

—Y en prueba de ello, continuó el reo con júbilo, que por verse reconocido principiaba ya á cobrar ánimo, en prueba de que sois tan generoso como pareceis, en vez de darme seis carlinos que os habia pedido, me disteis dos onzas.

—Todo es exactamente cierto, dijo el coronel dirigiéndose al juez, pero vamos á cerciorarnos mas. Aquí traigo la cartera en que anoto cuanto hago día por día; así es, que me será fácil asegurarme de si este hombre nos engaña ó no en la fecha.

—Buscad, buscad, coronel, dijo el sentenciado: estoy seguro del resultado.

El coronel abrió la cartera, y al llegar á la fecha indicada leyó en voz alta.

«Hoy 18 de mayo, he llegado á Palermo á las once de la mañana. En el puerto ajusté un pobre diablo que fué herido al conducir mi equipage. Me hospedé en la fonda de los Cuatro Cantones.»

—¿Veis?... ¿veis?... gritó el reo.

—A fe mia, señor juez, dijo el coronel volviéndose hacia Bartholomeo, si verdaderamente el asesinato de que se acusa á ese infeliz, se cometió el 18 de mayo, debo afirmar sobre mi honor, que aquel día se encontraba en Palermo, como lo prueba mi album, y que fué herido en mi servicio. Ahora bien, como no podia encontrarse á un mismo tiempo en Palermo y en Centorbi, es necesariamente inocente.

—¡Inocente!... ¡inocente!... gritó la multitud.

—Si, inocente, amigos míos, dijo el sentenciado, inocente: ya sabia que Dios haria un milagro en mi favor.

—¡Milagro!... ¡milagro!... gritó la muchedumbre.

—Pues bien, dijo el juez, volvámosle á la prision y ampliaremos las actuaciones.

—No, no, libre. ¡En libertad al momento! gritó por todas partes el pueblo.

Y una gran parte de la multitud se avalanzó hacia el estrado, se apoderó del sentenciado, y le desató las manos, mientras que la otra derribaba el patibulo y perseguia á pedradas al verdugo. El coronel fué llevado en triunfo á la fonda del *Ciclope*. Aquel día fué una verdadera fiesta para Castro Giovanni, y cuando el coronel salió de la ciudad á eso del medio día, le costó mucho trabajo el poder atravesar á caballo por entre las oleadas del pueblo, que le besaba las manos diciendo: «¡Viva el coronel Santa Cruz! ¡Viva el salvador del inocente!...» El procesado, como todos querian hablarle y escuchar de su propia boca la narracion de su aventura, no se encontró un poco libre hasta la caída de la tarde. Aprovechóse de la oscuridad que ya principiaba á reinar, y entrándose por una callejuela cuya estrechez la hacia mas sombría, llegó á la puerta de la ciudad, y desde allí con cuanta celeridad le fué posible se introdujo por la garganta de las montañas, y desapareció.

Al día siguiente, el juez recibió una carta de Luis Lana, en que el jefe de los bandidos le daba las gracias por la complacencia y bondad con que le habia cedido un asiento en su mismo estrado, y le rogaba al mismo tiempo se sirviese hacer presentes sus respetos á su compadre Cayetano propietario de la fonda del *Ciclope*.

Mas aunque el sentenciado habia recobrado la libertad, la impresion que produjo en su ánimo la vista del patibulo, que por decirlo así, estuvo tocando con sus dedos, fué tan profunda y tan real que á pesar de las exhortaciones de sus compañeros, resolvió abandonar el género de vida que hasta entonces habia llevado, y reconciliarse con la policia.

El religioso que le habia acompañado en el tránsito desde la cárcel hasta el lugar en que debia verificarse la ejecucion, fué el medianero entre él y la autoridad. Dirigióse la súplica al virey, y como el bandido no pedia mas que se le perdonase la vida, prometiendo ser en lo sucesivo un modelo de probidad, despues de algunas conferencias entre el religioso y el virey, se accedió á su peticion, con condicion de que hiciese una retractacion ó satisfaccion pública, con los pies descalzos y una cuerda ceñida al cuerpo. Cuya ceremonia se efectuó en Paterno con grande edificacion de los fieles.

He aquí lo que ocurrió en Castro Giovanni el 20 de julio del año de gracia 1826.

—Y desde entonces, pregunté al señor Politi, ¿qué se ha hecho aquel buen hombre?

Ha tomado el nombre de Salvador, sin duda en memoria de la manera milagrosa con que se salvó; se hizo mozo de mulas para ganar su subsistencia honradamente; y si lo que os he referido no os inspira desconfianza, mañana tendrá el honor de ser vuestro guia desde Girgenti á Palermo.

SEMANA MOSAICO.

LA MASCARA.

II.

Entre los antiguos no era solamente lá máscara instrumento del disfraz y del simbolo, sino que servia tambien de intérprete á todas las pasiones de la vi-

aba-
bilo,
áni-
are-
edi-
diri-
Aquí
dia;
nom-
es:
na in-
once
que
en la
endo-
inato
e ma-
se en-
y que
podia
Cen-
nd.
ciado,
en mi
edum-
sion y
tó por
hacia
ató las
ulo y
lleva-
ué una
el co-
costó
entre
os di-
salva-
s que-
racion
sta la
que ya
llejuela
puerta
le fué
ñas, y
de Luis
as gra-
habia
rogaba
sus res-
fonda
o la li-
la vista
do con
ar de las
andonar
vado, y
trási-
a verifi-
él y la
como el
la vida.
e probi-
el reli-
condi-
sfaccion
eñida al
rno con
ni el 20
ti, ¿qué
duda en
salvó; se
cia hon-
s inspira
vuestro

da real. Los reyes de Persia, como en confirmacion de su genealogia sideral, se cubrian muy á menudo el semblante con una máscara de oro, que representaba una estrella. Con la esfera del mundo á las plantas, la media luna ó el disco del sol en la frente, parecian á los deslumbrados ojos como astros refulgentes.

En China sucedia todo lo contrario. Los grandes y los cortesanos estaban obligados á cubrirse el rostro en presencia del emperador, temiendo sin duda que los rayos sagrados de los ojos del hijo del cielo no se deslucieran al resbalar sobre rostros humanos. Casi todos los dominadores del mundo antiguo, han gustado de ceñir la doble aureola de dios y de rey, de colocarse en el pedestal del ídolo para recibir adoraciones. Alejandro, en los desiertos del Egipto, se presentó á sus soldados adornada la cabeza con los cuernos de Júpiter Hammon. Augusto quiso parodiar en la tierra los banquetes olímpicos. Doce convidados tocaban la representacion de los dioses.—Calígula, Nerón, Commodo y Eliogábalo, pretendieron tambien vestir disfraces de forma divina. Hoy, por ejemplo; plagian á Júpiter, á Mercurio, á Apolo; mañana á Venus, á Diana, á Flora ó á Ceres.

En Roma hubo tambien máscaras funerarias, más caras lividas que tenían los ojos hundidos, las barbas groseras, incultas, las mejillas surcadas por lágrimas pintadas, amigas verdaderas del dolor, pues con su auxilio podian los herederos del difunto reirse y alegrarse sin que nadie lo observara. El jefe de la mascarada fúnebre se llamaba *archimino*. Sus deberes eran raros por demas. Cubierto con un traje igual en todo al del difunto, acompañaba el atahud parodiando su modo de andar, sus gestos: en una palabra, todo, hasta sus cosas mas ridiculas. No se comprendia, por conclusion, en los tiempos antiguos solemnidad alguna sin la máscara.

La edad media la tuvo mucho miedo. Sus doctores, sus teólogos, y sus casuistas, tenían á la máscara, como ya lo dijimos, por invencion del diablo; y la declararon pagana, hereje y diabólica. Por eso no la vemos aparecer sino muy raramente en los sombríos períodos de los primeros siglos; cuarema atroz que espjó mas tarde el báquico carnaval del paganismo.

En muchos países se asociaron contra ella las leyes civiles y las excomuniones eclesiásticas. Carlo-Magno prohibió las máscaras en sus Capitulares. Una antigua ordenanza inglesa impone al que se disfraza la pena de la degollacion; los reyes de Francia, aconsejados por los parlamentos y por los concilios, han prohibido en algunas ocasiones las máscaras bajo penas rigorosas, y los nuestros, si bien no con tantas, han pretendido muchas veces extirparlas. Sin embargo, aunque el pueblo español no gusta tanto de enmascararse como el milanés, el veneciano, y otros, ha bastado la prohibicion para hacerle dar en el desseo, y ha habido mas frenesí por las máscaras cuando eran mas peligrosas.

Este es un rasgo distintivo de nuestro carácter, que merece no ser puesto en olvido, porque es hasta heroico. Los españoles ponemos mas empeño en lo que ha de costarnos mas trabajo conseguir.

La máscara característica de la edad media es la máscara militar. ¿De qué otro modo llamaremos á los bruñidos cascos y armaduras que preservaban de la muerte en los combates, ocultando y defendiendo el cuerpo y el rostro? ¿Qué es la Armería real sino el depósito de los trages de máscara de muchos siglos y de muchos hombres, que acaso debian á su disfraz el título de grandes? ¿Qué valor tan siniestro debian inspirar esas formidables caretas á los que se las ponian! ¿Cura á cara con ellas en un combate, mortal como todos los de aquellos tiempos, ¡cuánto debía aterrara la idea de que no se peleaba con hombres sino con fantasmas de acero! ¡y cuando caia el vencido, y al sentir que el acero contrario taladraba su armadura, cuán horrible debía de ser la resignacion con que recibiese la muerte, porque teniendo su antagonista la visera calada, no era mas que una masa informe sin ojos y sin oidos! ¡una mano que mataba friamente! no una criatura, una máscara de metal. Los gestos de agonía, los gritos de piedad del que espiraba, estrechábanse como en una roca en el corazon y en los oidos de hierro de su rival.

En aquella época hasta se enmascaraban los caballos de combate. Cargados de caparzones de acero parecian monstruos heráldicos arrancados de un geroglífico de los siglos bárbaros.

En Francia, donde la máscara ha tenido siempre muchos y muy decididos apasionados, se introdujo por los años de 1336 al 40 la media máscara *á lobo*, que llegó en poco tiempo á ser un adorno indispensable de las señoras. Con pretexto de preservarse del aire, congnieron hacerle como el guante de la cara. Ese pedazo de terciopelo negro, que encubre los mejores atractivos de la muger, tiene un no sé qué de furtivo y clandestino que hace audaz á la mas púdica; porque cambia las miradas en rayos de fuego, y dá á las palabras una doble significacion fascinadora, las trueca en enigmas lascivos. Un pueblo donde todas las mugeres trajesen siempre máscara seria como una sala de baile á oscuras; reinara la noche en mitad del dia, y noche oscura y misteriosa que favoreciera á las maravillas el desbordamiento inatagable de todas las pasiones.

Dos épocas hubo en Francia y en España que casi realizaron la hipótesis que acabo de aventurar. Amas cortés eran siberíticas, casi asiáticas, disolutas, porque vivian enmascaradas á todas horas. Busquemos

las crónicas de aquella época, y el rubor nos subirá al semblante, viendo que el cronista tiene que ir á buscar á cada instante á sus héroes en las alcobas. La corte de los últimos Valois, era la francesa; la de Felipe IV la española. Las *dams galantes* de Brantome nos dicen lo que fué la primera. Y si no conociéramos lo bastante la segunda, nos la daría á conocer la reflexion de que debia ser enmascarada, y nada mas, una corte que permitió á Quevedo comenzar un romance con estas palabras:

Yo, el menor padre de todos
Los que hicieron ese niño,
Que concebisteis á escote
Entre mas de veinticinco.....

En los primeros años del reinado de Luis XIV cayó el lobo en desuso en Francia; y el disfrazarse en España con la minoría del rey Carlos II, cáncer ligeramente observado por nuestros historiadores, cáncer que aniquiló, quizá para siempre, la vida de nuestra nacion.

Tomaron los franceses la moda de su lobo del pueblo donde las máscaras han desempeñado el papel mas importante. Tanto influjo han ejercido en las costumbres y en la política de ese pueblo que la historia lo ha consignado en sus páginas. Durante dos siglos Venecia fué la capital del libertinage europeo; habia emprendido con frenesí la explotacion de los siete pecados capitales, y sus cinco meses de carnaval eran una feria de vicios y de disipacion. Todo el que tenia una juventud ó un patrimonio que gastar corria allí; todas las espadas aventureras relucian con su sol; todo el dinero de los jugadores y de los pródigos iba á parar en sus arcas. Licencioso laberinto de puentes, de escaleras, de canales, de calles angostas como corredores, y tortuosas como la huella del caracol, parecia edificada espresamente para teatro de intrigas, para representar la tragicomedia del vicio...

Y ¡cosa rara! este convite monstruo dado á la Europa era presidido por diez lúgubres fantasmas que se llamaban el *Consejo de los Diez*. El gobierno de esta Gomorra marina era una inquisicion, inquisicion oculta, subterránea, judaica, medrosa, como el miedo que imponia á todo el mundo, en todas partes invisible, presente en todas partes, con tantos partidarios como enemigos, y haciendo de cada hijo de Venecia un espía que era espía á su vez! En tal poblacion—como fácilmente se conoce—el rostro era lo que mas interés tenían todos en ocultar. Por eso la máscara fué tanto tiempo reina absoluta de Venecia; porque era un arma ofensiva y defensiva; era el casco y la coraza de la vida civil. Si las máscaras no se hubieran anteriormente conocido, Venecia las hubiera inventado.

Los grupos de la policía, los conjurados y los arlequines, los amantes y los que tenían afrentas que vengar, todos se disfrazaban con el mismo traje para ir á espiar, ó á conspirar, ó á gozar, ó á delatar, ó á asesinar!.....

Tan bien se habia comprendido lo necesario de este talisman universal, que la ley lo habia reconocido y consagrado.

Toda ofensa hecha á una máscara relevaba al ofensor de la jurisdiccion del *Consejo de los Diez*.

¡Cuánto y cuánto no se aguzaba el ingenio para diferenciar en el tacto la mano del esbirro de la del amigo, y para no engañarse al descifrar aquel X emblemático y terrible que por donde quiera se encontraba!

Figuraos, lectores, lanzados en medio de un pueblo de fantasmas cuyos nombres ignorais, y que por ninguna señal podeis reconocer. Cuando esteis convencido de que ellos os ven sin que los veais, y os escuchan sin que lo advirtais, comprendereis los siniestros dísticos siguientes, que hemos leído en uno de los calabozos de los *Plomos*, grabados en la pared con esos caracteres brillantes en medio de la oscuridad como carbunclos, y que solo saben trazar los presos.

Non ti fidar ad alcuno, pensa e taci,
Se fugir vuoi de'spi ni insidie e lacci (1)

De che mi fido guardami, Dio;
De che non mi fido mi guardaro io. (2)

Las máscaras de Venecia eran siempre fabricadas por ella misma, y tanto su renombre en Europa, que con su comercio ganaba infinitamente la república. Ella inventó ó perfeccionó todos los tipos de la máscara. De sus talleres salieron esa fantástica procesion de Arlequines y de *Pantalones*, de Truffaldin, de Mezzetin, de Giauurgoli, de Tartaglia, de Perote y de Brighela, que aun solemos ver en algunos bailes europeos, en Francia sobre todo.

Cuando la historia tropieza con la máscara no puede por menos de semejarle á la leyenda.

Bajo la máscara regida de Hewlet, la muerte de Carlos I se nos aparece como una ejecucion fantástica, y esa figura tan siniestramente anónima que tanto ha dado que hacer á los historiadores franceses, ese espectro á quien las tinieblas de su prision han perseguido hasta en la memoria de los hombres, esa máscara de hierro, cuyo rostro no vieron nunca mas que

(1) No te fies en nadie. Piensa y calla si quieres librarte de villanos espías.

(2) Guardame, Señor de aquel en quien confio, que yo propio me guardaré de aquel de quien desconfio.

Luis XIV y Louvois, ¿no se nos antoja mas bien un personaje de un cuento de Hoffman que un encarcelado de la Bastilla?

En nuestro país, por fortuna, no han tenido las máscaras aplicacion al crimen. La lealtad española ha demostrado siempre, aun en medio de las orgias y de los delirios del carnaval, en cuanto se tiene á sí misma.

En la historia de las máscaras francesas, en el propio siglo XVII encontramos un hecho sumamente curioso por los atavios de novela con que está revestido.

Habia baile en Versalles, en los magníficos aposentos de la duquesa de Borgoña. Durante el carnaval anterior habian sido de moda las caretas de cera, y aquel año tuvo tambien la corte el capricho de usarlas. Las caretas con efecto lo merecian, porque representaban maravillosamente los rostros aristocráticos con sus colores postizos, su sonrisita falsa que apenas movia los labios, su prendido á la Fontanges y su peluca *in folio*.

De repente se introduce la confusion en la sala del baile; interrúmpense los minuets; mil gritos de terror reemplazan á la orquesta, y todo el mundo se designa á dos enmascarados que parecen no comprender por qué inspiran aquel terror.

Hé aquí lo que habia pasado.

Las caretas habian comenzado á palidecer y á descomponerse; manchas rojizas habian empuñado sus mejillas, y gotas de sudor frio, teñidas de bermellon, se filtraban por los poros de la cera como por los poros de la carne humana. Así trasformados en moribundos los enmascarados, parecian danzar ante los medrosos espectadores, la pantomima lúgubre de la agonía. ¿Qué significaba este suceso? Fácil es de adivinar, dice el libro de donde lo tomamos. Aquellos gentiles hombres murieron en una batalla pocos meses despues.

¡Si en los bailes de Villahermosa, de los Orientales ó del Iris, todos los que han de morir en el año siguiente lo profetizaran por sus rostros!.... ¡cuántos jóvenes aturdidos de esa multitud que celebra con delirio las bacanales del carnaval conocerian que danzan al borde del sepulcro!.... ¡Si supieran que dentro de poco tendrán que dar á la muerte su máscara humana, como dan á los almacenes de trages su máscara de locura, que ha conseguido suspenderlos por un instante entre la vida y la muerte!....

T. BARRANTES.

EL HIERRO. Segun esposiciones de la cantidad de los metales fabricados en los principales países del globo, que producen hierro, parece que en el año de 1849 las proporciones respectivas eran las siguientes:

La Gran Bretaña produjo	44 000,000 quintales españoles.
Los Estados-Unidos....	10.040,000 »
La Francia.....	9.960,000 »
La Rusia.....	8.000,000 »
Los Estados Prusianos..	6.000,000 »
El Austria.....	3.800,000 »
La Bélgica.....	3.000,000 »
La Suecia.....	2.900,000 »
La España.....	320,000 »
Todos los demas países de Europa.....	1.000,000 »

FERIAS QUE SE CELEBRAN EN LA PRESENTE SEMANA EN LAS SIGUIENTES PROVINCIAS DEL REINO.

Dia 11 de febrero.—Berlenga, provincia de Soria.
Dia 15.—Canedo, provincia de Orense.
Dia 15.—Santa María de Isorna, provincia de la Coruña.
Dia 16.—Medina del Campo, provincia de Valladolid. (Bura tres dias).
Dia 17.—Sariñena, provincia de Huesca. (Dura ocho dias).
Los principales efectos de su tráfico son: ganados, grano y utensilios de campo, paños, telas, quincalla y géneros estrangeros.

EFEMERIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

Dia 11 de febrero.—Año de 1815. Accion de Poza.—1836. Defensa del fuerte de Mercadillo.—1859. Accion de Ajer.—1840. Sorpresa de Monteagudo.
Dia 12.—1811. Accion de Lumbier ganada por Mina á los franceses.—1817. Desgrocada accion de Chacabuco en Chile por la que queda este reino á merced de los independientes, excepto la provincia de la Concepcion, cuyas guardaciones se defienden en Talcahuano.
Dia 15.—1814. Evacuan los franceses á Lérida y todas sus fortalezas, en virtud de un ardid de los españoles.
Dia 14.—1810. Acciones de Oviedo y Moya.—1814. Los franceses evácuán á Monzon.—1854. Accion de Estella.—1840. Accion cerca de Borial.
Dia 15.—1812. Insurreccion de los españoles prisioneros en Francia.—1854. Decreto dado creando la Milicia Urbana. (Despues Milicia Nacional).—1855. Accion de Villorquite.
Dia 16.—1808. Entra en España el general frances d'Armagnac por Roncesvalles y se apodera mañosamente, el 16 del año indicado, de la ciudadela de Pamplona.—1809. Accion de Capellades.—1811. Accion de Fregenal.—1812. Accion de Cartama.—1814. Los franceses evácuán á Mequinenza.—1858. Accion de Vall de Uxó.—1859. Accion de Hon-tanar.
Dia 17.—1809. Accion de Igualada.—1814. Se apoderan los españoles del castillo de Jaca y capitula su guarnicion.—1857. Accion de Buñol.—1859. Accion de Basarain.

L QUE ABUNDA NO DAÑA.

Tiene Juan nueve chiquillos
Y á su esposa embarazada,
Mantiene á cuatro sobrinas,
Que no se ocupan en nada.
Su patrimonio no es mucho,
Y sin embargo, su hermana
Se ha indispuerto con su esposo
Y aumenta la turba magna
De su crecida familia.
También hospeda en su casa
Al padre de su muger,
A su suegra y dos cuñadas:
Un hijo se le ha casado
En tan feliz circunstancia,
Y á su muger se ha traído
Para que aumente la cáfila;
Pero Juan que es cachazudo
Y que de nada se espanta,
Responde á los que le arguyen,
Que lo que abunda no daña.

Es incalculable el número
De vagos que hay en España,
Y en Madrid precisamente
Pululan que es una gracia.
Mas empleados cesantes
Hay, que activos en mi patria,
Mas cruces, mas charreteras,
Mas entorchados y fajas,
Que fusiles ha tenido
Un ejército en campaña.
El tesoro se impacienta,
Porque se agota la plata,
Satisfaciendo unas nóminas
Tan estupendas y bárbaras;
Y los cesantes no comen,
Y las viudas no masean,
Los huérfanos no mastican,
Los retirados no tragan,
Y los ministros se aburren
Al ver semejante plaga;
Pero despues se consuelan,
Porque recuerdan la máxima
Que nos dice en tono grave,
Que lo que abunda no daña.

Voy á la Puerta del Sol,
Y ciertamente me pasma
Ver un diluvio de coches
Que interceptan mis pisadas.
Por la calle de Alcalá
Vienen dos y una tartana,
Y por la calle Mayor
Un calesin se destaca,
Y por la de la Montera
Viene corriendo la Mala.
Yo no puedo atravesar,
Y tengo prisa, ¡Caramba!
Que voy á ver un sugeto
Que si tardo se me escapa.
Quiero pasar... ¡hete un coche!
Emprendo mi contra marcha....
¡Otro coche por el flanco!
¡Un carro por retaguardia!...
¿Dónde me meto, señores?
Pregunto lleno de rabia.
Mas un amigo me dice,
Que sin verlo me escuchaba.
«Antonio, no te impacientes,
Que lo que abunda no daña.

Gaceta devota de la capital.

Lunes 11. San Saturnino, mártir, y los siete santos fundadores del orden de Servitas.—En la iglesia de san Isidro el Real, hoy y mañana, se hallará el Señor de manifiesto. En la de Descalzas Reales cultos á Maria Santísima del Milagro. En la parroquia del Salvador y san Nicolás, se celebra á los siete santos fundadores de la V. O. T. de Servitas de Maria, habiendo absolucion general. En la del real colegio de Loreto á santa Eulalia de Barcelona. En la de Trinitarias, sigue el triduo de desagravios al Santísimo, por mañana y tarde. En las iglesias de san Millan, Arrepentidas, santa Cruz, oratorio de Cañizares, y en el del Caballero de Gracia, ejercicios por la tarde, y en la bóveda de San Ginés, por la noche, Cuarenta horas hoy y el siguiente, en esta última iglesia.

Martes 12. Santa Eulalia, virgen y mártir, y la traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo. En la iglesia del Colegio de portugueses, se celebra á san Antonio el obsequio que todas las semanas, por la mañana. Hoy se cierran las velaciones hasta el día 8 de abril.

Miércoles 13. Ceniza. San Benigno, mártir; santa Catalina de Ricci, virgen.—Hoy y toda la Cuaresma, se puede ganar indulgencia plenaria visitando cinco altares de cualquiera iglesia. Es día de vigilia con abstinencia de carne. Absolucion general en los conventos de Trinitarias, Mercenarias, Italianos, oratorio de Cañizares, Servitas, san Ginés y san Millan. En las iglesias de Palacio, santo Tomás y Recogidas, hay sermón á la misa mayor, haciéndose la bendición é imposición de la sagrada ceniza. En san Isidro, Carmen, Buen Suceso, Encarnacion y demas parroquias, misa cantada sin sermón, y los oficios que en las anteriores. En la iglesia del colegio de la escuela Pia de san Fernando, función de desagravios al Santísimo Cristo del Perdon. En la parroquia del Buen Suceso, comenzarán solemnes misereres al Cristo de la Obediencia, por la tarde. En Nuestra Señora de Monserrat, por la tarde, se hará la duodena á san Antonio. En los oratorios del Espíritu Santo, Caballero de Gracia, Olivar, san Millan, san Juan de Dios, Italianos, capilla de Chamberi, y en la bóveda

Paseando un caballero
Por la Fuente Castellana,
Miró rodar á sus pies
Una pelota, y con ansia
Unos treinta colegiales
Que á cogerla se avalanzan;
Pero el tropel infantil
En el hombre no repara....
Unos le pisan los callos,
Otros su fraque desgarran,



Lo que abunda no daña.

Otros le dan empujones,
Y en medio de aquella zambra,
La victima cae de hocicos
En mitad de la esplanada.
Huyen los chicos al punto,
Y el caido se levanta,
Limpia su empolvada ropa,
Y las narices se palpa;
Y al ver que la sangre corre,

Que su pechera se mancha,
Saca un pañuelo, se limpia,
Y prosigue su jornada.
«¡Qué diluvio de muchachos!»
Dijo un hombre que pasaba.
Mas el infeliz paciente
Contesta con mucha calma:
«Ciertamente, es un diluvio....
Mas lo que abunda no daña.

El director de un periódico
Que sale cada semana,
Recibe todos los días
Cuarenta ó cincuenta cartas,
(Cuenta que no ponderamos),
De personas literatas,
Que le remiten romances,
Odas, silvas y charadas,
Novelas de doce tomos
Y poemas á esportadas.
Y todos son unos genios,
Ellos mismos lo declaran,
Sucesores de Zorrilla,
De Espronceda y de Quintana,
Y exigen se les impriman
Sus grandes mamarrachadas.
Ellos no quieren dinero,
Porque al genio no se paga,
Quiéren nombre solamente,
Que los celebre la fama.
Todos remiten poesías....
¿Y qué mas quieren? ¡Canastas!
Muy poco importa que estén
Las ciencias abandonadas,
Que la historia no se estudie,
Que ignoren las matemáticas,
Que en el mas triste descuido,
Nuestra agricultura yacza,
Que no se sepa la lengua
De Cervantes, ni botánica,
Que solo los estrangeros
Aprendan la maquinaria.
¡No hay miedo, voto á Satan!
Nuestra juventud es sabia,
Haga versos á porrillo,
Que lo demas no hace falta;
Y que se escriban en verso
Hasta las ciencias exactas;
Que redacten en quintillas
La historia de Mariana;
Hablemos todos en verso
Como gentes ilustradas:
¡Coplas, coplas, hijos míos,
Que lo que abunda no daña!

A Blas le salió un divieso
Muy estupendo en la cara,
Otro en la mano derecha
Y cuatro ó cinco en la espalda.
En el brazo le ha salido
Uno de idéntica casta,
Y en la mismita nariz
Otro le apunta: en la barba
Tiene un divieso tremendo....
El pobrecito se rasca,

Y se desespera al ver
Esta granujenta plaga.
Le dicen que eso es salud,
Y Blas se encoge de espaldas
Diciendo: «tienen razon,
Que hay un adagio en mi patria
Muy verídico, que dice,
Que lo que abunda no daña.

I. A. BERMEJO

de san Ginés, ejercicios por la noche. En san Ignacio, san Juan de Dios (capilla de Belen), san Francisco, y en san José, se visitarán las cruces á igual hora, y por la tarde en los Servitas y Arrepentidas. En dicha iglesia de Trinitarias, las Cuarenta horas hoy y mañana.

Jueves 14. San Valentin, presbítero, mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepción. En la iglesia parroquial de san Martin, se obsequiará á Maria Santísima del Destierro. En la del convento de Trinitarias, se festejará al segundo fundador de aquella religiosa orden, habiendo absolucion general, como en Italianos, Servitas, oratorio del Olivar, san Millan y san Ginés. En la iglesia de comandadoras de Santiago, empezarán los misereres al Cristo de la Agonia, por la tarde. En las iglesias de Italianos y bóveda de san Ginés, seguirán los ejercicios todos los días al toque de oraciones.

Viernes 15. Santos Faustino y Jovita, hermanos mártires. San Valerio, abad, san Flaviano, patriarca de Constantinopla. En la iglesia de religiosas del Caballero de Gracia, manifiesto por mañana y tarde, comenzando sus anuales misereres. En la parroquia de san Sebastián, y en la Capilla real, sermón á la misa mayor. En las iglesias de Calatravas, Concepción Gerónima, Niñas de Leganes, y Buen Retiro, por la tarde, y en san Juan de Dios, san Plácido, santo Tomás, y en san Martin, se cantarán devotos misereres á N. R. J. En los oratorios del Olivar, Caballero de Gracia, Espiritu Santo, Pasión, y capilla de la Paloma, ejercicios como viernes de Cuaresma, por la noche. En la del Cristo de san Ginés, Cuarenta horas hoy, mañana, y el siguiente 17 en la parroquia. Hoy también es vigilia con abstinencia.

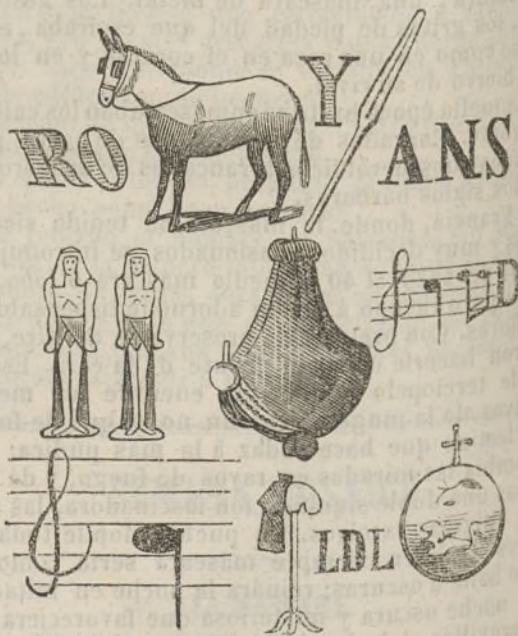
Sábado 16. San Julian y compañeros mártires. En la iglesia de San Cayetano, se dará principio á la novena-mision á Maria Santísima de la Merced, por la tarde. En Nuestra Señora de Gracia, miserere al toque de oraciones.

Nota. Desde este día comienzan á decirse las visperas antes de comer por conservar algun vestigio del antiguo rigor del ayuno cuadragesimal.

Domingo 1.º de Cuaresma, 17. San Julian de Capadocia, san Claudio y santa Constanza. En las iglesias, Capilla de palacio, Encarnacion, san Antonio de los Portugueses, y Buen Suceso, sermón á la misa mayor. En santa Maria, san Ginés, san Andrés, san José, san Martin, y san Sebastian, la fiesta de Minerva al Santísimo. En la parroquia de san Mi-

llan, se hará la duodena al patriarca san José. En la de san Ginés, en el Rosario, en santo Domingo el Real, en las Recogidas, en san Francisco, en san José, en la Casa Galera, y en san Ildefonso, solemnes misereres.

LOGOGRIFO.



SOLUCION DEL INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.
LA VANIDAD ES LA GLORIA DE LAS ALMAS PEQUEÑAS.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, num 8